

CRISTIANDAD

N^{OS} 740-742
Año L
ENE-FEB.-MARZ. 1993

ADMINISTRACION
Durán i Bas, 9, 2^º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Director: Fernando Serrano
Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Peligro, 8. Barcelona
Depósito Legal: B-15860-58

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

XLV CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL DE SEVILLA: CRISTO, LUZ DE LOS PUEBLOS

José M^a Alsina

PREPARACIÓN DEL CONGRESO

Mons. Carlos Amigo Vallejo

ORIGEN Y DESARROLLO DE LOS C.E.I.

Ferdinand Pratzner, S.S.S.

C.E.I. Y QUINTO CENTENARIO

Guzmán M. Carriquiry Lecour

EL XXXV C.E.I. DE BARCELONA

Jorge Soley

LA ENCÍCLICA «MYSTERIUM FIDEI»

Ignacio Azcoaga

DEVOCIÓN EUCARÍSTICA DE STA. CLARA

fr. Valentí Serra de Manresa

SAN JACINTO Y LA EUCARISTÍA

Jacinto Forment

IV CENTENARIO DE S. PASCUAL BAYLÓN

Baldomero Jiménez

SAN PEDRO JULIÁN EYMARD

Francisco Montserrat

LUIS TRELLES, APÓSTOL DE LA EUCARISTÍA

Miguel Angel Belmonte

«CASA DE PAN»

Javier Barraycoa

EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO EN EL CA-TECISMO

José M^a Petit

LA EUCARISTÍA Y LOS FUNDADORES DE AMÉRICA

Juan Terradas Soler

XLV CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL DE SEVILLA

CRISTO, LUZ DE LOS PUEBLOS

En 1264 cuando se instituyó la festividad litúrgica del Corpus Cristi con la bula «Transiturus» de Urbano IV la Iglesia quiso dedicarla a la proclamación solemne y pública de su fe en la Eucaristía, fuente y culminación de la vida de la Iglesia. Para esta fiesta se encargó a Santo Tomás la reacción del oficio litúrgico, en el que resuena el gozo de la Iglesia al proclamar: «CRISTUM REGEM ADOREMUS, DOMINANTEM GENTIBUS; QUI SE MANDUCANTIBUS DAT SPIRITUS PUNGUENDINEM. Llena de alegría la Iglesia canta gozosa su acción de gracias por el gran don de Cristo a su Iglesia, renueva de forma incruenta el sacrificio redentor, se alimenta de su mismo cuerpo y sangre y adora su presencia amorosa entre los hombres.

La forma práctica y social de subrayar esta proclamación de Cristo Rey de las naciones fueron las solemnes procesiones tan características de la fiesta del Corpus. Se iniciaron en la ciudad de Lieja y al cabo de pocos años eran numerosas las ciudades europeas que organizaron su procesión eucarística. Barcelona fue una de las primeras ciudades que desde 1333 sacó por las calles y plazas a la Eucaristía para que fuera adorado y reconocido como Rey y Señor de la ciudad.

El amor reparador a Jesús en la Eucaristía es la devoción central al Corazón de Jesús en las revelaciones a Santa Margarita en Paray-le-Monial. La gran manifestación del amor del Corazón de Jesús es la Eucaristía, y al mismo tiempo la queja de la falta de correspondencia a este amor se refiere especialmente a la frialdad y falta de fervor eucarístico. La función reparadora de los primeros viernes y la hora santa acompañando a Jesús en su agonía en Getsemaní son las dos principales prácticas reparadoras asociadas a la piedad eucarística. Fue precisamente en Paray-le-Monial donde se originó el movimiento que da lugar a la celebración de los Congresos eucarísticos. En la capilla de la Visitación, a los pies del Santísimo Sacramento expuesto, celebrando en —1873—, 200 diputados del parlamento francés la consagración de Francia al Corazón de Jesús, fue cuando Emile

Tamisier recibió la llamada de Dios a consagrarse a la salvación social por medio de la Eucaristía. En su vida de religiosa en la Congregación de las Siervas del Santísimo Sacramento había recibido la influencia del gran apóstol de la Eucaristía, el P. Eymard. Frente al reino de la impiedad —afirmaba el P. Eymard— había que proclamar el reinado de la Eucaristía. La Srta. Tamisier a partir de aquel momento de Paray se va a entregar al apostolado social eucarístico dando lugar al inicio de los Congresos eucarísticos. Años más tarde se celebrará el primer congreso en la ciudad de Lieja, recordando así que también en esta ciudad se había empezado la celebración del Corpus Christi.

El movimiento de los congresos eucarísticos es, como señaló Pío XI en la Encíclica *Quas Primas*, uno de los precedentes de la fiesta de Cristo Rey. «En los Congresos eucarísticos los pueblos de distintas diócesis, regiones, naciones, han venerado a Cristo Rey oculto bajo los velos eucarísticos. Cuando el mundo no quería reconocer a su Rey, el pueblo cristiano ha redoblado su fervor y ha sacado del silencio de los templos a las calles a Aquel que no quisieron recibir al venir a su propiedad».

Estamos en vísperas del 45 Congreso eucarístico internacional que se celebrará durante los primeros días del próximo mes de junio en Sevilla. Este congreso es el tercero de los celebrados en España (Madrid, 1911 y Barcelona, 1952), la designación de la ciudad de Sevilla por el Santo Padre como sede de este congreso quiere ser la culminación de la manera más solemne posible de los actos organizados para la conmemoración del V centenario de la evangelización de América. Así lo ha manifestado el papa recientemente en una audiencia a los obispos de Granada y Sevilla: «El Congreso Eucarístico Internacional que bajo el lema CRISTO, LUZ DE LOS PUEBLOS quiere ser profesión solemne de la fe de la Iglesia en aquella universalidad que nace del amor y que hace cinco siglos insinuó a los misioneros españoles a lanzarse a exultante aventura apostólica de anunciar el mensaje de salvación los hermanos de la otra orilla del océano» y «una solemne acción de gracias por los abundantes frutos que en estos quinientos años ha producido la siembra evangélica llevada a cabo por una legión de hombres y mujeres ungidos por el amor a Cristo y a sus hermanos».

Hace pocos días el Papa ha beatificado a 25 mártires mexicanos que dieron la vida por Cristo Rey y acaba de canonizar a Teresa de los Andes, primera carmelita hispanoamericana, muestra gloriosa de los abundantes frutos de santidad oculta y testimonio heroico de la fe, consecuencia de aquella evangelización iniciada hace ahora quinientos años.

Con esta preparación dentro de unos días la Iglesia Universal se reúne en Sevilla para dar gracias a Dios en torno la Eucaristía y, continuar teniendo en sus labios la plegaria del viejo Simeón: «mis ojos han visto a mi Salvador a quien has presentado ante todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo Israel» y de este modo seguir la evangelización, esperando de la misericordia de Dios que todos los pueblos caminen alumbrados por la luz esplendorosa de Cristo Rey de las naciones.

José M^a Alsina Roca

CRISTO, LUZ DE LOS PUEBLOS

IMPORTANCIA DE LA PREPARACIÓN DEL CONGRESO

Mons. Carlos Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

Con el gozo que produce el anuncio de los grandes favores de Dios, hemos oído cómo se convocaba a nuestra Iglesia para la celebración del 45 Congreso Eucarístico Internacional. Era la voz del mismo Juan Pablo II, quien proclamaba que Sevilla había sido lugar elegido para que en ese universal encuentro de los hombres, llegados de todos los pueblos, reconozcamos más plenamente el misterio de la Eucaristía y lo veneremos públicamente.

Para nuestra Iglesia hispalense, este anuncio constituye un especial motivo de gratitud y alegría, pues hemos sido los elegidos para disponer el altar en el que hombres de toda raza, lengua y nación, van a tener ocasión de sentir la eficacia del sacramento de la unidad y en él, todos unidos, estrechar más los vínculos de la caridad que nos hace formar un solo cuerpo, el Cuerpo de Cristo.

Sevilla, Iglesia antigua, cuyas raíces tradicionales aparecen en relación con los tiempos apostólicos, hoy peregrinando con la comunidad universal hacia las puertas del tercer milenio, es Iglesia misionera y ha sido madre de muchas Iglesias nuevas. En ella se ha hecho realidad lo que afirmara Pablo VI, cuando hablaba de la misión esencial de la Iglesia: evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda (EN 14).

El lema del Congreso Eucarístico «**Christus, lumen gentium**» (Cristo, luz de los pueblos), responde a la urgencia que el Espíritu ha suscitado en nuestros días en la Iglesia, impulsándola a una nueva evangelización. Exigencia que viene, por otro lado, impulsada desde la misma Eucaristía, fuente y culminación de toda predicación evangélica (SC 9).

El 45 Congreso Eucarístico, cuyo centro es el sacramento del misterio pascual, enlazará lo antiguo y lo nuevo, el recuerdo de la misión realizada y la memoria siempre actual y presente de la Cena del Señor, que invita, de nuevo, a salir a los caminos y buscar a todos los hombres para ofrecerles el evangelio de Jesucristo.

En Sevilla, ciudad de arraigada tradición eucarística, del 7 al 13 de junio de 1993, con la gracia de Dios y la ya anunciada presencia de Juan Pablo II, se celebrará el 45 Congreso Eucarístico Internacional, convocatoria y reunión de los fieles de todas las naciones en torno a Cristo eucaristía.

Es la Iglesia de Sevilla quien ha de disponer el altar para la celebración, pero es toda la Iglesia universal, presidida por el Papa, la que se reúne y quien celebra la Eucaristía.

El Congreso Eucarístico necesita una seria y diligente preparación para que los frutos sean abundantes en la vida espiritual de los creyentes y de las comunidades. El Congreso ya ha comenzado en nuestra diócesis, desde el momento en que el Papa Juan Pablo II anunciaba su celebración en Sevilla. La preparación del Congreso es una tarea imprescindible. No como disposición material de las cosas que para todo discorra con el orden y la dignidad necesaria, sino con la adecuada preparación de las personas y de las comunidades. No se trata de poner bien la mesa, sino de que los comensales acudan a ella con gozo y bien dispuestos a la celebración de la Eucaristía.

Por eso, la preparación del Congreso Eucarístico no se reduce a la preparación técnica indispensable, sino que exige una disposición espiritual que, según las palabras del Papa, debería «lograr la participación de cada diócesis, de cada parroquia, de las comunidades religiosas, de los movimientos eclesiales. Todos deben sentirse llamados a participar espiritualmente en ella, con una más intensa catequesis sobre la Eucaristía, con una más consciente y activa participación en la liturgia eclesial, y un culto de adoración capaz de interiorizar la celebración de la pascua con una oración que hace de toda nuestra vida un don para la vida del mundo en el seguimiento de Cristo» (Discurso a los Delegados nacionales).

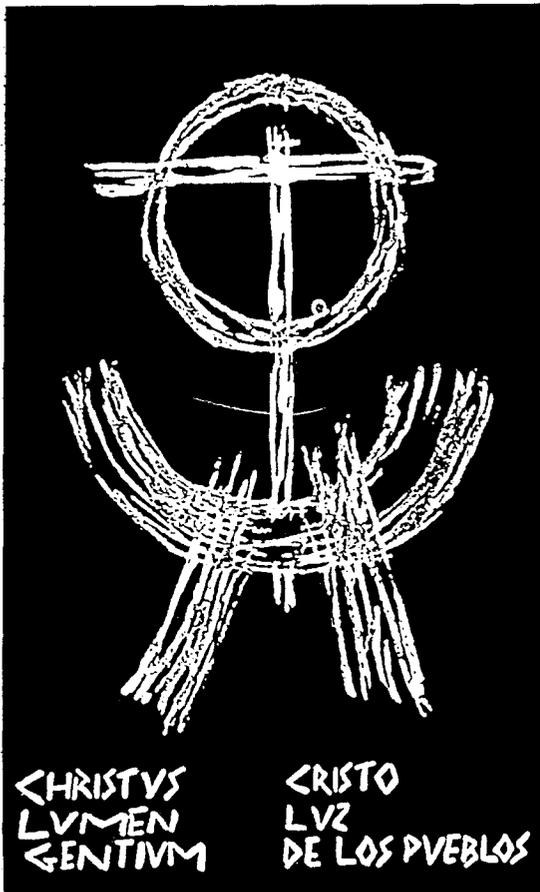
En una palabra, la Iglesia tiene que aprovechar el tiempo de preparación de un Congreso Eucarístico

Internacional, para comprender mejor el puesto central que la Eucaristía tiene en la Iglesia.

La misma preparación del Congreso es ya una gracia de Dios y «tiempo propicio» para seguir en ese proyecto de la renovación pastoral de la parroquia en el que, desde hace algún tiempo, estamos trabajando en conformidad con nuestro plan pastoral.

La preparación del Congreso no supone nada añadido al ya sobrecargado programa de actividades de nuestras parroquias, sino un gran alivio, pues la Eucaristía va a dar unidad a la dispersión de actividades y a reforzar la comunión eclesial entre todos los grupos parroquiales entre sí y con la Iglesia universal.

ORACIÓN DEL XLV CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL



*Te damos gracias, Padre santo,
porque nos revelas en Cristo,
luz de los pueblos,
el misterio de nuestra salvación.*

*Él, verdadero cordero pascual,
con su muerte quitó el pecado del mundo
y resucitando restauró nuestra vida.*

*En memoria de su entrega por nosotros
nos dejó como alimento
el sacramento de la eucaristía
que nos hace partícipes, ya en este mundo,
de los bienes eternos de tu reino.*

*Derrama, Señor, tu Espíritu
sobre los que adoramos y proclamamos
la presencia de tu Hijo
en el misterio de nuestra fe
para que vivamos en generosa solidaridad
con todos los hombres.*

*Y así, adoradores en espíritu y en verdad,
demos testimonio del evangelio
imitando a María, la madre de Jesús,
servidora obediente y humilde.*

*Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.*

ORIGEN Y DESARROLLO DE LOS CONGRESOS EUCARISTICOS INTERNACIONALES

Ferdinand Pratzner, S.S.S.
Secretario del Comité Pontificio
para los Congresos Eucarísticos Internacionales

I. EL ORIGEN DE LOS CONGRESOS EUCARISTICOS

El descubrimiento del misterio de Cristo está siempre en el centro de la renovación de la Iglesia con el fin de poder evangelizar con nuevo ardor y de manera adecuada el mundo entero.

En Concilio Vaticano II, en la Constitución “Lumen Gentium”, expresa el ardiente deseo “de iluminar con la claridad de Cristo, reflejada sobre la faz de la Iglesia, a todos los hombres anunciando el Evangelio a toda criatura (Cf. *Mc* 16,15)”. La Iglesia se presenta a sí misma “como sacramento, es decir, como signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*LG* 1).

La Eucaristía aparece como fuente y culminación de toda la evangelización (*PO* 5) y centro de toda la vida de la Iglesia (1).

1. Una visión en el siglo XIX

San Pedro Julián Eymard (1811-1868), fundador de la Congregación del Santísimo Sacramento, vio en la Eucaristía el fuego que debía incendiar al mundo entero. Y dijo que “los incendiarios de este fuego eucarístico son aquéllos que aman a Jesús” (2).

En efecto, durante los años de intenso apostolado eucarístico con los sacerdotes, religiosas y religiosos, laicos y niños sin instrucción religiosa que encontraba, primero en Lyon y en el Sur de Francia y después y sobre todo en París y en sus alrededores, describía la situación religiosa de la segunda mitad del siglo XIX con estas palabras: “El mayor mal del tiempo es que no se va a Jesucristo como al mismo Salvador y Dios. Se abandona el único fundamento, la única

ley, la única gracia de la salvación. El mal de la piedad estéril es que ésta no parte de Jesucristo y tampoco lleva a Él. Se detiene en el camino, se satisface con las formas externas”. Y continuaba: “El amor divino que no pone ya su vida, su centro, en el Sacramento de la Eucaristía, no se encuentra ya capaz de explicar su poder. Se apaga pronto, como un fuego que no se alimenta. Se convierte rápidamente en un amor puramente humano”.

Y por fin se preguntaba: “Entonces, ¿qué hacer?” y respondía: “Volver a la fuente de la vida, a Jesús: no solamente al Jesús que pasaba por Judea, o al Jesús glorioso en el cielo, sino sobre todo al Jesús presente en la Eucaristía. Se debe hacerlo salir de su aislamiento para que pueda ponerse de nuevo a la cabeza de la sociedad cristiana para guiarla y salvarla”.

Concluía con estas palabras: “Se le debe reconstruir un palacio, un trono real, una corte de fieles servidores, una familia de amigos, un pueblo de adoradores. He aquí la misión y la gloria de nuestro siglo, lo que le hará grande entre los más grandes y Santo entre los más santos. Es necesario saber que un siglo se desarrolla en razón de su culto a la Eucaristía. Esta es la vida y la medida de su fe, de su caridad y de su virtud. Que llegue ya este reinado de la Eucaristía: ya ha reinado durante mucho tiempo sobre la tierra a impiedad y la ingratitud. Que venga tu Reino” (3).

De tal modo se percibe claramente la necesidad espiritual y misionera de la atención renovada a la Eucaristía, precisamente como signo de una atención pastoral a Jesucristo y de una relación personal con Él. La Eucaristía se convierte en el centro de la fe cristiana superando una religiosidad genérica y abstracta que, con frecuencia, no conseguía penetrar las formas exteriores para llegar al corazón de Dios, a Jesucristo.

2. Hacia los congresos eucarísticos

Estos pensamientos y, sobre todo, el celo eucarístico en el que ardía Eymard, impresionaron fuertemente a la señorita Emilie Tamisier de Tours (1834-1910), quien de 1863 a 1867 perteneció a la Congregación de las Siervas del Santísimo Sacramento, también fundada por el Padre Eymard (4). Su influencia sobre la Srta. Tamisier y su impacto en la prepa-

(1) CONCILIO VATICANO II 1962-1965: *PO* 5; *LG* 16 y 26, *SC* 6; *AG* 9 y 26.

(2) P. J. EYMARD. *La Divine Eucharistie — retraite aux pieds de Jésus-Eucharistie*, 10ª edición p. 230.

(3) P. J. EYMARD., *Le Très Saint Sacrement* (Revista), julio 1864, p. 12-13.

(4) *Dictionnaire de Spiritualité*. A. GUITTON, Tamisier (Emilie), fasc. 93-98. París 1990, 20-22.

ración de los congresos eucarísticos fueron claramente reconocidos durante el XXII C.E.I. de Madrid, en 1911, un año después de la muerte de la Srta. Tamisier, iniciadora de los congresos eucarísticos:

“La influencia del P. Eymard sobre esta alma es evidente y profunda. La Srta. Tamisier vivió toda su vida de las ideas del venerado fundador, las rumió, las profundizó, las penetró y, pensamos, las engrandeció después con ustedes. Monseñores y Señores, y gracias a ustedes, las realizó en parte. He aquí por qué, entre los precursores y protectores de vuestra admirable Obra, concedo el primer puesto a este sacerdote de corazón de fuego, Pedro Julián Eymard, profeta de la Eucaristía, transportado por su ardiente celo como otro Elías en un carro de fuego, él mismo fuego vivo, cuya enardecida boca llenaba de fuego las almas” (5).

Más tarde, con motivo de la canonización del Padre Eymard, después de la primera sesión del Concilio Vaticano II, el 9 de diciembre de 1962, se subraya en la “Relación de la Causa” que “el ha abierto el camino a los Congresos que constituirían un estupendo triunfo de Jesús presente en la Eucaristía” (6).

En junio de 1873, en la capilla de la Visitación, en Paray-le-Monial, a los pies del Santísimo Sacramento expuesto, 200 Diputados del Parlamento francés consagraron Francia al Sagrado Corazón de Jesús. Este acto conmueve profundamente a la Srta. Tamisier. Ella misma dijo al Padre A. Chevrier (1826-1879), fundador del Prado, proclamado beato en 1986, y que fue su director espiritual después de la muerte del P. Eymard: “He tenido una visión. Dios me llamó a consagrarme a la salvación social por medio de la Eucaristía” (7).

Allí comenzaron las peregrinaciones a las ciudades y lugares notables por la devoción a la Eucaristía, como Avignon, Ars, Douai, Angers y Faverney. Así empezaba a manifestarse la fe y el amor a Jesucristo en el Santísimo Sacramento y, al mismo tiempo, a profundizar en el conocimiento del Misterio eucarístico y a estudiar los medios para difundir las obras eucarísticas.

Monseñor Gaspard Mermillod, obispo de Lausanne-Ginebra (Suiza), informado por la Srta. Tamisier de su proyecto, propuso como el medio más adecuado para el desarrollo y la difusión de las obras eucarísticas el modelo actual de las asambleas internacionales, en las que deberían reunirse todos

los representantes de dichas obras eucarísticas extendidas por el mundo. De tal modo, se llegó a la denominación de “congresos eucarísticos” (8).

En 1880, un informe de uno de los antiguos miembros de las eucarísticas —no ha llegado su nombre hasta nosotros bien documentado— con los manuscritos, cartas y notas de la Srta. Tamisier, fue enviado a Gaston de Ségur (1820-1881), obispo de Saint-Denis, en París, miembro del cuerpo diplomático de Francia ante la Santa Sede, con residencia en el Tribunal de la Sagrada Rota. Fue autor del conocido libro “Francia a los pies del Santísimo Sacramento” y promotor ardoroso de la comunión frecuente. Así: “Me parece que si yo fuese Papa, el celo de la Eucaristía y de la comunión, no sólo frecuente sino diaria, sería el lema de todo mi Pontificado” (9).

En el informe enviado a Ségur se daba respuesta a estas cinco preguntas:

- 1) ¿Es hoy más urgente que nunca desarrollar las obras eucarísticas?
- 2) ¿Con qué medios?
- 3) ¿Serán oportunas las manifestaciones en este sentido?
- 4) ¿No deberían ser internacionales?
- 5) ¿Se celebrarán primeramente en Bélgica?

Las respuestas se resumen en 3 proposiciones que llegaron a ser la base de la institución de la obra de los Congresos eucarísticos.

“Primera proposición: no hay otro medio que parezca más práctico para el desarrollo de las obras eucarísticas que la asamblea general de sus representantes. Todas las asociaciones tienen sus congresos, ¿por qué, pues, las obras eucarísticas, indiscutibles por su excelencia, no deberían tener los suyos propios? Y como el mal es general y casi por todas partes levanta con audacia su cabeza, las asambleas generales de los representantes de las obras eucarísticas deberían ser internacionales y celebrarse por turno en una u otra nación.

Segunda proposición. La asamblea general de las obras eucarísticas, así reunida, debería ser, al mismo tiempo, un acto de fe y de reparación internacionales y una buena ocasión para la propaganda de las obras eucarísticas por medio de la presentación que de ellas se haga por las naciones y las diócesis.

Tercera proposición. La formación de un comité permanente, encargado de promover y de organizar estas grandes asambleas, debería ser una de las primeras cosas que habría que hacer, como lo ha pedido la Asamblea general de los católicos de París en 1877” (10).

Se estudió la “relación con la mayor atención y fue aprobada” por Monseñor Ségur. Después transmitió al Arzobispo de Malines, Cardenal Dechamps, la proposición de celebrar el primer Congreso eucarístico internacional en Bélgica con la petición de que presentarse al Papa este deseo.

León XIII, el 27 de abril de 1877, acogió la propuesta de constituir un Comité permanente con el fin de promover las Obras eucarísticas y la aprobó con estas palabras: “para el desarrollo de las obras eucarísticas estoy dispuesto a conceder todo” (11). Lo referente a la fecha y al lugar de los congresos fue dejado por el Papa a la elección a los Obispos (12).

(5) Actas del XXII C.E.I., de Madrid 1911, Discurso del Abad Vaudon, p. 266.

(6) SAGRADA CONGREGACIÓN DE LAS CAUSAS DE LOS SANTOS, Relatio Causarum Canonizationis (Fondo S).

(7) Actas del X C.E.I., de Paray-le-Monial 1897, M. de Pélerin, Une page d’histoire sur les origenes de l’oeuvre des congrès eucharistiques, p. 642.

(8) L. c., pp. 643.

(9) L. c., p. 648.

(10) Actas del X C.E.I. L.c. pp. 644-645.

(11) L. c., p. 645.

(12) L. c., p. 646.

3. El primer Congreso Eucarístico Internacional (=C.E.I.)

Se quiso celebrar el C.E.I. en 1881, en Lieja, Bélgica, ciudad donde nació la fiesta del Corpus Christi, en el siglo XIII, después de las visiones de Santa Juliana de Cornillon, fiesta instituida por el Papa Urbano IV en 1264 para la Iglesia universal; pero las circunstancias políticas no lo permitieron. Así pues se escogió la ciudad de Lille, en Francia, en la que un miembro del comité, el industrial Philibert Vrau, gran talento organizador y hombre de ardiente fe en Jesucristo en el Santísimo Sacramento, tenía buenas relaciones para poder recibir a los congresistas del 28 al 30 de junio de 1881.

Las Actas del Congreso nos dan 363 nombres inscritos en la lista de los participantes, provenientes de 7 naciones: Chile, México, Italia, España, Austria y el mayor número correspondía a Bélgica y a Francia. Estuvieron dos Obispos; uno de ellos era el obispo auxiliar de Cambrai, Monseñor H. Monnier quien, estando la sede vacante por la muerte del Arzobispo, dirigía los trabajos del Congreso y presidía las celebraciones. Hubo un gran número de sacerdotes con algunos religiosos y laicos que intervinieron en las 6 sesiones especiales de estudio. A las dos asambleas generales que se celebraron en la tarde de los dos primeros días se presentaron más de mil participantes. En la procesión eucarística, momento culminante del Congreso, tomaron parte más de 4.000 fieles. A causa de una ley que prohibía las procesiones públicas, esta manifestación de fe se desarrolló en la iglesia más grande de la ciudad (Act. del I C.E.I. de Lille; la lista de los miembros del Congreso, pg. LXXII-LXXXVI) (13).

El Papa León XIII, informado del resultado del I C.E.I., escribió a los organizadores: “Queridos hijos, llevad adelante vuestra Obra y continuidad buscando nuevos miembros. ¡Propagad la institución a la que os dedicáis y esforzaos por encender en todos el fuego celeste que Cristo ha traído a la tierra y que quiere encender, sobre todo por medio de la Eucaristía...! (Actas, p. LXIX) (14).

Se decidió celebrar los congresos cada año, a ser posible en una ciudad que se destacara por un hecho histórico o milagroso relativo a la Santa Eucaristía, o donde se pudiese despertar la fe de los pueblos y restablecer el culto del Santísimo Sacramento (Reglamento de 1887, art. 3).

II. DIFUSIÓN Y DESARROLLO DE LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS

1. De 1881 a 1938

La difusión de los primeros congresos eucarísticos se debe, sobre todo, al tesón y al fervor de las diferentes obras

(13) Actas del I C.E.I. de Lille 1881, Liste des membre du Congrès, pp. LXXII-LXXXVI.

(14) LEÓN XIII, *l. c.*, p. LXIX.

(15) PIO X, Actas del XXI C.E.I., de Montreal 1910, p. 35.

(16) Actas del XXV C.E.I., de Lourdes 1914, p. 19.

eucarísticas que, a su vez, se vieron beneficiadas por ello. Siempre se actuó en estrecha unión con el Papa y con los obispos en cuyas diócesis se celebraban los congresos.

Desde sus comienzos, los Papas siguieron su desarrollo con gran interés y los orientaron con palabras de aliento e iluminadoras.

Los primeros 15 Congresos recibieron de León XIII el necesario apoyo para superar las primeras dificultades y el aliento constante para extender las diferentes obras eucarísticas que, al principio, resultó el fin principal de la promoción de los congresos.

Con el Papa Pío X, que en 1905 hizo celebrar el XCI C.E.I. en Roma, los congresos asumieron con gran entusiasmo el deber de hacer conocer y poner en práctica los decretos referentes a la comunión eucarística frecuente y diaria “Sacra Tridentina Synodus” (1905) y a la comunión en edad temprana de los niños “Quam singularis” (1910). Se abrió así un vasto campo pastoral a una preparación adecuada de los bautizados para la comunión eucarística. Formó parte del programa la participación activa de los fieles en la Misa del “Papa eucarístico”, quien en la Liturgia indicó la fuente primaria e indispensable para la renovación de la vida cristiana, personal y social.

En la carta al Cardenal V. Vannutelli, Legado del Papa para el C.E.I. de Montreal, Pío X escribía: “...en el Congreso mismo deberá discutirse todo lo que pueda contribuir a poner más de relieve y a glorificar más la devoción hacia este Augusto Sacramento para que se reparen las injurias contra este Sacramento, se reavive la recepción frecuente de la Eucaristía, y para que todos se persuadan de que no hay nada más eficaz que esta devoción para reunir las almas por medio del vínculo de la paz y de la mutua estima, bienes de los que la sociedad cristiana y civil tiene necesidad. Finalmente, que se guíe a los hombres al bien por medio de los escritos y acciones orientadas a este fin” (15).

En el XXV Congreso Eucarístico Internacional de Lourdes, en 1914, se señalaba que en este período el desarrollo de la devoción a la Eucaristía había sido extraordinario en el corazón de los fieles. Sobre todo después de los dos decretos del Papa Pío X sobre la comunión, en cuya difusión y aplicación contribuyeron con gran entusiasmo los congresos eucarísticos internacionales y nacionales, muchos se acercaron a la mesa del Señor. Pero también se advertía que las naciones como tales continuaban ignorando a Jesucristo dejándolo encerrado en el Sagrario y excluyéndolo de la vida pública. Por esto no era posible dedicarse solamente a llevar a cada fiel y a las familias a la oración, a la comunión y a la adoración de Jesucristo, sino que después de estos comienzos había que llevar a las naciones como tales (Actas del 25° C.E.I. de Lourdes, 1914, pg. 19) (16).

De los 25 Congresos celebrados entre el siglo XIX y el XX, desde 1881 hasta 1914, se celebraron 11 en Francia, 5 en Bélgica y uno en las siguientes naciones: Suiza, Italia, Gran Bretaña, Alemania, España, Austria, Malta, Canadá y en la ciudad de Jerusalén en 1893, en el que, por primera vez, el Papa se hizo representar por un Cardenal-Legado.

Las ciudades de los respectivos congresos, con fecha y el presidente de las celebraciones, están indicadas en el informe de la página 57.

Después de un intervalo de 8 años, a causa de la primera guerra mundial, el XXVI C.E.I. se celebró en 1922, por segunda vez en Roma, con el Papa Pío XI quien vio en este Congreso el comienzo de la plena pacificación, indispensable para toda reconstrucción social. En el discurso de apertura del Congreso dijo: “Y con este Congreso Eucarístico, primero de una nueva serie de los Congresos Eucarísticos, debe empezar, y empezará con la gracia de Dios, por la bondad y misericordia infinita del Corazón Eucarístico de Jesús, la plena planificación que es la primera condición indispensable para toda reconstrucción social” (17)

Después de 1922 los Congresos eucarísticos internacionales se celebraron cada dos años. Este ritmo fue propuesto por el comité permanente al Papa con el fin de promover las celebraciones de los congresos eucarísticos nacionales, diocesanos y parroquiales.

Y así se celebraron entre 1922 y la víspera de la segunda guerra mundial en 1938, 9 congresos en diferentes naciones de los cinco continentes. De esta manera se realizó la visión originaria de llevar el fuego eucarístico a todo el mundo.

2. De 1952 a 1989

Por causa de la segunda guerra mundial y de sus consecuencias, hubo que esperar 15 años para poder celebrar el XXXV C.E.I. en 1952, en Barcelona, España. En la carta autógrafa para el envío del Cardenal-Legado al XXXV C.E.I. de Barcelona en 1952, Pío XII puso de relieve “el triunfo de la Eucaristía” como el medio más eficaz para una paz auténtica. Escribía entonces: “Cierto, entre los hombres no puede existir una paz auténtica si ésta no está fundada sobre la doctrina y los ejemplos de Cristo. Sólo en éstos nacen espontáneamente el respeto y la dignidad de la persona humana, el sentido noble de la obediencia, la autoridad de la sociedad civil, la estrecha unión de la raza humana, de la santidad del matrimonio y de la familia cristiana. ¿Hay, pues, alguna cosa más apropiada y más eficaz para obtener la reconciliación de todos y de cada uno de los hombres y de las naciones que el triunfo de la Eucaristía en las almas y en los pueblos?” (18).

Bajo la influencia del movimiento litúrgico se promovió una participación más directa en la celebración de la Misa. Y los fieles comenzaron, con los Congresos de 1922 en Roma y de 1924 en Amsterdam, a responder al sacerdote celebrante y a intercambiarse el signo de la paz, con el permiso del Papa.

Un profundo cambio en la concepción de la celebración del Congreso se produce con el XXXVII C.E.I. de Munich, Alemania, en 1960. Siempre sobre la huella del movimiento litúrgico y en la línea del descubrimiento de la dimensión eclesial de la liturgia, se quiso modelar la celebración del Congreso siguiendo las antiguas estaciones cuaresmales de Roma, revividas por Juan XXIII en la Cuaresma de 1959 con la “statio” en Santa Sabina sobre el Aventino.

A propósito de esto el Cardenal Joseph Ratzinger, entonces profesor de teología, escribió en las Actas del Congreso: “Parece que haya sido el Padre Jungmann el primero que habló de la idea de la “*statio orbis*”. Los obispos alemanes, en su carta pastoral, tomaron aquella idea. Con la *statio orbis* se elevaba claramente el dinamismo del sacrificio y del banquete sobre la pasividad de la pura adoración, como podría deducirse de la palabra aislada del “Corpus Christi a escala mundial”. El Congreso Eucarístico de Munich, por tanto, se convirtió en piedra angular del desarrollo litúrgico y teológico, indicador del camino para toda la Iglesia. Se creó un nuevo modelo para los congresos eucarísticos que no difería sustancialmente de los anteriores, pero que en el futuro deberá ser tenido en cuenta” (19).

Juan XXIII confirmó, en su Carta autógrafa para el envío del Cardenal-Legado al XXXVII C.E.I. de Munich, el nuevo modelo del Congreso como “*statio orbis*” escribiendo al respecto: “El muy estimado Cardenal y Arzobispo de Munich-Frisinga, que ha preparado con tanto interés y cariño el congreso eucarístico, ha hecho notar que este congreso debe equivaler a una función litúrgica con estaciones, como las que se celebran en Roma, según las normas, durante la Cuaresma, es decir, no una *Statio urbis* sino una *Statio orbis*. Debe ser una función para el mundo entero, en la que la multitud de fieles dirijan fervientes oraciones al cielo por la Iglesia militante y por las necesidades del mundo. Aplaudimos este pensamiento y quisiéramos aclarar inmediatamente por qué tantos creyentes deben rezar en estos días con especial fervor”.

A continuación el Papa, que el año anterior había anunciado el Concilio Vaticano II, indica las principales intenciones de la oración: “Es por la misma razón por la que Nos hemos decidido a convocar el Concilio Ecuménico. Rogad, pues, en el congreso, todos unidos, a Dios el Señor a fin de que el materialismo que amenaza la vida moral de la humanidad desaparezca ante los conocimientos más elevados y pueda llegar a ser superado. Sobre todo es necesario rogar para que la religión de Cristo pueda extenderse, superando los obstáculos, por todo el mundo, y para que las leyes sociales y las costumbres sean conformes a las leyes cristianas, y los matrimonios se celebren y se vivan de una manera verdaderamente santa según las leyes religiosas” (20).

Después del Concilio Vaticano II se fue tomando cada vez más conciencia de la unión profunda entre la Eucaristía y la Iglesia que debe estar modelada por Cristo, quien se da con su Cuerpo y con su Sangre edificado y renovando continuamente su Cuerpo místico. Al mismo tiempo, la Iglesia toma también conciencia de que debe dejar el cenáculo para llevar el mensaje de la nueva alianza a todo el mundo, en-

(17) PIO XI, ACTAS del XXVI C.E.I., de Roma 1922, p. 57.

(18) PIO XII Carta al Cardenal-Legado Tedeschini en: ACTAS del XXXVI C.E.I., de Barcelona 1952, Crónica gráfica, p. 125.

(19) Actas del XXXVII C.E.I., de Munich 1960, *Statio Orbis*, traducción italiana, Kösel Verlag 1961, vol. I, p. 175.

(20) JUAN XXIII, Alocución, L. c. vol II, p. 23.

contrar a Cristo también en los pobres y compartir los grandes problemas de la humanidad: el sentido de la vida y de la libertad, la verdad y la caridad, la familia, la justicia y la paz.

Pablo VI fue el primer Papa que participó fuera de Roma en los Congresos Eucarísticos internacionales, en 1964 en Bombay y, después, en 1968 en Bogotá, demostrando con gestos y palabras que los problemas sociales de los hombres, de aquí en adelante, serían una parte integrante de los congresos eucarísticos.

En Bombay, el Papa manifestó en las celebraciones de la Misa, en la adoración eucarística, en la bendición de los enfermos, en las visitas a los huérfanos, en los encuentros con los representantes de los hermanos de las Iglesias cristianas separadas y con los de otras religiones, la apertura de la Iglesia católica, después del Concilio Vaticano II, hacia todos, especialmente hacia los pobres y los que sufren y hacia todos los hombres de toda raza y religión.

En Bogotá, las palabras de Pablo VI expresaron de manera dramática su vivo deseo de ver unidas la presencia de Cristo en el misterio eucarístico y su presencia en los pobres:

“Hemos venido a Bogotá para honrar a Jesús en su misterio eucarístico y tenemos un inmenso gozo por habérsenos dado la oportunidad de estar entre vosotros para celebrar la presencia del Señor aquí...; vosotros sois un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor entre nosotros, como un reflejo representativo, pero no escondido, de su rostro humano y divino...; vosotros, hijos muy queridos, sois Cristo para nosotros, y nosotros nos inclinamos ante vosotros y queremos reconocer a Cristo en vosotros: vivo y suficiente...; continuaremos defendiendo vuestra causa, continuaremos denunciando las inicuas desigualdades entre ricos y pobres, los abusos autoritarios y administrativos en contra vuestra y de la colectividad” (21).

El mismo Papa, en un discurso a los miembros de la presidencia del comité permanente recibidos en audiencia con motivo de la preparación del XL C.E.I. de Melbourne, describió el culto eucarístico “en toda su plenitud y complementariedad”, indicando como elementos constitutivos, primeramente la liturgia, y después, todas las formas del culto eucarístico y los diferentes deberes que de él se derivan:

“El Congreso es, por tanto, un acto de fe en la soberanía del amor de Cristo que irradia de la presencia eucarística; es un ratificar el culto eucarístico en toda su plenitud y complementariedad. Sabemos que el Sacrificio de la Misa

tiene el primer lugar en la liturgia: lo afirman todos los documentos del Magisterio, hasta los más recientes. Pero del mismo modo queremos recordar a todos nuestros hermanos e hijos que, ante ciertas nuevas improvisadas cuestiones teóricas y prácticas, todas las formas del culto eucarístico mantienen inalterada su validez, su insustituible función, su valor pedagógico y formativo de escuela de fe, de oración y de santidad...; reavivando el culto a la presencia real de Cristo puedan reavivar la generosidad, el esfuerzo, el heroísmo de descubrir a Cristo en el rostro y en el sufrimiento de los pobres, de los necesitados, de los inmigrados, de los enfermos, de los moribundos, y servirle con amor en ellos, sostenidos por la fuerza que sólo da el hábito prolongado de familiaridad y de oración con Él”. (22).

En la Carta autógrafa para el envío del Cardenal-Legado J. Knox al XLI C.E.I. de Filadelfia en 1976, que tenía como tema “La Eucaristía y las diferentes formas del hambre en la familia humana”, Pablo VI presentaba de nuevo el Misterio Eucarístico en toda su realidad y amplitud como Sacrificio de Cristo, comunión de los miembros con la Cabeza, y presencia real y sustancial del Señor a quien se debe el culto solemne de adoración también después de la celebración litúrgica. Así este Sacramento que es signo de unidad y vínculo de caridad se convierte en testimonio vivo del hambre de Dios y de los valores espirituales e incita a saciar el hambre de libertad y de justicia, de verdad y de amor, de la paz y del pan cotidiano (23).

La coherencia entre el culto eucarístico y la vida fue puesta de relieve también en la Carta de 1979 al Cardenal R.J. Knox, Presidente del Comité permanente, referente al XLII C.E.I. de Lourdes en 1981, en la que insistía en las implicaciones de la comunión eucarística dentro de la Iglesia y en las consecuencias para la misma sociedad:

“¡Qué profundas implicaciones para las relaciones, ante todo, entre los que comulgan: “La Eucaristía hace la Iglesia”, reúne como los miembros de un cuerpo a aquéllos que participan del mismo Cuerpo de Cristo: “Que todos sean una sola cosa” (Jn17,21)! ¡Y qué consecuencias también para la misma sociedad, por el modo de acercarse a los hermanos, sobre todo a los más pobres, de servirlos, de compartir con ellos el pan de la tierra y el pan del amor, de construir con ellos un mundo más justo, más digno de los hijos de Dios, y al mismo tiempo de preparar para el futuro un mundo nuevo, en el que Dios mismo traerá la renovación definitiva y la comunión total y para siempre! (cf. Apoc. 21, 1.5; Constitución Gaudium et Spes, nn. 39, 45)” (24).

Juan Pablo II, en el discurso a los Delegados Nacionales reunidos por primera vez en Roma en diciembre de 1980 para la preparación de XLII Congreso Centenario que se celebraría en Lourdes en 1981, recordaba la importancia de hacer resaltar la unión necesaria entre la dimensión vertical y la horizontal de la Eucaristía.

“Conviene no descuidar ningún aspecto de esta participación de la Eucaristía. Esta comporta ante todo la acción de gracias y de adoración que deberán tener un puesto privilegiado en el Congreso, en las celebraciones de la Misa, en

(21) PABLO VI, Discurso a los “campesinos” durante el XXXIX C.E.I., de Bogotá en: *Insegnamenti*, vol. VI. (1968), p. 372.

(22) PABLO VI, Discurso al Comité Permanente del XL C.E.I., de Melbourne 1973: *l. c.*, vol. X (1972), p. 206.

(23) PABLO VI, Carta al Cardenal-Legado James R. Knox con motivo del XLIC.E.I., de Filadelfia 1976: *l. c.*, vol. XIV (1976), p. 542.

(24) JUAN PABLO II, Carta al Presidente del Comité Permanente Cardenal Knox con motivo del XLII C.E.I. de Lourdes 1981, en el *Osservatore Romano*, 2-I-1979.

las procesiones, en las horas de recogimiento ante el Santísimo Sacramento. Incluye la conversión que la prepara y la acompaña, en la línea de las primeras palabras del Evangelio y del mensaje confiado a Bernardette Soubirous. Pide un compromiso resuelto de vivir el amor recibido de Dios en las relaciones efectivas de justicia, de paz, de misericordia, compartiendo los diferentes aspectos del pan cotidiano con todos nuestros hermanos. Así debe presentarse la Eucaristía, en su dimensión vertical y horizontal. Así se prepara la renovación de las personas y, poco a poco, la renovación del mundo” (25).

En la Carta al Presidente del Comité permanente, Cardenal Opilio Rossi, a propósito del XLIII C.E.I. de Nairobi, celebrado en 1985 con el tema “La Eucaristía y la Familia cristiana”, Juan Pablo II ofrecía una reflexión para profundizar en las diferentes comunidades cristianas y en particular a fin de que “se comprenda cada vez mejor el valor esencial de la Eucaristía para la salvación y la santificación de la familia, y el papel indispensable de la familia para la evangelización y la llegada del Reino de Dios, que tiene su anuncio y su centro en la Eucaristía” (26).

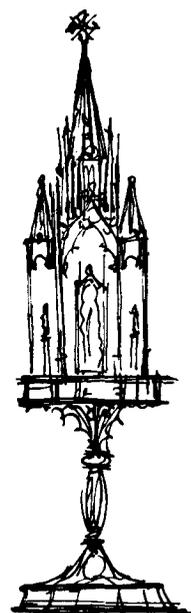
Y a los Delegados Nacionales, llegados a Roma en marzo de 1988 para la preparación del XLIV C.E.I. celebrado en 1989 en Seúl con el tema: “Cristo nuestra Paz”, les habló de la actualidad de una fe renovada en el poder pacificador de la Eucaristía:

“Es de desear que los cristianos crean firmemente en este poder pacificador y unificador de la Eucaristía. Por medio de la Eucaristía será posible vivir cada vez más ampliamente la bienaventuranza proclamada por Jesús: “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios” (Mt 5, 9). Los que son hijos del Padre, en la Eucaristía reciben la vida de Cristo, que es verdaderamente la vida del Padre mismos (Jn 6, 57), una vida de amor que les hace difundir la paz, para su felicidad y la de aquellos a los que une este don divino. En esta perspectiva comprendemos muy bien como un congreso eucarístico debe imprimir también un nuevo impulso ecuménico.

Hablar de cristianos separados significa caer en la contradicción, ya que el cristiano es discípulo de Cristo, que ha muerto “para reunir a los hijos de Dios” (Jn 11, 57). La preparación pastoral de un congreso eucarístico internacional puede ser, pues, ocasión de dar, junto con nuestros hermanos cristianos, el testimonio de nuestra fe común en Cristo, único Salvador y Portador de la Paz” (27).

En efecto, todos los C.E. realizados después del Concilio Vaticano II han sido una ocasión, y a veces muy significativa como en Bombay, Melbourne, Filadelfia, Lourdes, Nairobi y Seúl, para renovar y reforzar, a través de encuentros de oración y de estudio, de colaboraciones y de acciones comunes de testimonio de vida cristiana, ese espíritu de búsqueda de la unidad perfecta en el único Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Lo mismo que en los comienzos, también hoy los Papas ven en los congresos eucarísticos acontecimientos eclesiales que deberían interesar a todos, y comprometer a todos aquéllos que forman parte del Pueblo de Dios: “individuos, Iglesias locales, Iglesia universal; y esto lo más ampliamente posible” (S 12); son “una ocasión providencial para hacer crecer el sentido de la Eucaristía entre los sacerdotes, los religiosos y los fieles, más allá del círculo restringido de los que podrán participar en el lugar o mediante la radio y la televisión. Es decir, se trata de hacer comprender mejor el lugar central de la Eucaristía en la Iglesia” (28).



(25) JUAN PABLO II, Discurso a los Delegados Nacionales del XLII C.E.I., de Lourdes: *Insegamenti*, vol. III/2 (1980), pp. 54-55.

(26) JUAN PABLO II, Carta al Presidente del Comité Permanente, Cardenal Opilio Rossi, con ocasión del XLIII C.E.I., de Nairobi, 1985: *loc. cit.*, vol. VII/2 (1982), p. 215.

(27) JUAN PABLO II, Discurso a los Delegados nacionales con motivo del XLIV C.E.I., de Seúl 1989; *l. c.*, vol. XI/1 (1988), p. 610.

(28) JUAN PABLO II, Discurso a los Delegados Nacionales con motivo del XLII C.E.I., de Lourdes 1981: *l. c.* vol. VIII (1980), p. 53.

LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS INTERNACIONALES

N.	Sede	Fecha		Papa	Presidencia
1.	Lille (F)	28-30 Junio	1881	León XIII	S.E.H. Monnier (Ob. Aus. de Cambrai)
2.	Avignon (F)	13-17 Septiembre	1882	León XIII	S.E. F.E. Hasley (Arz. de Avignon)
3.	Liège (B)	5-10 Junio	1883	León XIII	S.E. A. Duquesnay (Arz. de Cambrai)
4.	Fribourg (CH)	9-13 Septiembre	1885	León XIII	S.E. G. Mermillod (Ob. de Genève)
5.	Toulouse (F)	20-25 Junio	1886	León XIII	Card. V.G. Desprez (Arz. de Toulouse)
6.	París (F)	2-6 Julio	1888	León XIII	Card. F.M. Richard (Arz. de París)
7.	Anvers (B)	16-21 Agosto	1890	León XIII	Card. P.L. Goossens (Arz. de Malines)
8.	Jerusalem (S)	14-21 Mayo	1893	León XIII	Card. B. Langénieux (Arz. de Reims)*
9.	Reims (F)	25-29 Julio	1894	León XIII	Card. B. Langénieux (Arz. de Reims)
10.	Paray-Le-Monial (F)	20-24 Septiembre	1897	León XIII	Card. A.L. Perraud (Ob. de Autun)
11.	Bruxelles (B)	13-17 Julio	1898	León XIII	Card. V. Vannutelli (Arzp. S. Juan Lat.)*
12.	Lourdes (F)	7-11 Agosto	1899	León XIII	Card. B. Langénieux (Arz. de Reims)
13.	Angers (F)	4-9 Septiembre	1901	León XIII	Card. P.L. Goossens (Arz. de Malines)
14.	Namur (B)	3-7 Septiembre	1902	León XIII	Card. P.L. Goossens (Arz. de Malines)
15.	Angoulême (F)	20-24 Junio	1904	Pío X	Card. V. Sulpizio Lecot (Arz. de Bordeaux)
16.	Roma (I)	1-4 Junio	1905	Pío X	Su Santidad Papa Pío X
17.	Tournai (B)	15-19 Agosto	1906	Pío X	Card. V. Vannutelli (Pref. S.C. Concilio)
18.	Metz (D)	6-11 Agosto	1907	Pío X	Card. V. Vannutelli (Pref. S.C. Concilio)
19.	London (GB)	8-13 Septiembre	1908	Pío X	Card. V. Vannutelli (Pref. S.C. Concilio)
20.	Köln (D)	4-8 Agosto	1909	Pío X	Card. V. Vannutelli (Pref. S.C. Concilio)
21.	Montreal (Can.)	7-11 Septiembre	1910	Pío X	Card. V. Vannutelli (Pref. S.C. Concilio)

* En 1893 fue nombrado por la primera vez un Cardenal Legado. Esta práctica fue continuada ininterrumpidamente desde el 1898.

N.	Sede	Fecha	Papa	Presidencia	
22.	Madrid (E.)	23 Junio-1º Julio	1911	Pío X	Card. G. Aguirrey (Arz. de Toledo)
23.	Wien (A)	12-15 Septiembre	1912	Pío X	Card. G. Van D. Ferrata (Pref. S. C. Sacramentos)
25.	Lourdes (F)	22-26 Julio	1914	Pío X	Card. G. Pignatelli di Belmonte
26.	Roma (I)	24-29 Mayo	1922	Pío XI	Su Santidad Papa Pío XI
27.	Amsterdam (NL)	22-27 Junio	1924	Pío XI	Card. G. Van Rossum (Pref. Prop. Fide)
28.	Chicago (U.S.A.)	20-24 Junio	1926	Pío XI	Card. G. Bonzano)
29.	Sydney (Aus.)	6-9 Septiembre	1928	Pío XI	Card. B. Cerretti
30.	Carthago	7-11 Mayo	1930	Pío XI	Card. A.E. Lépiciér (Pref. Congr. Relig.)
31.	Dublín (Ir.)	21-26 Junio	1932	Pío XI	Card. L. Lauri (Penitenciario Mayor)
32.	Buenos Aires (Arg.)	10-14 Octubre	1934	Pío XI	Card. E. Pacelli (Secretario de Estado)
33.	Manila (Is. Phil)	3-7 Febrero	1937	Pío XI	Card. Dougherty (Arz. de Filadelfia)
34.	Budapest (H)	25-30 Mayo	1938	Pío XI	Card. E. Pacelli (Secretario de Estado)
35.	Barcelona (E)	27 Mayo-1º Junio	1952	Pío XII	Card. F. Tedeschini (Datario de S.S.)
36.	Río de Janeiro (Bras.)	14-24 Julio	1955	Pío XII	Card. B.A. Masella (Pref. S.C. Sacramentos)
37.	München (D)	31 Julio-7 Agosto	1960	Juan XXIII	Card. G. Testa (Pref. S.C. Iglesias Orient)
38.	Bombay (Ind.)	28 Nov.-6 Diciembre	1964	Pablo VI**	Card. Agagianian (Pref. Prop. Fide)
39.	Bogotá (Colombia)	18-25 Agosto	1968	Pablo VI**	Card. G. Lercaro (Arz. de Bologna)
40.	Melbourne (Aus.)	18-25 Febrero	1973	Pablo VI	Card. L. Sheehan (Arz. de Baltimore)
41.	Filadelfia (U.S.A.)	1-8 Agosto	1976	Pablo VI	Card. J. Knox (Pref. Sacr. & Culto Divino)
42.	Lourdes (F.)	16-23 Julio	1981	Juan Pablo II	Card. B. Gantin (Pres. Iustitia et Pax)
43.	Nairobi (Kenya)	11-18 Agosto	1985	Juan Pablo II**	Card. J. Cordeiro (Arz. de Karachi)
44.	Seoul (Korea)	5-8 Octubre	1989	Juan Pablo II**	Card. R. Etchegaray (Pres. Iustitia et Pax)
45.	Sevilla (E)	7-13 Junio	1993	Juan Pablo II**	

** El Papa presidió una parte del Congreso. Presidirá también el de Sevilla.

CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL Y V CENTENARIO

Prof. GUZMAN M. CARRIQUIRY LECOUR
Subsecretario del Pontificio Consejo par los Laicos
Miembro del Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos Internacionales

Reproducido del Boletín Informativo del XLV Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla (dic. nº 2)

Si uno de los objetivos del Congreso Eucarístico Internacional es la culminación de la celebración del V Centenario de la Evangelización iberoamericana, a su vez ésta quedará destacada en su centralidad eucarística.

En efecto, se ha tratado de una “celebración” en el sentido eclesial más profundo: hacer memoria viva y grata del acontecimiento —del Don— más decisivo en la gestación, en la historia, y para el destino de los pueblos ibero-indo-americanos: la “plantatio crucis” en tierras del Nuevo Mundo, el testimonio y anuncio de la presencia pascual del Redemptor Hominis. ¿No es acaso la Eucaristía una “acción de gracias” por esa Presencia “ayer, hoy y siempre”?

Bien se ha señalado que la primera evangelización en América tuvo una fuerte connotación eucarística y, con ella (sacrificio perfecto en obediencia al Padre y comunicación de la vida divina por efusión del Espíritu) trinitaria, así como mariana (la Eucaristía como prolongación del misterio de la Encarnación). La imagen totalmente expresiva de los contenidos de la catequesis y de la piedad popular de los nuevos pueblos evangelizados es aquella de la Immaculada Eucarística coronada por la Trinidad.

No hay que olvidar que aquella primera evangelización fue dilatación misionera del gran movimiento de reforma católica en la península ibérica. Éste retoma el ahondamiento teológico, espiritual y devocional acerca de la Eucaristía que se dio durante el siglo XIII —dogma de la transustanciación, fiesta del Corpus Domini...— y repropone con vigor la centralidad eucarística y la comunión frecuente, que había caído en desuso, en la vida cristiana. Muchas cartas de Ignacio de Loyola lo atestiguan. También, desde Roma, un Felipe Neri. El Concilio de Trento, con sus definiciones sobre la Eucaristía y el Sacrificio de la Misa (en sus sesiones SIII, XXI y XXII) —reaccionando contra la tendencia “protestante” de reducirlo a una memoria “espiritual”, a una

cena “simbólica”— reafirmó y mucho impulsó la piedad eucarística de los nuevos pueblos americanos. En ella se volcó especialmente la tradición de la Iglesia de Dios en Andalucía, de la que es oportuno recordar la interpretación realista dada por Isidoro de Sevilla de la Eucaristía —presencia real, y no simbólica; del Cuerpo y Sangre de Jesucristo...— y cuyas vistosas y sentidas devociones y procesiones del “Corpus Christi”, llevando el culto fuera del templo, sacralizaban plazas y calles, manifestando el Señorío de Cristo en el tejido de toda la convivencia social.

Es cierto que en los orígenes de la evangelización de los indígenas no faltaron debates ni tendencias rigoristas, jansenistas “avant la lettre”, que preocupados por la autenticidad bautismal, la verdad catecumenal y la coherencia eucarística de esos neófitos —siguiendo además la costumbre de una comunión poco frecuente— llegaban casi a negarles el sacramento. Pero desde las Juntas Eclesiásticas Mexicanas del 1539 y del III Concilio Limense de 1583 —aquél de Toribio de Mogrovejo y José de Acosta, el del grande Catecismo trilingüe... fue confirmada la práctica misionera prevalectiente de invitar y acoger a los nuevos bautizados en la Mesa Eucarística, según las condiciones requeridas por la Iglesia para la preparación de los fieles.

En efecto, Motolinía —aquel mendicante de Dios, entre los “12 Apóstoles” de México, para servicio de los pobres— narra la hermosa procesión de la fiesta de Corpus en Tlaxcala, ciudad puramente india y por indios gobernada. Profusamente adornada con 1.068 arcos de flores, que cubrían también sus calles empedradas, “en la procesión —cuenta el buen fraile— iba capilla de canto de muchos cantores y su música de flauta que concertaba con los cantores, trompetas y atabales, campanas chicas y grandes, y esto todo sonó junto a la entrada y salida de la Iglesia, que parecía que se venía el cielo abajo”. Los cronistas españoles alaban la asombrosa

facilidad con la que los indios convertidos aprendían los autos sacramentales —representados sobre todo en la fiesta de “Corpus”— traducidos en las lenguas indígenas, representándolos con admirable talento escénico.

Singular auge tuvo esta fiesta en Cuzco, luego de la Bula de Pablo IV decretando “que los días que los indios por sus antiguos ritos dedicaban al sol y a sus ídolos se reduzcan en honor del verdadero Sol, Jesucristo”. Testimonios artísticos americanos fueron las extraordinarias capillas y sagrarios barrocos, las numerosas pinturas inspiradas por la de Rafael —“La disputa del Sacramento”— y, sobre todo, de Rubens —“Triunfo de la Eucaristía”—, la florida imaginería en devociones y procesiones eucarísticas. Testimonios vivientes lo fueron las tan numerosas Cofradías del Stmo. Sacramen-

to, aquellas verdaderas Comunidades eclesiales de base de nuestros orígenes.

Desde esta tradición compartida —que vincula especialmente a Sevilla con los pueblos indo-ibero-americanos—, el Congreso Eucarístico Internacional será reafirmación de la “profesión de fe” que, con un vigoroso ímpetu Cristocéntrico, encabeza, unifica e ilumina todo el reciente “Documento de Santo Domingo” de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Para que todos los fieles se sientan invitados a un reencontro y seguimiento de Jesucristo con la misma novedad, con la misma realidad, con el mismo poder de persuasión y afección que tuvo aquél vivido por sus apóstoles casi 2.000 años ha y por los “Juandiego” del Nuevo Mundo desde hace cinco siglos.



FRAGMENTO DEL TEXTO BASE DEL
XLV CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL DE SEVILLA

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA

La eucaristía no se agota en su celebración litúrgica. Una vez consagrados el pan y el vino, permanecen como sacramento de la presencia real y viva del Señor en medio de su pueblo. La eucaristía es en verdad «sacramento permanente» (*sacramentum permanens*).

Desde los primeros siglos, la Iglesia conservó la Eucaristía, sobre todo con el fin de llevarla a los enfermos y moribundos. Con el tiempo, la adoración al Santísimo y las prácticas y devociones a Cristo sacramentado crecieron y se multiplicaron, llegando a ser una de las principales fuentes de espiritualidad y consagración religiosa.

En nuestros días, estas prácticas y espiritualidad han venido a tener un puesto menor en la vida de muchos fieles y comunidades cristianas. Por eso queremos recordar el valor y el sentido que tiene la adoración y devoción eucarística, de modo que pueda aplicarse a las diversas prácticas existentes, como son: plegarias personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves, prolongadas, anuales (las cuarenta horas), bendiciones eucarísticas, congresos eucarísticos.

a) La adoración, como todo el culto cristiano, está dirigida a Dios Padre, por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Es, pues, una adoración trinitaria, que implica la actitud de agradecimiento y admiración por el amor de Dios Padre, la mediación salvadora de Cristo, y el don gozoso y consolador del Espíritu.

b) La adoración es un tiempo exterior y un espacio interior, por el que el hombre se apresta y mueve en la totalidad de su ser a centrarlo todo en Cristo para el crecimiento espiritual y la perfección de la vida cristiana.

c) La adoración es la contemplación y reconocimiento de la presencia sacramental y real de Cristo, en las sagradas especies, fuera de la celebración de la misa. Y la prolongación de la Eucaristía en la vida, a través de un espacio y un tiempo que tiende a profundizar y

desarrollar todo aquello que se ha expresado, celebrado y vivido en la acción litúrgica.

d) Por la adoración confesamos, individual o colectivamente, en privado o en público, la cercanía y la presencia activa permanente de Dios en medio de su pueblo, cual compañero de viaje que sale a nuestro encuentro y nunca nos abandona, en medio de las vicisitudes de la vida.

e) La adoración es un verdadero encuentro dialogal por el que, en la contemplación y admiración silenciosa, nos abrimos a la experiencia de Dios, al gozo y la alegría de la fe, de donde dimana la fuerza para una acción más consecuyente y evangelizadora.

f) Los verdaderos adoradores realizan un servicio a la Iglesia entera, en cuanto expresan y mantienen vivo el servicio de la oración al que todos los creyentes están obligados, siendo al mismo tiempo, recordatorio y estímulo para los demás.

g) La adoración es igualmente un gesto de solidaridad con las necesidades y necesitados del mundo entero, en cuanto que se tienen presentes en la oración, y desde esta petición solidaria se incrementan la justicia y la fraternidad.

h) Quienes adoran de verdad, y sobre todo quienes han entregado su vida a la oración y adoración en la clausura, participan y colaboran en la tarea evangelizadora, a su manera y desde sus medios, con su silencio y ejemplo, con su entrega radical y su apuesta elocuente por los valores del reino, con su acogida oracional y su pobreza.

i) Los monasterios contemplativos son, por lo mismo, lugares de evangelización silenciosa y testimonial, signos proféticos de presencia de Dios y de eternidad de vida. El culto eucarístico fuera de la misa es como el anticipo de que aquel tiempo definitivo en el que ya no habrá templo, ni símbolos, ni palabras, sino la contemplación de Dios y del cordero.



EL XXXV CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL: BARCELONA, CIUDAD DE DIOS

“Sólo podía obrar lo que he visto la gracia del Señor” (Cardenal Tedeschini)

Jorge Soley Climent

Lo que el legado pontificio había visto era una ciudad entera rindiendo culto a Jesús Sacramentado; el XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona. La última vez que la cristiandad se había reunido entorno al Santísimo había sido en Budapest, el año 1938. Después vendría la guerra, que sacudió al mundo con toda su barbarie y destrucción. Acabada ésta, los pueblos marcados por la visión de tanta brutalidad, buscaban una referencia que garantizase que la guerra no volviera a repetirse. Pero tampoco en ese momento se escuchó la voz de la Iglesia; nuevamente se quiso fundar la paz sobre bases meramente humanas. Mientras, en 1952, dos anhelos se manifiestan en todo el mundo católico: el volver a congregarse alrededor de la Eucaristía y conseguir para el mundo una paz verdadera. En este marco S.S. Pío XII decidió convocar a toda la Iglesia en la ciudad de Barcelona, con un sentido muy claro, que el mismo Papa sintetizaba explicando lo que significa un Congreso Eucarístico:

“— Un acto de fe en el ‘mysterium fidei’, pero no de una fe cualquiera, sino de una fe colectiva y social, que rebosa los corazones llenando las calles y las plazas; y una fe que edifica a los hombres.

— Una exaltación de la caridad.

— Un solemne acto de reparación.

— La feliz unión en un solo homenaje, del Santísimo Sacramento del Altar y del Corazón Sacratísimo de Jesús”.

Barcelona tenía que transformarse en altavoz que proclamase que la auténtica paz, la única, es la paz de Cristo en el Reino de Cristo. Todo intento de mantener la paz como un mero equilibrio entre enemigos puede aspirar como máximo a una no-beligerancia basada en el temor mutuo. Pero no confundamos; esto no es la paz que para ser cierta y duradera “obra de la justicia” (Is, 32, 17) y “efecto de la caridad” (Gs, 78, 1-2).

Empezó el Congreso Eucarístico en el Templo Expiatorio del Sagrado Corazón del Tibidabo, plataforma desde donde se domina la ciudad; donde la Adoración Nocturna, en sus dos secciones, veló a Jesús Sacramentado en una solemne vigilia. Aquella noche anunciaba

las constantes vividas a lo largo de los restantes días: a los pies del Sagrado Corazón, las gentes haciendo manifestación pública de su fe y pidiendo el triunfo de la Eucaristía en las almas y en los pueblos.

La mañana siguiente inauguraba el “Día de la paz familiar”, recordando que solo desde la familia es posible construir una sociedad justa. Los actos más destacados del día fueron la comunión infantil frente a la Sagrada Familia y, por la tarde en el altar levantado en la plaza Pío XII, la reunión de familias cristianas con el propósito de consagrarse a Cristo y pedirle la gracia de asemejarse cada día más a la familia de Nazaret. Para acabar el día la Universidad de Barcelona también quiso sumarse al resto de la ciudad para, desde su paraninfo, rendir su inteligencia ante Aquel que es la Verdad.

El segundo día estuvo dedicado a la paz individual y social, reuniéndose miles de trabajadores en la Avenida Reina María Cristina. Ya por la noche se celebró en la Plaza de Pío XII una Santa Vigilia, en la que el centro de la predicación fue el amor: “El mundo está enfermo, la dolencia es una crisis de caridad”. Para sanar debe volver su vista hacia la Eucaristía fruto del amor sin medida del Corazón Sacratísimo de Jesús. Postrados ante el Santísimo, los hombres se sentirán “forzosamente heridos por aquellos dardos que os arrastrarán al Corazón divino para restituirle amor por amor”.

El siguiente día fue el de la paz internacional, en el que se quiso rogar especialmente por la “Iglesia del silencio”, blanco de todo tipo de persecuciones por sostener una fe, y que en aquellos días era dolorosamente patente (¿y ahora no?). A todos aquellos cristianos que sufrían persecución, el Congreso Eucarístico los puso, en un acto de filial confianza, bajo la protección de la Virgen, de Nuestra Señora de la Merced. ¿Quién mejor que nuestra Madre y Madre de Dios, la omnipotencia suplicante, María, podría interceder por sus hijos? De esta forma se evidenciaba que la paz en el mundo no será posible sin respeto hacia la libertad religiosa, hacia el derecho y el deber fundamental de todo hombre de rendir culto al Dios verdadero.

La jornada se completó con la consagración del dolor

humano, misterio para muchos que encuentra su solución a los pies del Altar; y con la presencia del mundo del deporte en el Congreso a través de dos jugadores de fútbol, uno de cada uno de los dos equipos más importantes de la ciudad.

El cuarto día mostró algo que nadie había presenciado jamás, 820 jóvenes entregando su vida a Dios en el sacerdocio. El estadio de Montjuich fue testigo de la mayor ordenación de la historia, demostración palpable de que donde hay fervor eucarístico y verdadera fe en la presencia real del Señor, no hay crisis de vocaciones.

Y de este modo llegamos al 1 de junio de 1952, Pentecostés, el zénit del Congreso en el día del Espíritu Santo, de la gracia, tan generosamente derramada a través de Jesús-Sacramento. No es por casualidad ni por condicionamientos culturales por lo que el acto central, el que sintetiza todo el Congreso Eucarístico, fuera la procesión. Procesión que proclama que Jesús, Príncipe de la Paz, es también Rey de reyes y Señor de las naciones, y que todo acto eucarístico es una nueva proclamación de Su Realeza por parte del pueblo cristiano, un deseo explícito de que Su Reinado de Amor se haga efectivo sobre toda la faz de la Tierra. La Eucaristía exige también un culto social, y constituye primicia del Reino, ya que en ella el Reino de Cristo, aún no consumado, ya es presente y real. Por esta radical conexión comprendemos la voluntad, por parte del Congreso, de mostrar a las naciones la necesidad y la exigencia de un culto público de la sociedad a Jesucristo, su Señor.

Acabó el día en Montserrat, junto a María Santísima, patrona del Congreso y protectora del mismo en todo momento, símbolo de la fidelidad de un pueblo a Cristo a través de los siglos.

Al leer las distintas crónicas del Congreso Eucarístico, hay un hecho que destaca: la presencia de toda la Iglesia Católica, que es al mismo tiempo una y diversa en su universalidad. La paz verdadera sólo puede nacer de la unidad, unidad de todo género humano en Cristo, unidad misteriosa, íntima y divina que es fruto de la incorporación a través de la Eucaristía en el Cuerpo Místico de Jesucristo. Más allá de toda utopía y de toda fantasía psicológica se alza esta realidad de orden espiritual y divino, cuya ley es la paz y cuya energía es el amor.

Esta realidad fue manifiesta en Barcelona, donde la Iglesia, que abarca a todos los hombres, quiso que no faltara ninguno de sus ritos. Esencial fue la participación activa de los católicos de ritos orientales: bizantino, sirio-antioqueno, armenio, maronita, copto, caldeo, todos ellos homenajes vivos a la Eucaristía por parte de los mismos apóstoles y de los grandes Padres de Oriente: San Atanasio, San Basilio, el Crisóstomo, etc. Fruto de una fe amorosa que hace de la cuidada liturgia un presente a su Señor y auténticos tesoros de la cristiandad que como tales fueron tratados por el pueblo de Barcelona que las iglesias donde se celebraba la Santa Misa en estos ritos estuvieran rebosantes.

La cantidad de personas que asistieron a todos los actos del Congreso fue enorme, incluso si lo observamos desde el punto de vista de una época como la nuestra acostumbrada a reuniones multitudinarias. Nada comparable con lo que fue la Ciudad Condal esos cinco días, que demostraron que multitud y fervor no están reñidos como parecen insinuar algunos católicos liberales de doble intención. Cristo no es el salvador de unos pocos, de unas élites, es el Salvador de las naciones, y éstas tienen toda su esperanza en Él. A quienes critican lo que ellos llaman "catolicismo de masas", habría que recordarles que, en efecto, la redención es universal y por ello es lógico que las masas también rindan culto a su Señor. Sólo unos ojos sin amor de Dios pueden confundir a todas las personas, innumerables, congregadas en torno a la Eucaristía en acto de adoración y reparación, con aquellas masas embrutecidas que acostumbran a reunirse por motivaciones que a veces casi no llegan ni a humanas. Es la misma mirada de quienes silencian el Congreso Eucarístico de Barcelona por culpa de una inconfesable lectura ideológica del mismo. Pero la Iglesia no es así, su única preocupación es que el Reino se extienda, y la evangelización siempre tendrá como uno de sus pilares la realidad de la presencia actual del Hijo de Dios en la Eucaristía, anticipo del Reinado de su Corazón. Recemos para que el redescubrimiento y la meditación de lo que ocurrió en Barcelona en 1952 nos haga postrarnos ante el Santísimo Sacramento para pedirle a Cristo que Barcelona vuelva a ser su custodia, y que el mundo entero se inflamen de caridad y amor hacia el Rey de reyes y Señor de los que dominan.

LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

La institución del *Corpus Christi* es una de las consecuencias, y no la menos importante, del movimiento litúrgico, iniciado en Francia bajo Pipino el Breve, continuado bajo Carlomagno, desarrollado y reglamentado por los grandes liturgistas de la época, Alcuino, Amalario, Héliaschar, Agobardo, Floro de Lyon, Rábano Mauro, etc.; los estudios de Pascanio Rabderto, y aun las negaciones de Berengario (*1047), lo favorecieron también. Era evidente que la Eucaristía no recibía los honores debidos a la presencia real de todo un Dios bajo las especies sacramentales. Claro que todas las festividades se orientan a la glorificación de la Eucaristía, puesto que todas ellas se celebran, precisamente, por el Sacrificio del Altar y en torno a él giran y a él se refieren muy directamente sin duda: la Encarnación se refiere a la Eucaristía, como continuación y prolongación que es, en la tierra, de la unión admirable de Dios con el hombre y del hombre con Dios; la Navidad se refiere a la Eucaristía, como constante nacimiento que es del verbo encarnado en nuestros altares; la Pasión se celebra por la Eucaristía, que la representa en forma eficaz y efectiva; la Resurrección se refiere a la Eucaristía, donde se contiene real y verdaderamente el Jesús resucitado y glorioso; la Ascensión se celebra con la Eucaristía, pan del Cielo, pan de los ángeles, alimento eterno de los bienaventurados, que se hallan ya en el reposo eterno; Pentecostés evoca la Eucaristía, porque el Espíritu Santo fue quien formó esta Carne divina y ella, a su vez, nos predispone a recibir y aprovechar los dones del Espíritu Santo. Las fiestas de la Santísima Virgen son las fiestas de la Eucaristía, pues toda su gloria está en haber dado al Verbo del Padre el cuerpo mortal, que lo hiciera víctima de la Cruz y de los altares. Las fiestas de los Santos se refieren también a la Eucaristía, pues de ella fue de donde sacaron el vigor y la fuerza para triunfar del demonio, del mundo y de la carne: «Todos los misterios de Jesucristo, escribe Tomassino, que sólo tuvieron realidad un momento en su vida temporal en el mundo, se perpetúan en la Eucaristía y tienen como una ininterrumpida realización en ella; en forma que, ni se las puede celebrar a ellas sin la Eucaristía, ni celebrar el Sacrificio de la Eucaristía sin renovar, en cierto modo, todos aquellos

misterios. Jesús nace aquí aún, en su humildad; es presentado en el templo; vive su vida oculta; repite su Pasión y Muerte; resucita Él y nos da su Espíritu con la plenitud de todos sus dones».

Necesidad de una fiesta especial

Desde otro punto de vista, todos los días son festividades eucarísticas, ya que todos los días se dice la Misa, todos los días se puede comulgar y todos los días se puede ir a adorarle muchísimas veces. Y sin embargo, la piedad de los fieles reclama un día del año siquiera para rendir en especial a la Eucaristía los honores que se le deben. Por un sentimiento muy similar, se estableció más adelante la fiesta de la Santísima Trinidad, por más que en su honor se celebre todos los días el Santo Sacrificio de la Misa y en ella, así como en el oficio divino y en la práctica particular de la devoción de los fieles, constantemente se esté recitando el *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*. La dificultad, largo tiempo opuesta por los Papas, de que la Santísima Trinidad, término de todo culto, no puede ser a la vez principio del mismo, no era aplicable a la festividad del *Corpus Christi*; pues la Eucaristía, término sin duda del culto puesto que allí está Dios, es a la vez principio del mismo, como Sacrificio que es, reproducción del de la Cruz y del Calvario: «Por Él, con Él, en Él, es todo honor y toda gloria a Dios, Padre Omnipotente, en unidad con el Espíritu Santo».

Desde hacía tiempo celebrábase el día de Jueves Santo una fiesta en honor de la institución de la Eucaristía; la Iglesia tomaba por un momento sus ornamentos blancos, retirados durante toda la *Cuaresma*, y cantaba el *Gloria in excelsis*; pero esta fiesta sólo era una conmemoración del nacimiento, diríamos, de la Eucaristía, *Natalis calicis*, como la llamaban los Santos Padres; y, por otra parte, se hallaba demasiado cerca de los misterios de la Pasión, con los que se confundía como uno de ellos, y no era posible celebrar libremente el gozo de la posesión de un tan rico y preciado tesoro.

La bienaventurada Juliana de Mont-Cornillon

Fue una religiosa, la beata Juliana de Mont-Cornillon, el principal instrumento de la Providencia en la institución de la nueva fiesta litúrgica. Nacida en 1193, en Rétime, en los arrabales de Lieja, perdió a sus padres a la edad de siete años, fue educada por las religiosas de Mont-Cornillon y tomó el velo entre ellas a la edad de catorce años. Siempre había tenido gran devoción a la Eucaristía; a los dieciséis años, el 1208, tuvo una visión en que mostrábasele la luna llena, radiante de esplendorosísima luz, pero atravesada diametralmente por una línea recta y oscura: «La mancha que oscurecía en parte su claridad, significaba que faltaba una fiesta en la Iglesia militante; pues, aunque el Jueves Santo fuese en verdad la fiesta de la Eucaristía, por su concurrencia con otras solemnidades, era necesario dedicarle otra, con descanso obligatorio, por tres razones: 1º para que la fe se confirmara; 2º para que los hombres tomaran de ella luz y fuerza; 3º para reparar las irreverencias». Juliana era, pues, la elegida de Dios como promotora de la nueva festividad solemne.

Se calló durante veinte años; llegada a ser priora del monasterio, contó su visión a una amiga, la beata Eva, reclusa en la colegiata de San Martín; ambas ya, la refirieron a otra religiosa, Isabel de Huy, y todas tres consultaron el hecho con Juan de Lausana, canónigo de la iglesia de San Martín de Lieja. Éste habló al arcediano de Lieja, Santiago Pantaleón, originario de Troyes, quien pasó a ser muy pronto Obispo de Verdún, Patriarca de Jerusalén y por último Papa, bajo el nombre de Urbano IV. Otros franceses se ocupan a la vez en el asunto: tres profesores dominicos; Guy de Laon, Obispo de Cambray; el canciller de la Universidad de París; el provincial de los Hermanos Predicadores de Lieja, Hugo de Saint-Cher, que fue Cardenal de la Iglesia Santa Sabina en Roma. El movimiento, originado en Lieja, fue favorecido en sus comienzos por los Franciscanos: San Francisco de Asís, dice Tomás de Celano, amaba a Francia, porque Francia amaba al Cuerpo de Cristo.

El primer Oficio del Santísimo Sacramento

A instancias de Juliana, un joven del convento de Mont-Cornillon, llamado Juan, compuso un primer Oficio del Santísimo Sacramento, del que ella misma había dado la idea y el plan; una vez terminado, decía el joven reconocía «que en él no había nada personal-

mente suyo, sino que todo venía de lo alto». La beata hizo tanto y tan bien, que en un sínodo de 1246, Roberto de Torote, Obispo de Lieja, instituyó en su diócesis una fiesta obligatoria del Santísimo Sacramento para el jueves que seguía al domingo de la Santísima Trinidad.

Muchas dificultades habían de salir al paso de su programación: el Obispo murió aquel mismo año, antes de verla. Los canónigos de San Martín la celebran en 1247, pero no hay mucho entusiasmo; en Lieja mismo, el sucesor de Roberto de Torote deja a los opositores de Juliana toda libertad de obstrucción a su obra. Es inútil que Hugo de Sainte-Cher, ya Cardenal y legado de la Santa Sede en Alemania, hallándose en Lieja el año 1255, ordene a todos los Arzobispos y Obispos de su legación que celebren la fiesta el jueves siguiente a la octava de Pentecostés; su partida, la mala voluntad de Enrique de Gueldre y las turbulencias políticas retardan el cumplimiento de sus órdenes. Al mismo tiempo, el intendente del hospital de Mont-Cornillon logra desembarazarse de la priora, que le resultaba molesta: una manifestación popular la obligó a refugiarse en la reclusión de su amiga Eva, luego en varios monasterios y, por último, en el de Fossés, en la diócesis de Namur, donde murió en 1258, a la edad de sesenta y cinco años. Su culto se propagó por Bélgica, implantándose en un gran número de diócesis.

La aprobación de la Iglesia

Entre tanto Hugo de Saint-Cher aprueba el Oficio, celebra y hace celebrar la fiesta; por su parte Urbano IV, antiguo arcediano de Lieja, Papa desde 1261, le es favorable y acoge benévolamente la solicitud de la beata Eva, heredera del pensamiento de Juliana. Dícese que quedó muy impresionado con el milagro eucarístico ocurrido en Bolsena el 1262; y el 11 de agosto de 1264, por la Bula *Transiturus*, fechada en Orvieto, instituyó la fiesta para la Iglesia universal: «Hemos creído oportuno estatuir que aparte de la conmemoración que todos los años se hace en la Iglesia de un tan gran Sacramento, haya otra, también anual, más particular y más solemne, en un día especial, que queremos sea el jueves siguiente a la octava de Pentecostés». El Papa no habla todavía de la procesión, de la exposición, de la bendición, que vendrán más adelante, sino de asistencia a la Misa y al Oficio, que recomienda y por los que concede indulgencias: «Cien días a los que, verdaderamente arrepentidos y confesados, asistieren en ese día a maitines, a Misa o a las primeras vísperas; y a los que asistieren a prima, tercia, sexta, nona y completas, cuarenta días por cada

una de dichas horas. Además, a cuantos durante la octava, asistan a maitines, vísperas y Misa, otorgamos, por cada asistencia, cien días de las penitencias que les fueron impuestas».

Objeto de la solemnidad según Santo Tomás

En el sermón que sirve de lección al II nocturno del viernes de la octava, Santo Tomás indica el objeto preciso de esta solemnidad: «Venerar la manera inefable de la divina presencia en un Sacramento visible —alabar el poder de Dios, que, en un solo Sacramento, opera tantas maravillas—, dar gracias por un tan saludable y dulce beneficio». El *Corpus Christi*, como se dice en España y, algo similar, en Italia y Alemania, la *Fete-Dieu*, como se la designa en Francia, es, pues, la fiesta triunfal de Jesús, presente en la Hostia: «Adoremos a Jesucristo, Rey y Dominador de las naciones, que satura a quienes lo comen con la abundancia de su espíritu», se dice en el Inviatorio de maitines: la procesión había de nacer de este concepto, que distingue claramente la fiesta del Corpus Christi de la conmemoración que se hace con motivo del Jueves Santo, tornándolas dos fiestas con objeto propio y específico.

En el mismo sermón, Santo Tomás da la razón que ha inspirado la elección del día, «en un tiempo en que el Espíritu Santo formó el corazón de los Apóstoles en la plena inteligencia de los misterios de este Sacramento y los fieles comenzaron a participar de él por la Comunión».

La obra de Santo Tomás de Aquino

Santo Tomás de Aquino compuso la incomparable obra artística que hoy recitamos. Hallábase en Orvieto, en 1264, con la Curia romana; la *Crónica de los Hermanos Predicadores* (IX) refiere que el Papa, queriendo recompensarle por la *Catena aurea*, recientemente publicada, le había propuesto un Obispado y que el Santo, rehusándolo, le pidió en cambio que instituyese la fiesta: el Papa le encargó entonces que compusiese el Oficio. No se puede dudar que Santo Tomás fuese el autor realmente; numerosos testimonios de la época lo afirman, en particular: Fray Juan Colonna, Arzobispo de Messina; Guillermo de Tocco, que escribió su vida; Ptolomeo de Lucques, etc.

Lentitud de su expansión

Se experimenta un cierto estupor, al observar hoy

la lentitud con que se propagó la festividad del *Corpus Christi*. La propia iglesia de Lieja, que habíala celebrado en 1247, no vuelve a acordarse de ella hasta 1247, en cumplimiento de la ordenanza del sínodo diocesano. Las iglesias del Norte de Francia, Lille y algunas otras ciudades, la siguen bastante de cerca; Amiens acepta la festividad entre 1291 y 1306; el *Liber Ordinarius*, de 1291, no la incluye todavía; en el de 1306, el Oficio se encuentra ya con la notación actual y aún, para subrayar sin duda la importancia que se atribuía a la adopción de la fiesta, se copia, al fin del volumen, el texto de la Bula de Urbano IV. Italia parece haber sido la más indiferente. El Corpus Christi no figura en los misales del siglo XIII, sino como adición posterior.

Pudo haber multitud de causas de esta negligencia: la muerte del Papa Urbano IV, que sobrevino casi inmediatamente después de la institución de la fiesta, el 2 de octubre de 1264. Además, y esta razón es sin duda más grave, desde principios del siglo XIII los Papas no residieron apenas en Roma, agitada constantemente por revoluciones: Inocencio III la abandonó varias veces; Honorio solía residir en Perusa o Rieti; Anagni, Nápoles, Viterbo, Montefalcone, Orvieto, Lyon, sirvieron de residencia a los Papas hasta que se fijaron durante setenta años en Aviñón. No había, pues, una liturgia propiamente romana, sino que cada iglesia adoptaba y seguía la suya, con miras a ir logrando su libertad todas ellas; era la decadencia, de que son testigos los últimos *Ordines romani*, mientras se llegaba a la anarquía de los siglos XV y XVI. Se comprende que, en tales condiciones, no se diera la más favorable acogida a la nueva fiesta.

La polémica que dividía a los teólogos por aquel entonces acerca de la perfección clerical y la de las Ordenes mendicantes, pudo haber tenido también su influencia: En Amiens, especialmente, el arcediano Gérard defendía las ideas de Guillermo de Saint-Amour, al paso que Santo Tomás había publicado, en su refutación, diversos opúsculos.

Las órdenes de los Papas

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la indiferencia era tal que Clemente V, el primer Papa de Aviñón, se vio obligado a renovar en el Concilio de Viena de 1312 la constitución de Urbano IV. El Papa Juan XXII se creyó en el caso de publicarla de nuevo en 1317, instituyendo de paso su octava y mandando

hacer la procesión con el Santísimo Sacramento. Su intervención, la única verdaderamente eficaz, produjo al fin su efecto, bastante rápido por cierto; pero, en los documentos de hacia 1320, se llama a esta festividad «la reciente solemnidad del Corpus Christi». Sesenta años después de su institución era, pues, una novedad.

Algunas fechas

Los primeros misales que la incluyen con fecha exacta, acaso sean: el de Metz (1321), el de Chalons-sur-Marne (1325), el de Jumièges (1330-1349) y el de Cambrai (1333-1354). En otros misales de fecha no tan precisa, la adopción parece haber sido posterior, pues la Misa no se halla en su lugar, a continuación de la Santísima Trinidad, sino al fin del volumen, entre otras Misas enteramente recientes, como la de San Luis de Marsella, por ejemplo, que fuera canonizado en 1317. Incluso, a veces, como en un misal de San Víctor de Marsella escrito en 1326, el copista se cree en el deber de advertir con toda seriedad, en el calendario, que «el jueves después de la octava de Pentecostés». Un misal de París dice todavía que esta solemnidad es nueva.

Los religiosos no parece que hubieran merecido en realidad el reproche que ha llegado a hacerseles, de haber tardado en adoptarla: los Carmelitas la celebraban en el siglo XIV, así como los Franciscanos de Toulouse y los Benedictinos de Saint-Vaast; los monjes de Cluny la adoptaron poco después del Concilio de Viena; se halla en un misal de Corbie del siglo XIV, en un misal dominicano del 1336, en otro de la abadía de Saint-Laurent, en otro de los Cartujos, en otro de Saint-Denis y en otros más de la época. Un catálogo de la Biblioteca eucarística del Paray-le-Monial señala un manuscrito de 1320 cuyo título era: *Officium novae solemnitatis Corporis Christi* (Oficio de la nueva solemnidad del Corpus Christi).

Fuera de Francia, celebrábase ya alrededor del 1320; este mismo año, el Obispo de Exeter, en Inglaterra, escribió a la priora del Polso para pedirle «que se celebre todos los años el Oficio del Cuerpo y de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo». En Alemania, la fiesta se celebraba el 1298, en Würzburg; el Obispo de Estrasburgo, Juan I, la adoptó, con Misa y Oficio, por una ordenanza fechada el 22 de julio de 1318; en Trèves, no aparece hasta el sínodo de 1338; en Utrecht, el 1347; en Praga, el 1355.

En el siglo XV, las Cofradías del Santísimo Sacramento son ya numerosas; en 1539, el Papa Pablo II aprueba los estatutos de muchas de ellas; en 1573, Gregorio XIII concede muchas indulgencias a la Cofradía de Roma, etc.

Algunas fiestas derivadas de la del Santísimo Sacramento

En los primeros siglos de la Iglesia, las fiestas no eran muy numerosas. Pascua y Pentecostés; después, Navidad y algunas conmemoraciones de Santos, muy pocas en un principio. La piedad no se manifestaba por una acumulación de solemnidades, que llegaron a ser poco a poco tan numerosas al cabo del tiempo, que se impuso el ir las suprimiendo de nuevo, sino por la importancia que se les atribuía, preparándose por un adviento a la Navidad y por una cuaresma a las solemnidades de pascua. Más tarde, hacia el siglo VI, se comenzó a desdoblarlas más bien, algunas al menos; por ejemplo, la de Navidad por medio de la Circuncisión, que a su vez, se desdoblará de nuevo, en el siglo XVI, en la del Santo Nombre de Jesús.

Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús

La festividad del Corpus Christi, llegada relativamente tarde, ha dado origen ya a varias otras, entre las que nos permitimos incluir la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Como consecuencia del movimiento litúrgico cuya historia hemos ya estudiado y del que se han seguido: la exposición del Santísimo Sacramento, la comunión espiritual más frecuente, la adoración, la visita, parece que la Iglesia hubiera adquirido una mayor conciencia del tesoro de infinito valor que posee. Las fieles han comprendido mejor que «Dios es admirable en todo lo que hace por nosotros... La misericordia y el amor de Dios por el hombre, brillan tanto más, cuanto más se extiende la Comunión por el mundo» (*Imit., L. IV, c. 1*).

Ahora bien, el objeto total de la devoción al Sagrado corazón de Jesús es el amor de Nuestro Señor, simbólicamente representado en su Corazón material. El amor testimoniado a los hombres en su Eucaristía ha hecho pensar en el Corazón, que es su símbolo, y la devoción ha producido la fiesta instituida por Juan Eudes en 1646, aprobada con su Oficio por el Papa Pío VI y extendida universalmente por el Papa Pío IX en 1856.

SOBRE LA ENCÍCLICA «MYSTERIUM FIDEI» DE PABLO VI

Ignacio Azcoaga

Esta Encíclica, vital para comprender el carácter «profético» de la enseñanza del Magisterio de la Iglesia durante el pontificado de Pablo VI y el verdadero sentido de la renovación propugnada por el Concilio Vaticano II, dada en Roma, el 3-IX-65 festividad de San Pío X, el Papa de la Eucaristía para los niños, tiene por enseñanza fundamental que la Eucaristía es «misterio de fe», con todo lo que entraña el concepto de misterio y el contenido real del misterio eucarístico.

1. JESUCRISTO INSTITUYÓ EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO DE SU CUERPO

Recuerda el Papa que el Concilio Vaticano II, confirmando la doctrina que la Iglesia siempre ha sostenido y enseñado y que el Concilio de Trento definió solemnemente, «ha tributado una nueva y solemnísimas profesión de fe» en la Eucaristía:

«Nuestro Salvador, en última Cena, la noche de su traición, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre para perpetuar así el Sacrificio de la Cruz a lo largo de los siglos hasta su vuelta, confiando de este modo a su amada Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y de su resurrección; sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura» (Mysterium fidei, 4).

2. MOTIVOS DE SOLICITUD PASTORAL Y DE ANSIEDAD

El Papa dice que espera de la restauración de la Sagrada Liturgia, según la doctrina del Vaticano II, copiosos frutos de piedad eucarística, no obstante, confiesa que escribió la Encíclica porque «no faltaban motivos de grave solicitud pastoral y de ansiedad», porque entre los que hablaban y escribían acerca de la Eucaristía, había algunos «que divulgaban ciertas opiniones acerca de las Misas privadas, del dogma de la transustanciación y del culto Eucarístico que turbaban

las almas de los fieles, engendrándoles no poca confusión en las verdades de la fe» (MF, 10).

Años más tarde, el 22 de agosto de 1971, en la celebración de las Bodas de Plata de la Sección de la Adoración Nocturna Española de Alcoz-Iraizoz, el Rvdo. Señor D. Manuel Arcaya Iñiguiz, entonces párroco de Olagüe (Navarra) describía sus motivos de preocupación pastoral, ante la situación en que se encontraba la devoción a la Eucaristía, en los siguientes términos: «vemos decrecer la participación en el culto de la Eucaristía fuera de la Misa», «tendencia a omitir todo aquello que da solemnidad al Santísimo Sacramento, decadencia en la práctica de las visitas al Señor en el Sagrario, la falta de reverencia exterior... la poca preparación para recibir la Eucaristía, menor aprecio del Sacramento de la Confesión, la sorprendente limitación de la acción de gracias después de la Comunión» (ANE Sección San Sebastián, homilía en las Bodas de Plata de Alcoz-Iraizoz).

3. EL MISTERIO EUCARÍSTICO SE REALIZA EN EL SACRIFICIO DE LA MISA

El Papa expone la doctrina del Misterio de la Eucaristía y su relación con el sacrificio de la Cruz en el Calvario, «por el Misterio Eucarístico se representa de manera admirable el sacrificio de la Cruz consumado de una vez para siempre en el Calvario; se recuerda continuamente, y se aplica su virtud salvadora para el perdón de los pecados que diariamente comeremos» (MF, 27).

Por otra parte, recuerda el Papa la doctrina del Concilio Vaticano II acerca del sacerdocio común de los fieles, según la cual, «la Iglesia, al desempeñar la función de sacerdote y víctima juntamente con Cristo, ofrece toda entera el sacrificio de la misa, y toda entera se ofrece en él» (MF, 31), precisando que debe quedar a salvo la distinción, no sólo de grado, sino de naturaleza que hay entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial.

El primero de los errores que causaban al Papa Pablo VI preocupación pastoral y ansiedad, «el exaltar tanto la Misa llamada «comunitaria» que se descarte la Misa

«privada», entrañaba un grave error acerca de la realidad acontecida en el Sacrificio de la Misa. En efecto, algunos pretendían y pretenden que la Misa es una mera «Asamblea» festiva de los fieles de la «comunidad» o un «banquete» conmemorativo de la Pascua, omitiendo enseñar que es «acción de Cristo y de la Iglesia», la cual en el sacrificio que ofrece sabe que se ofrece a sí misma como sacrificio universal y se aplica a la salvación del mundo entero la única e infinita virtud redentora del sacrificio de la cruz» (MF, 32).

4. EN EL SACRIFICIO DE LA MISA, CRISTO SE HACE SACRAMENTALMENTE PRESENTE

El Papa insiste en recordar que el Sacrificio de la Misa y el Sacramento de la Eucaristía pertenecen al mismo misterio: «El Señor se inmola de manera incruenta en el sacrificio de la Misa, que representa el sacrificio de la cruz, y nos aplica su virtud salvadora, cuando por las palabras de la consagración comienza a estar sacramentalmente presente, como alimento espiritual de los fieles, bajo las especies de pan y vino» (MF, 34).

El segundo error que preocupaba a Pablo VI, se refería a la Presencia de Cristo en la Eucaristía, por parte de aquellos que insisten «tanto en la razón de signo sacramental como si el simbolismo... expresase exhaustivamente el modo de presencia de Cristo en este sacramento» (MF, 11). Si el error anterior estaba relacionado con la noción de sacrificio, esencial a la Misa, pues el Señor se inmola de manera incruenta en el Sacrificio de la Misa, que representa el Sacrificio de la Cruz, este segundo error se refiere a la noción de Sacramento del Ministerio Eucarístico.

El Papa recuerda seis formas de presencia de Cristo en la Iglesia: la primera, en la Iglesia orante porque Él mismo prometió: «donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». La segunda, en la Iglesia que ejerce las obras de misericordia, no sólo porque cuando hacemos algún bien a uno de los «pequeños», al mismo Cristo se lo hacemos, sino también porque es Cristo mismo quien lo hace. La tercera, en la Iglesia que predica, pues el «Evangelio que se anuncia es la Palabra de Dios». La cuarta, en cuanto que es Cristo mismo quien rige y gobierna al Pueblo de Dios. La quinta, en la Iglesia que ofrece en nombre de Cristo el Sacrificio de la Misa y administra los sacramentos. Estos, nos recuerda el Papa, «son acciones de Cristo que los administra por medio de hombres y por virtud de Cristo infunden la gracia en el alma al tocar los cuerpos» (MF, 38).

Pero, para explicar la presencia sacramental de

Cristo, en el sacramento de la Eucaristía, la sexta presencia de Cristo en la Iglesia, emplea una contraposición a las otras presencias con el fin de notar la sublimidad de esta presencia. «Pero muy de otro modo, verdaderamente sublime», es la presencia de Cristo en la Eucaristía. Aclara que se llama real, no porque las otras no lo sean, sino porque es la presencia por antonomasia, «ya que es substancial», «por ella se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro» (MF, 39).

Aclara el Papa que la presencia de Cristo en la Eucaristía sería explicada falsamente quien se imaginara una especie de presencia «neumática», espiritual del Cuerpo glorioso de Cristo, pero siguiendo las substancias del pan y del vino o el que la redujera a puro simbolismo. Recuerda el Papa, en este sentido, que es cierto que los Padres y doctores escolásticos han tratado mucho del simbolismo eucarístico, sobre todo con referencia a la unidad de la Iglesia y que, aunque el simbolismo eucarístico hace comprender el efecto de este sacramento, la unidad del Cuerpo Místico, no expresa la naturaleza del sacramento.

Recuerda la doctrina de Trento, según la cual, en el «Sacramento de la Santa Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, se contiene bajo la apariencia de estas cosas sensibles, verdadera, real y substancialmente, Nuestro Señor Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre».

5. CRISTO ESTÁ PRESENTE EN EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA POR LA TRANSSUBSTANCIACIÓN

El tercer error que denuncia Pablo VI es el de los que reducen la «transubstanciación» a «transignificación» o «transfinalización» y no dicen una palabra «de la admirable conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo de Cristo y de toda la substancia del vino en su Sangre» (MF, 11).

Enseña el Papa que la Iglesia docente y orante nos asegura que Cristo se hace presente en este Sacramento por la milagrosa conversión de las substancias del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. A esta conversión, dice el Papa, «la Iglesia justamente y con propiedad llama transubstanciación» (MF, 46).

Santo Tomás dice que esta conversión del pan en el Cuerpo de Cristo se distingue de todas las demás conversiones naturales. En estas, permanece el sujeto y cambia la forma substancial o accidental, pero en la transubstanciación, el sujeto se cambia en otro y permanecen los accidentes, se llama substancial. No se puede llamar movimiento, en el sentido de la física, sino

cierta sucesión substancial (C.G. III, 63).

Después de la transubstanciación, recuerda el Papa, bajo las especies de pan y de vino no existe la que había antes, no queda nada del pan y del vino, sino las solas especies «bajo ellas Cristo todo entero está presente en su «realidad» física aun corporalmente, aunque no del mismo modo como los cuerpos están en un lugar» (MF, 47).

Santo Tomás explicó la presencia de Cristo en la Eucaristía, diciendo que en este sacramento hay algo en virtud de la conversión y algo por la concomitancia. En virtud de la conversión, bajo las especies del pan está el Cuerpo de Cristo. Por natural concomitancia, no por conversión del pan, el alma de Cristo y la divinidad por la unión de ambos al Cuerpo de Cristo (O.G. III, 64). Por eso dice que hay que creer certísimamente estar todo Cristo en cada una de las especies del sacramento, aunque de modo diferente. Bajo las del pan está el Cuerpo por virtud del sacramento, y la Sangre por real concomitancia. Bajo las del vino está la Sangre por virtud del sacramento y el Cuerpo por real concomitancia, como el alma y la divinidad (STh, III, q. 76, a. 2.).

También enseña Santo Tomás que la substancia del Cuerpo de Cristo está en el sacramento por virtud del mismo sacramento y su cantidad dimensiva por real concomitancia (STh. III, q. 76, a. 3) y que el Cuerpo de Cristo no está en el sacramento según el modo propio de la cantidad, o sea, con medida, mientras que la del Cuerpo de Cristo está según el modo de la naturaleza (STh. III, q. 76, a. 5).

Recuerda el Papa que Pío VI, después del Concilio

de Trento, contra los errores del Sínodo de Pistoya no se debía descuidar «el hablar de transubstanciación, que es uno de los artículos de fe» (MF, 55).

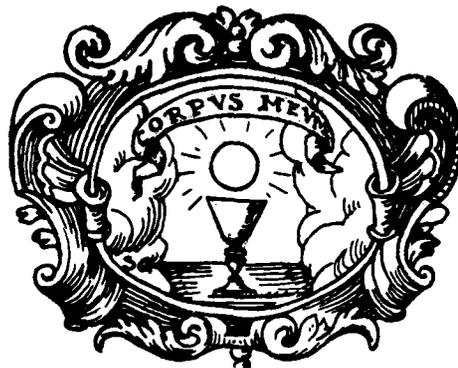
Por otra parte, dice el Papa, que la Iglesia Católica no sólo ha enseñado la presencia del Cuerpo y Sangre de Cristo en la Eucaristía, sino que también la ha vivido «puesto que ha adorado en todos los tiempos tan grande sacramento con culto latréutico» (MF, 56).

6. EL CULTO LATRÉUTICO A LA EUCARISTÍA

El cuarto error que menciona el Papa, al comienzo de la Encíclica, consiste en negar la presencia de Cristo en las Hostias consagradas después de la celebración del Sacrificio de la Misa (MF, 11).

El Papa recuerda que la Iglesia profesa culto latréutico, de adoración, al Sacramento de la Eucaristía, «no sólo durante la Misa, sino también fuera de su celebración». Recuerda el Papa que de esta forma nació la fiesta del Corpus Christi y otras muchas instituciones de piedad eucarística.

El Papa exhorta a que diariamente los fieles participen activamente en el sacrificio de la Misa, se alimenten con corazón puro y santo de la Sagrada Comunión y que saquen del sacramento fuerza para dominar la sensualidad, para purificarse de las leves culpas cotidianas y para evitar pecados graves y que no omitan la visita al Santísimo Sacramento, que debe estar reservado en un sitio dignísimo con el máximo honor en la Iglesia, conforme a las leyes litúrgicas (MF, 67).



MAGISTERIO DE PABLO VI SOBRE LA EUCARISTÍA

SIGNIFICADO DE LA FIESTA DEL CORPUS

Homilía en la festividad del Corpus Christi; Osservatore Romano 16-27, mayo de 1967

Hoy nuestra intención es tributar a Cristo, presente y oculto en el Sacramento, una aclamación excepcional, que quisiéramos fuera análoga a la intacta memoria que la Iglesia conserva del drama pascual y digna de la misteriosa y real presencia de Cristo entre nosotros, de su inagotable y sacrificada caridad, de su gloria celestial, como si ésta reverberase sobre la tierra. Queremos decirle que hemos comprendido y que hemos creído en su amor: «Credidimus caritati»; queremos decirle que aceptamos su inmerecida y singular visita, multiplicada sobre la tierra, hasta llegar a nosotros, hasta cada uno de nosotros, y decirle también que nos sentimos atónitos e indignos de tanta bondad, pero felices; felices de que se nos haya concedido a nosotros y al mundo. También queremos decirle que un prodigio tan grande no nos deja indiferentes e incrédulos, sino que pone en nuestros corazones un entusiasmo gozoso, que no debería nunca faltar en los verdaderos creyentes; un deseo lírico y juvenil de cantar y entonar sus alabanzas, como dice la secuencia eucarística que acabamos de leer en el altas: «Quantum potes, tantum aude, quia maior omni laude»: «Aventura lo que puedas, porque Él es mayor que toda alabanza». Sí, en nuestra celebración hay también este deseo. Dejar que suba de nuestra iglesia el himno de Cristo para aunar a quienes libremente lo aman de entre los ciudadanos de Roma, la urbe centro de la catolicidad; hoy más que nunca podríamos decir con Dante que «Cristo es romano».

Queremos, decíamos, honrar con todas las fuerzas de nuestra fidelidad el misterio eucarístico. A Cristo, oculto y presente en el divino Sacramento, sea en el mundo, como en el cielo, «la bendición, y el honor, y la gloria y el poder por siempre».

(...)

CORPUS, CONFESIÓN PÚBLICA DE LA PRESENCIA DE CRISTO EN LA EUCARISTÍA

¿Lo habéis pensado? Hoy sacamos del silencio secreto de nuestros sagrarios, al cual sólo los iniciados, queremos decir los fieles creyentes y devotos, educados

en los misterios de nuestra religión, pueden acercarse conscientemente: la santísima Eucaristía, y la sacamos fuera, ante la sociedad laica y profana, en medio de las plazas, de las calles, de las casas, donde se desarrolla la vida terrena, que se afana en sus preocupaciones temporales; detenemos por un momento el ritmo febril de la circulación civil y profesamos con un cierto esfuerzo y con un alarde de publicidad esta extraordinaria y casi inimaginable verdad: ¡Él está aquí! ¡Jesús está con nosotros! ¡Cristo está presente! Y proclamamos con énfasis y con gozo esta misteriosa realidad, para llevar nuestro acto de fe hasta el entusiasmo y la embriaguez, con gestos y con cantos que parecen no sólo difundirse desde el interior hasta el exterior de nuestras iglesias, sino que más bien se escapan de nuestros corazones, invadidos por una incontenible plenitud interior que quiere comunicarse al mundo.

¿No os parece, pueblo que me escucháis, que la Eucaristía ofrece una primera, suma e indiscutible lección de unidad a la masa anónima, privada de unidad interior, de la que se compone la ciudad moderna; de unidad, si queréis, a la multitud compacta y consciente de ser pueblo, pero siempre dividida en sí misma por irreductibles antagonismos? Deberíamos recordar aquí lo que este sacramento simboliza y produce. Palabra de San Pablo: «Nosotros formamos un solo cuerpo, aun siendo muchos, porque todos participamos del mismo pan», que es «comunidad del cuerpo de Cristo». Palabra de la antigua *Doctrina apostólica*: «Como este grano ahora molido estaba disperso en los campos, en los montes, y una vez recogido se hizo una sola cosa, así se forme la Iglesia desde todas las extremidades de la tierra» celebrando la Eucaristía. Palabra del teólogo, doctor y cantor de la Eucaristía: «La realidad, la gracia propia de este sacramento es la unidad del Cuerpo místico», que es la Iglesia. ¿No es precisamente por esto la Eucaristía una señal a la cual el mundo, nuestro mundo moderno, debería mirar con absoluta simpatía, si la unidad que él va buscando y procediendo, a veces también fraccionando y perturbando, pero siempre casi fatalmente ambicionando y recomponiendo, si la unidad

—decimos— es el vértice de sus aspiraciones? Si la fraternidad de los hombres, si su colaboración orgánica, si la paz, finalmente, es un bien supremo en el orden temporal y social, ¿no debería el mundo descubrir en la Eucaristía la fórmula más sencilla y más clara que la interpreta, la define y la orienta? Si el mundo llegara a desesperar de sí mismo, de ser capaz de hacer de la humanidad una verdadera familia (y cuántas pruebas siniestras puede ocasionarle esta desesperación), ¿no podría el mundo escuchar el mensaje eucarístico que anuncia que este sacramento no es solamente un signo, un símbolo, sino también un alimento, una fuerza, una gracia que produce lo que representa?

(...)

ADORACIÓN EUCARÍSTICA

Cuando más se considera la cosa, se advierte como más necesario que la adoración no se debe separar de todo aquel sacramento o misterio de salvación «que es Cristo..., esperanza de la gloria»; o sea, la Eucaristía no se debe considerar solamente en cuanto a la presencia real, sino «en toda su amplitud tanto en la misma celebración de la Misa cuanto en el culto de las sagradas especies». Por lo cual, los adoradores deben intentar que, a través del culto eucarístico también fuera de la Misa, los frutos que de él dimanar se perciban más abundantemente y los puedan más eficazmente participar. A fin de que estas fuerzas celestiales sean infundidas más copiosamente para la vida diaria, es necesario el ejercicio de las virtudes: pues en verdad, cuando con piadosos obsequios adoramos a Cristo, que está escondido en el augusto Sacramento, recibimos un incremento de las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, que levantan el espíritu más rectamente, para que «pueda con igual devoción celebrar el memorial del Señor y recibir frecuentemente aquel pan regalado por el Padre a nosotros».

(...)

No hay razón, pues, para que se desanimen en nuestra época quienes realizan este excelso oficio de adoración, como si se tratara de una «devoción anticuada», según dicen algunos, o como si perdieran el tiempo, mientras urgen más otras obras. Estén persuadidos de que la Iglesia necesita absolutamente, ahora como antes, de quienes al divino Sacramento lo «adoren en espíritu y en verdad».

(...)

LA EUCARISTÍA ES EL CENTRO DE LA VIDA DE LA IGLESIA

El salubérrimo sacramento de la Eucaristía es como

el centro de la vida de la Iglesia, puesto que contiene verdadera, real y sustancialmente al Autor mismo de la gracia, de tal modo que invade las almas de los creyentes, a fin de que sin larga disquisición, sino atentos a contemplar tan gran realidad, comprendan que se le ha de tributar el culto de adoración. Ciertamente, con este culto de latría se pone en claro la virtud de la religión y se perfecciona, ya que el fiel reconoce a su Creador, que trasciende la naturaleza, y su dominio y se dedica a tributarle el honor que le es debido. Más aún, esta adoración se manifiesta con el mismo cuerpo, pues como «hostia viva, santa, agradable a Dios» es ofrecida; «porque», como dice Santo Tomás de Aquino, «en todos los actos de latría, lo que es exterior dice relación a lo interior, como a su fundamento, y la misma adoración exterior se hace por causa de la interior, para que mediante signos de reverencia, que corporalmente hacemos, se excite nuestro afecto a Dios».

(...)

VII CENTENARIO DE LA BULA *TRANSITURUS*

Nos referiremos al motivo religioso de esta festividad y, por tanto, de nuestra presencia aquí. Tenemos que volver a escuchar como en un relato, que nos trae el eco encantador de las narraciones medievales, la narración del milagro de Bolsena.

Había una vez un sacerdote alemán, al que llamaremos Pedro de Praga, que había venido en peregrinación a esta tierra, atormentado por la duda... Pero vosotros conocéis muy bien esta historia deliciosa y sagrada; no la vamos a repetir ahora. La recordaremos reflejada, como en una meditación hecha en alta voz, en el oficio, denso en ideas y en piedad, que Tomás de Aquino, residente entonces también en Orvieto, como maestro de las cosas divinas en el «*Studium Curiae*», dedicó al misterio eucarístico, monumento literario y litúrgico, que desde entonces expresa la fe y el amor de la Iglesia hacia el sacramento de la Cena y de la Pasión del Señor. También éste es motivo especial, que nos convierte en gustoso peregrino a este bendito santuario no sólo del objeto central, sino también de la fuente de nuestra vida religiosa católica.

Y ya hemos llegado al motivo principal de nuestro viaje a Orvieto: celebrar con vosotros el VII Centenario de la famosa bula *Transiturus*, que nuestro lejano predecesor, un piadoso y valiente hijo de Francia, Urbano IV, el 11 de agosto de 1264, firmó precisamente en esta ciudad, donde a la sazón estaba refugiada la corte pontificia, extendiendo por ella a toda la Iglesia la fiesta

del Corpus Christi, ya vigente en la diócesis de Lieja (donde Urbano IV había sido arcediano).

No nos vamos a referir ahora al significado doctrinal y religioso que adquirió entonces esta institución, por razones de brevedad; ni diremos tampoco la importancia que esta fiesta ha conseguido en el marco de las solemnidades de la Iglesia. Ciertamente que sabéis que está ligada al gran rito pascual, del que quiere ser una continuación, como un acto de obligada repetición, y sabéis que ha supuesto un magnífico desarrollo, siempre genuino, fervoroso, del culto eucarístico en toda la Iglesia, culto que encuentra su habitual y característica expresión solemne llamada precisamente del Corpus Christi, que todavía hoy con una exuberancia de fe y de fervor quiere romper el silencio misterioso que circunda a la Eucaristía y tributarle un triunfo que sobrepasa los muros de las iglesias para invadir las calles de las ciudades e infundir en toda la comunidad humana el sentido y la alegría de la presencia de Cristo, silencioso y vivo acompañante del hombre peregrino por los senderos del tiempo y de la tierra.

Vosotros conocéis muy bien estas cosas estupendas, y tenéis todavía vivo su recuerdo.

(...)

En la Eucaristía podemos considerar tres aspectos: primeramente, lo que se ve: el pan y el vino; en segundo lugar, lo que se cree y está escondido bajo las especies del pan y del vino, y que es, en realidad, el cuerpo y la Sangre de Cristo; finalmente, lo que significa esta representación del Cuerpo y Sangre de Cristo bajo las figuras de pan y vino. A esta tercera cuestión podemos dar una respuesta, que no es sino un fragmento de otra mucho más extensa que nos pueden dar los maestros de la Teología, y el primero de todos Santo Tomás; una respuesta que nos llena de admiración y que nos deja entrever algo del pensamiento de Cristo sobre todo el misterio eucarístico, y es sencillísima, pues no dice más que esto: Cristo, haciendo uso de su divino poder, se ha revestido de estas apariencias para afirmar, de la forma más expresiva y evidente, que quiere ser alimento interior, multiplicado para todos. Quiso hablarnos con signos para hacernos comprender que es el pan, es decir que es el alimento disponible e insustituible de la humanidad redimida. De la misma forma que no se puede vivir sin el pan material, tampoco se puede vivir espiritualmente sin Cristo. Él es necesario, Él es la vida, Él está dispuesto para cada uno de nosotros, quiere ser el principio interior de nuestra existencia sobrenatural en la tierra, para ser el dador de nuestra plenitud en la vida futura.

(...)

LA EUCARISTÍA, ALIMENTO ESPIRITUAL

La doctrina de la santa Eucaristía, nacida de la Sagrada Escritura y de la Tradición, propuesta y defendida por la Iglesia con su Magisterio infalible, es tan rica y está tan variada y copiosamente desarrollada, que hay que tenerla justamente como inestimable tesoro y debemos conservarla intacta como una herencia sagrada. Quien medita en esta doctrina se siente movido a admirar el elevado puesto que ocupa en la mente divina el género humano y la plenitud de la caridad infinita.

Porque la Eucaristía es un verdadero y perfecto sacrificio, que no sólo tributa adoración y gracias a Dios, sino que es también propiciatorio e impetratorio, pues en él «está y se inmola incruentamente el mismo Cristo, que se ofreció de un modo cruento en el ara de la cruz». Con fe humilde, pero cierta, creemos que esto sucede en virtud de la consagración del pan y del vino, por la cual se convierte toda la sustancia del pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo, y toda la sustancia del vino en la sustancia de su Sangre. De aquí se deduce que, inmediatamente después de esta maravillosa y singular conversión, que la Iglesia católica justamente llama transubstanciación, no quedan ya más que las especies del pan y del vino, puesto que todo Cristo, segunda persona de la Santísima Trinidad, con su naturaleza divina y humana, está presente bajo ambas especies, «verdadera, real y sustancialmente», mientras ambas perduren.

Es también la Eucaristía alimento espiritual, pues hace que quien debidamente la reciba, viva la vida de Aquel que dijo: «Quien me coma vivirá por mí»; esas palabras «vivirá por mí» han sido propuestas como lema de este Congreso. Es también este celestial banquete una medicina saludable, con la que sanamos nuestro espíritu de las enfermedades de cada día y nos defendemos contra los saltos del demonio y de las pasiones.

Con justicia hay que tributar un culto no sólo privado, sino también social, a Aquel que está presente en el augustísimo Sacramento y convive con nosotros, desterrados hijos de Eva. Este es el pensamiento de la Iglesia al instituir las festividades eucarísticas y estos Congresos.

(...)

EL SAGRADO CORAZÓN Y LA EUCARISTÍA

...Deseamos que por medio de una más intensa participación en el Sacramento del Altar sea honrado el Corazón de Cristo, pues su mayor regalo es la Eucaristía. Porque en el sacrificio eucarístico se inmola y se recibe a nuestro Salvador, «siempre vivo para interceder por nosotros», cuyo Corazón fue abierto por la lanza del

soldado y derramó sobre el género humano el flujo de su sangre preciosa, mezclada con agua; además, en este excelso sacramento, vértice y centro de los demás sacramentos, «es gustada la dulzura espiritual en su misma fuente, y es recordada esa insigne caridad que Cristo demostró en su Pasión». es preciso, pues, usando las palabras de San Juan Damasceno, que «nos acerquemos a Él con deseo ardiente..., para que el fuego de nuestro deseo, recibiendo el ardor de la brasa, destruya, quemándolos, nuestros pecados e ilumine los corazones, de forma que, en el contacto habitual con el fuego divino, seamos también nosotros ardientes y semejantes a Dios».

Este plan nos parece, por tanto, muy idóneo para que el culto al Sagrado Corazón, que —lo decimos con dolor— se ha debilitado en algunos, florezca cada día más y sea considerado y reconocido por todos como una forma noble y digna de esa verdadera piedad hacia Cristo, que en nuestro tiempo, por obra del Concilio Vaticano II especialmente, se viene pidiendo con insistencia, pues Él es Rey y centro de todos los corazones, «cabeza del Cuerpo que es la Iglesia..., el príncipe, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga Él la primacía».

Y puesto que el sacrosanto Concilio ecuménico recomienda encarecidamente «los ejercicios piadosos del pueblo cristiano..., especialmente cuando son realizados por voluntad de la Sede Apostólica», parece que se ha de inculcar sumamente esta forma de devoción; de hecho, como hemos mencionado arriba, consiste en la adoración y en la reparación dignamente prestada a Cristo, y está fundada sobre todo en el augusto misterio de la Eucaristía, de la que, como de otras acciones litúrgicas, «se sigue la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios, a la que tienden todas las demás obras de la Iglesia como a su fin».

(...)

EL CULTO EUCHARÍSTICO TRADICIONAL

Finalmente, queremos recoger otra lección de vuestro magnífico Congreso Eucarístico: el culto al Santísimo Sacramento en torno a la presencia real es un tesoro que no podemos dejar pasar como flor que hubiera llegado ya a su otoño. La sensibilidad del pueblo cristiano, que gusta la grandiosidad de los congresos eucarísticos internacionales y se recrea con el humilde

saludo popular de «Alabado sea el Santísimo Sacramento», esas velas de adoradores nocturnos ante la custodia, tantas capillas o iglesias que, teniendo al Señor de manifiesto, invitan al coloquio personal; las visitas al Santísimo que dan calor espiritual a la jornada, la belleza de las procesiones del Corpus; todas éstas son cosas de tanta tradición en la Iglesia, de tanta eficacia santificadora, que, aunque susceptibles de adaptación, nunca se habrá de renunciar a ellas. Su misma belleza exige por nuestra parte una actitud de atención. ¿No son las cosas más hermosas las que con más mimo se tratan?

Si en el espíritu del Concilio está el atraer de nuevo más y más al pueblo a un culto eucarístico mayormente centrado en la Misa, más penetrado de profundo sentido pascual, más orientado hacia la plenitud de su significación misteriosa de prolongación del sacrificio de la cruz, no por eso el culto de adoración ha de dejar de ser tan vivo, tan operante como antes. La Palabra, el Verbo mismo hecho carne, que reside en el tabernáculo, merece un culto que es cumbre, completándolo, de aquel con que se venera y se acoge la palabra contenida en los libros sagrados. Cristo personalmente presente, junto a la luz vacilante de la lámpara solitaria, sigue exigiendo una respuesta personal, invitando al diálogo a los que lo adoran con fe. Toda la comunidad eclesial recibe su vida y su amor en este centro permanente que es la persona misma de Cristo; la adhesión a esta presencia asegura la conservación y el desarrollo de la vida comunitaria de la Iglesia, de su unidad con Él.

¡Oh sacerdotes carísimos que, administrando el sacramento, tocáis el cuerpo virginal de Cristo! Alimentad vuestra fe con este misterio inefable. Ante Jesús gustaréis la experiencia de los discípulos de Emaús, cuyo corazón ardía con la compañía inadvertida del Maestro. ¡Oh padres de familia! Pensad en el pan del cielo cuando a vuestros hijos procuráis el sustento cotidiano. ¡Oh vírgenes a Dios consagradas! Si le amáis, seréis castas; si le tocáis, seréis puras; si le recibís, seréis vírgenes. ¡Oh hijos amadísimos del mundo del trabajo! Si a Cristo acudís, la carga no se os hará pesada y vuestro espíritu se verá ennoblecido con la dignificación del humilde trabajador de Nazaret confirió a la fatiga humana. ¡Oh Perú, cuna gloriosa de santos y de héroes! Si sigues a Cristo, Maestro y Rey de amor, como en este solemne día le prometes, en Él encontrarás para tu salvación las palabras de vida eterna.

BENE SCRIP-
SISTI DE ME
THOMA



ORACIONES E HIMNOS EUCARÍSTICOS DE SANTO TOMÁS

Selección de E. Forment

Santiago Ramírez, basándose en el Proceso de canonización de Nápoles de Santo Tomás, explica en su biografía del santo que:

«Era el primero en levantarse por la noche, e iba a postrarse ante el Santísimo Sacramento. Y cuanto tocaban a maitines, antes de que formasen fila los religiosos para ir a coro, se volvía sigilosamente a su celda para que nadie lo notase. El Santísimo Sacramento era su devoción favorita. Celebraba todos los días, a primera hora de la mañana, muy al amanecer, y luego oía otra misa o dos, a las que servía con frecuencia» (S. RAMÍREZ, Introducción a Tomás de Aquino, ed. actualizada de Victorino Rodríguez, Madrid, BAC, 1975, pp. 83-84).

*Como también indica el P. Ramírez, sus oraciones dedicadas a la Eucaristía, recogidas en la pequeña obra titulada *Piae preces*, cuya transcripción castellana se ofrece a continuación, junto con dos himnos muy conocidos de su Oficio del Santísimo Cuerpo de Cristo, cuya composición le encargó el papa Urbano IV para la fiesta del Corpus Christi, que acababa de establecer, «son de lo más tierno, devoto y profundamente teológico que se conoce en la sagrada liturgia» (Ibid., p. 84).*

ORACIÓN PARA ANTES DE LA COMUNIÓN

Omnipotente y sempiterno Dios, héme aquí que me llego al Sacramento de tu Unigénito Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Me llego como el enfermo al médico de la vida, como el inmundo a la fuente de la misericordia, como el ciego a la luz de la claridad eterna, como el pobre y necesitado al Señor del cielo y de la tierra.

Te pido, pues, la abundancia de tu inmensa largueza, para que te dignes curar la enfermedad, lavar la fetidez, iluminar la ceguera, enriquecer la pobreza, vestir la desnudez. Que reciba el pan de los ángeles, al Rey de los reyes y Señor de los que dominan, con tanta reverencia y humildad, con tanta contrición y devoción, con tanta pureza y fe, con tal propósito e intención cual conviene a mi alma.

Dame, te ruego, no sólo recibir el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, sino también la realidad y la virtud del sacramento.

¡Oh afabilísimo Dios!, dame recibir el Cuerpo de tu Unigénito Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que trajo de la Virgen María, de manera que merezca ser incorporado a su Cuerpo Místico y ser contado entre sus miembros. ¡Oh amantísimo Padre!, concédeme contemplar perpetuamente a tu amado Hijo con la faz al fin desvelada, a quien me propongo recibir ahora, en este mundo, velado, y que

contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN PARA DESPUES DE LA COMUNIÓN

Te doy gracias, Dios santo, Padre omnipotente, eterno Dios, porque te dignaste saciarme a mí pecador, indigno siervo tuyo, no por mis méritos sino por el solo favor de tu misericordia, con el precioso Cuerpo y Sangre de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Te ruego que esta Santa Comunión no sea para mí delito para pena, sino intercesión saludable para perdón. Sea para mí armadura de la fe y escudo de la buena voluntad. Sea aniquilación de mis vicios; aumento de la caridad y paciencia, de la humildad y obediencia, y de todas las virtudes; defensa firme contra las insidias de todos los enemigos, tanto visible como invisibles; perfecto sosiego de mis movimientos, tanto carnales como espirituales; firme adhesión a tí, Dios uno y verdadero; y feliz consumación de mi fin. Y te ruego te dignes llevarme, a mí pecador, a aquel banquete, en el que tú, con tu Hijo y el Espíritu Santo, eres para tus santos luz verdadera, saciedad plena, gozo sempiterno, deleite consumado y felicidad perpetua. Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén.

SACRIS SOLEMNIS

Sumando nuestro gozo al de esta fiesta
 elevemos cordiales alabanzas,
 y que todo lo viejo se renueve:
 corazones, acciones y palabras.

Hoy se recuerda la postrera cena
 en que Jesús, conforme al viejo rito,
 se dignó repartir a sus hermanos
 el cordero y los ánimos prescritos.

Una vez acabado aquel banquete
 y después de comido aquel cordero,
 creemos que fue el mismo Jesucristo
 quien se dio a todos, igualmente entero.

Como a flacos les dio a comer su cuerpo,
 como a tristes les dio a beber su sangre,
 cuando les dijo: Recibid, amigos,
 lo que os doy a beber en este cáliz.

Así dejó instituido el sacrificio
 y encomendó tan sólo al sacerdote
 celebrar el oficio respectivo
 y distribuir el pan que él mismo come.

El angélico pan se vuelve humano
 y las figuras llegan a su término.
 ¡Oh maravilla! El pobre y el esclavo
 comen el cuerpo de su propio dueño.

¡Oh Deidad trina y una!: te rogamos
 que te dignes bajar a nuestra vida,
 y que nos lleves por tus derroteros
 hasta la misma claridad que habitas. Amén.

ADORO TE DEVOTE

Devotamente te adoro, Deidad latente,
 que estás en verdad oculta bajo estas figuras;
 a ti se somete todo mi corazón,
 porque del todo desfallece al contemplarte.

Se engañan en ti la vista, el tacto y el gusto,
 sólo se cree, seguro, con el oído,
 creo todo lo que dijo el Hijo de Dios;
 nada más cierto que esta palabra de verdad.

Sola la Deidad se escondía en la Cruz,
 aquí se esconde, a la par, también la humanidad;
 yo que creo y confieso ambas cosas,
 te pido lo que el ladrón penitente suplicó.

Yo no veo tus llagas como las vio Tomás;
 sin embargo, confieso que tú eres mi Dios;
 haz que te crea siempre más,
 que en ti más espere, más te ame.

¡Oh remembranza de la muerte del Señor!
 Pan vivo que das vida al hombre;
 concede a mi alma que de ti viva,
 y que siempre te saboree con agrado.

Señor Jesús, piadoso Pelicano,
 límpiame a mí inmundo con tu sangre;
 pues una gota de ella puede salvar
 al mundo todo, perdonando sus delitos.

Jesús, a quien ahora miro velado,
 te ruego que se obre en mí lo que tanto ansío;
 que mirando un día tu faz desvelada,
 goce, por la visión de la dicha de tu gloria. Amén.

ORACIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

¡Oh sagrado banquete! en el que Cristo es la comida;
 se recuerda el memorial de su Pasión; el alma se llena de
 gracia y se nos da la prenda de la vida futura.

V/. Les diste pan del cielo.

R/. Que contiene en sí todo deleite.

Oremos. ¡Oh Dios!, que nos dejaste en este admirable

sacramento el memorial de tu pasión; concédenos, te
 rogamos, que de tal manera veneramos los sagrados mis-
 terios de tu Cuerpo y de tu Sangre que experimentemos
 constantemente en nosotros el fruto de tu redención. Tú,
 que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

PANGE LINGUA

Que la lengua humana
cante este misterio:
la preciosa sangre
y el precioso cuerpo.
Quien nació de Virgen,
Rey del universo,
por salvar el mundo
dio su sangre en precio.

Se entregó a nosotros,
se nos dio naciendo
de una casta Virgen;
y, acabado el tiempo,
tras haber sembrado
la palabra al pueblo,
coronó su obra
con prodigio excelso.

Fue en la última cena,
ágape fraterno,
tras comer la pascua
según mandamiento,
con sus propias manos
repartió su cuerpo,
lo entregó a los Doce
para su alimento.

El Verbo es carne
y hace carne y cuerpo
con verbo suyo
lo que fue pan nuestro.
Hace sangre el vino,
y aunque no entendemos,
basta fe si existe
corazón sincero.

Adorad postrados
este sacramento.
Cese el viejo rito.
Se establece el nuevo.
Dudan los sentidos
y el entendimiento:
que la fe lo supla
con asentimiento.

Himnos de alabanza,
bendición y obsequio;
por igual la gloria
y el poder y el reino
al eterno Padre
con el Hijo eterno
y el divino Espíritu
que procede de ellos. Amén.

SERMÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Oficio del Corpus Christi

Los inmensos beneficios de la liberalidad divina, otorgados al pueblo cristiano, confieren a éste una dignidad sobre toda ponderación. Pues no hay, ni hubo nunca nación tan grande, que tuviese los dioses tan cerca de sí como está de nosotros nuestro Dios. En efecto, el Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos partícipes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza para que, hecho hombre, pudiese de los hombres hacer dioses. Además, entregó para nuestra salvación todo cuanto de lo nuestro se había apropiado. Pues, por nuestra reconciliación, ofreció como hostia su Cuerpo a Dios Padre, en el ara de la cruz. Derramó su Sangre a la vez como precio de libertad y como baño purificador, para que redimidos de miserable servidumbre, quedásemos lavados de todos los pecados. Y para que perdurara entre nosotros continua memoria de tan gran beneficio, dejó su Cuerpo como comida y su Sangre como bebida, para ser tomados bajo las especies de pan y de vino.

¡Oh precioso y admirable convite, saludable y lleno de suavidad! Porque, ¿qué puede haber más precioso que este Convite? En él se nos sirve a Jesucristo, verdadero Dios y no la carne de los terneros y machos cabríos, como en otro tiempo bajo la Ley. ¿Qué cosa más admirable que este Sacramento? Pues en El se convierten sustancialmente el pan y el vino en Cuerpo y Sangre de Cristo; y por eso

Cristo, Dios y hombre perfecto, se contiene bajo las especies de un poco de pan y de vino. Por consiguiente, es comido por los fieles, pero de ningún modo dividido; antes bien, dividido el Sacramento, persevera entero en cualquiera partícula dividida. Y los accidentes subsisten en El sin sujetarlo, para que pueda ejercitarse la fe, recibiendo invisiblemente lo que es visible en sí, oculto bajo especie extraña y los sentidos queden preservados de error al juzgar de accidentes que les son conocidos.

Ningún sacramento hay más saludable que este, por el que se borran los pecados, se aumentan las virtudes y se llena el espíritu con la abundancia de todos los carismas espirituales. Se ofrece en la Iglesia por los vivos y por los difuntos, a fin de que a todos sea útil lo instituido para la salvación de todos. Finalmente, nadie es capaz de expresar la suavidad de este Sacramento en su misma fuente y se venera la memoria de aquella caridad excelentísima que nos demostró Cristo en su Pasión. Por eso, para que la inmensidad de esa caridad penetrara más hondamente en los corazones de los fieles, en la última cena, cuando celebraba la Pascua con sus discípulos, iba a pasar de este mundo a su Padre, instituyó este Sacramento, como perenne memorial de su Pasión, cumplimiento de las figuras antiguas, el mayor de los milagros por El obrados; y dejólo como singular consuelo a los afligidos por su ausencia.

LA DEVOCIÓN EUCARÍSTICA DE SANTA CLARA (1193-1253)

fr. Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

Nacida en la ciudad de Asís, hace ahora VIII siglos, de la noble familia de los Ofreduccio di Favarone (1), en los mejores años de su juventud, Clara Favarone escuchó, emocionada, la abrasadora predicación sobre la paz y la penitencia cristiana, de labios de San Francisco y, compartiendo el mismo ardor seráfico, no vaciló en la valiente determinación de adherirse a la forma de vida que predicaba el pobre de Asís. Efectivamente, la noche del domingo de Ramos del año 1212, abandonada a escondidas la casa paterna, Clara se dirigió al recinto, amable y fervoroso, de la minúscula capillita de Santa María de La Porciúncula y, renunciando gustosa a las pompas del mundo, San Francisco le cortó las trenzas (2) y le vistió una ruda y pobre túnica. A partir de aquel momento sublime, abrazó la pobreza como compañera inseparable de su vida, y se entregó totalmente a Dios enclaustrándose en los muros del conventito de San Damián y, allí, «*escondida con Cristo en Dios*» (Col. 3,3), por espacio de cuarenta y dos años, se ejerció en la vivencia femenina y contemplativa de la experiencia franciscana, atrayendo otras muchas almas deseosas de santidad que, siguiendo el ejemplo luminoso de la virgen Santa Clara, «procuraban conformarse al pobre crucificado en perfectísima pobreza» (3), compartiendo todas las hermanas un idéntico amor y veneración a Cristo presente en la Eucaristía.

A propósito de la devoción de Clara de Asís a la Sagrada Eucaristía, tenemos un precioso testimonio en el proceso de canonización y, de una forma más ampliada, en la primera biografía de la Santa que escribió Tomás de Celano (4), donde se nos explica cómo, en el año 1234, cuando los sarracenos asediaban la ciudad de Asís, el monasterio de San Damián, donde moraban las primeras clarisas, peligraba seriamente; y Santa Clara, a pesar de estar gravemente enferma, tomó con sus manos la reserva eucarística y, haciendo intensa oración, obtuvo la mejor respuesta de Cristo: «*Yo siempre os guardaré*».

La Eucaristía en manos de una mujer, en época medieval, es algo novedoso y sorprendente, diría más, atrevido; pero en el caso de Santa Clara, esa proximidad «antilitúrgica» tiene una amorosa y legítima justificación: el temor de la Madre Clara por sus vírgenes in-

defensas, en la incógnita de aquella noche de asedio que empezaba a ser febrilmente larga. En esta difícil situación, solas y sin defensa, ante la gravedad de un asalto inminente por las tropas musulmanas, la exquisita debilidad de las clarisas les hace confiar en un milagro y, para conseguirlo, Clara se entrevista, con lágrimas de oración, con el Esposo adorado en la custodia, y obtiene favorable y consoladora respuesta: «Yo siempre os guardaré». Inmediatamente, los ojos compasivos y maternales de Clara, despertaron a una luz de esperanza y, con intuición emotiva, revestida con una gran serenidad, toma en sus manos la Santa Eucaristía y, olvidada de prescripciones litúrgicas, improvisa una procesión por los claustros de San Damián, hacia una ventana del conventito donde las indecentes tropas sarracenas ensayaban el asalto.

En Clara de Asís, mientras ilumina la noche con resplandores eucarísticos, florece el milagro de la huida de los asaltantes. Desde aquella noche memorable, Clara se convierte en la virgen contemplativa, atraída devocionalmente por la presencia real y enamoradora de Cristo en la Eucaristía y, por este motivo, la iconografía franciscana nos presenta Santa Clara con la Custodia, para que recordemos el milagro de su amor eucarístico.

La incisión que acompaña el texto, es obra del famoso gravador de los Países Bajos Andrien Collaert (1560-1618), sacada de un dibujo de Adam van Noort «il Vecchio» (1562-1641), que ilustraba el famoso libro *Icones Sanctae Clarae* de H. Sedulius, recientemente editado en edición facsimilar (5), en ocasión del VIII Centenario del nacimiento de Clara de Asís.

NOTAS

1. Un excelente estudio sobre la familia y condición nobiliaria de Sta. Clara es el de G. FORTINI, *The noble family of St. Clare of Assisi*, a *Franciscan Studies*, 42 (1982), p. 48-67.
2. Sobre la consagración de Sta. Clara en la capillita de la Porciúncula, últimamente, se ha realizado una meticulosa investigación a cargo del capuchino L. PADOVESE, *La «Tonsura» di Chiara; ¿gesto di consacrazione o segno di penitenza?*, a *Laurentianum*, 31 (1990), p. 389-404.
3. *Legenda Sanctae Clarae Virginis*, n. 14. Recientemente ha aparecido la primera versión catalana en el primer vol. de la col. «Les Fonts Franciscanes», a cargo de F. Gamissans, de

esta primera biografía de la Santa, Vg. TOMÁS DE CELANO, *Francesc i Clara d'Assís*, Barcelona, 1991.

4. Vg. el texto de la bula de canonización publicado por A. COMBES, *J'ai connu Madame Sainte Claire. Le procès de canonisation de Claire d'Assise*. Eds. du Cèdre. Toulouse-Paris, 1961. Sobre el texto aportado por Tomás de Celano, en su traducción catalana, Vg.: V. SERRA DE MANRESA, *A propòsit de la primera versió catalana de la «Legenda Sanctae Clarae»*, a *Estudios Franciscanos*, 93 (1992), 335-341. Una buena aproximación a la espiritualidad de Santa Clara

la encontramos en la obra de L. HARDICK, *Spiritualité de Sainte Claire*, Eds. Franciscaines, Paris, 1961. La biografía más sólida y documentada de la Santa la preparó hace poco M. BARTOLÍ, *Chiara d'Assisi*, Istituto Storico dei Cappuccini, Roma, 1989, de la cual acaba de aparecer la versión castellana.

5. La edición facsimilar, con una nota introductoria, se debe al director del «Museo Francescano» de Roma, el P. SERVUS GIEBEN, *Icones Sanctae Clarae*. Museo Francescano, Roma, 1989.



S. CLARA VIRGO

EN LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

SAN JACINTO Y LA EUCARISTÍA

Jacinto Forment

Un día, cabalgaban por Roma un grupo de prelados. Yvon Odrowaz, obispo de Cracovia, venía a postrarse ante el Papa. Le acompañaban sus sobrinos Jacinto y Ceslao y sus amigos Enrique y Hermann.

Jacinto, hijo de los condes de Konskie, había nacido en el castillo de Lanka, fortaleza que domina la villa polaca de Gross-Stein.

Durante su infancia conoció la vida cortesana: juegos florales, grandes torneos, caza, y a veces, vio a su padre volver de la guerra cargado de glorias y heridas.

Más tarde acudió a los grandes centros culturales. Estudió artes en Praga, derecho en Bolonia y teología en París. En seguida fue nombrado canónigo de Cracovia.

Así las cosas, llegó a Roma en 1220, acompañando a su tío el obispo. Se hospedaron en el palacio del cardenal Hugolino.

Por aquellos días estaba también en Roma un castellano famoso: Domingo de Guzmán. El papa Honorio III le había encomendado la reforma de las monjas de la ciudad.

Hugolino debía asistir a la ceremonia de unificación de las mismas en el convento de San Sixto, e invitó a sus huéspedes a acompañarle.

Durante la ceremonia, un mensajero anunció que el sobrino del cardenal Esteban, allí presente, se había matado al caerse de un caballo.

Santo Domingo acudió donde se hallaba el desgraciado joven. Celebró la misa y luego componiendo los miembros del cadáver, le ordenó:

—Joven, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, levántate.

Y al punto, levantándose, se dirigió a Santo Domingo, diciéndole:

—Padre, dame de comer.

El milagro corrió por toda Roma. Lo habían presenciado multitud de testigos.

Jacinto quedó profundamente impresionado por aquel fraile, que tenía el poder de resucitar muertos.

El obispo Yvon estaba admirado. Él era un obispo, celoso en la reforma de su diócesis, piadoso y amante de los pobres. Pensó que Domingo podría ayudarle muy eficazmente en la predicación de la verdad cristiana y que con un hombre así muy pronto podría hacer que el nivel religioso de sus fieles alcanzase un alto grado. Acercán-

dose, pues, a Santo Domingo, le pidió que le acompañara a predicar en su diócesis, o que, al menos, enviase allí a algunos de sus frailes.

Por entonces no había dominicos que hablaran polaco, pero muy pronto hubo cuatro: precisamente los dos sobrinos del cardenal y sus jóvenes amigos.

Domingo, certeramente predijo:

—Dejádmelos y yo os los devolveré apóstoles.

Un diálogo de miradas había sido suficiente para entenderse, y los cuatro jóvenes, postrados ante Santo Domingo, recibieron el hábito de su nueva Orden.

Santo Domingo reclutaba así, con toda sencillez y con perfecta conciencia de lo que hacía, lo mismo que Jesús cuando decía a algunos: “Tú, sígueme”.

El noviciado fue corto. Bastaron unos meses para que el maestro de la Orden les enseñara cuanto precisaban. Él les transmitió su espíritu y sus deseos, y, en seguida, les envió otra vez a sus tierra. “a predicar y a hacer conventos”.

MILAGRO EN POLONIA

Las normas eran muy sencillas. Se trataba sólo de alabar a Dios, de repartir sus bendiciones entre los hombres y de predicarles la verdad cristiana. Y si fuera necesario, debían estar dispuestos a rubricar la doctrina con su propia sangre.

En su marcha, cada vez que llegan a una ciudad, predicán. Frecuentemente Dios confirma su palabra con algunos milagros. La reacción espontánea de la gente es invitarles a quedarse con ellos; pero no pueden detenerse, el mundo es bastante grande y hay mucho por andar. Sin embargo, suele quedarse uno del grupo en la ciudad evangelizada; a él acuden nuevas vocaciones de seglares y sacerdotes, fascinados por este nuevo método de vida apostólica; así se forma un convento. Los restantes del grupo continúan, para hacer lo mismo en otra ciudad.

Así, el pequeño grupo salido de Roma se va esparciendo, como la semilla en tiempo de siembra. De todos ellos sólo Jacinto llegará a Cracovia.

La vuelta de Jacinto a la capital del reino había sido anunciada por los heraldos. Su fama de taumaturgo le había precedido y la ciudad se preparaba a recibirle con todos los honores. Pero el día de su entrada, una fuerte tormenta

sobre la ciudad, deslució todos los preparativos. Cuando el Santo llegó sólo encontró en la puerta de la muralla un grupo de artesanos que le recibieron. El Santo les prometió:

—Vuestra congregación me será fiel.

Y desde entonces los artesanos polacos son muy amigos de San Jacinto y forman una famosa cofradía que lleva su nombre.

Era el día de Todos los Santos de 1222.

Cuando llegó a palacio la corte le hizo un gran recibimiento y hasta el rey se postró de rodillas ante él, pidiéndole su bendición.

Esto le parecía demasiado a Jacinto:

—Yo soy un pobre fraile y no merezco estos honores.

—No es a ti a quien los doy —contestó el rey—, sino a María, la Reina del Cielo, a quien veo cubriéndote con su protección.

Aquello era sólo el comienzo. Jacinto fundó un hermoso convento en una pobre casa de madera; pero muy pronto el rey y el obispo le hicieron grandes donaciones y un año más tarde tomaba posesión en la ciudad de una gran iglesia con un espléndido claustro. Este convento sería la cuna de los predicadores del Norte de Europa.

MILAGRO EN RUSIA

Después de predicar, fundar varios conventos y realizar multitud de milagros por tierras prusianas, Jacinto se dirigió hacia Rusia.

Su figura se pierde en la imponente estepa helada y desierta; paso a paso, con frío y fatiga, hasta llegar a Kiev.

Rusia había sido evangelizada por misioneros cismáticos, que conservaban la hegemonía religiosa pero rechazaban tenazmente a Roma.

Un día llegó a la ciudad el Santo; pero un embajador de Roma, por muy santo que fuese, no tenía nada que hacer allí.

No obstante, Dios sabe cómo abrirse caminos. Jacinto visita al gran príncipe Wladimiro y le devuelve la vista a su hija, ciega de nacimiento.

Este milagro abrió los ojos, valga la redundancia, de toda la corte a la verdadera fe; le piden que se quede con ellos y el Santo accede, fundando, con ayuda del soberano, un gran convento cerca de la ciudad.

Jacinto y sus compañeros son los primeros frailes occidentales que fundan un convento en Rusia.

LA EUCARISTÍA

Por el otoño de 1240 marcha hacia Europa el imponente

ejército tártaro de Batou. Acampan frente a Kiev, al otro lado del río, esperando que el invierno haga del mismo río un gran puente de hielo.

Los frailes juzgan prudentemente abandonar su convento, uniéndose a las caravanas que huyen hacia Occidente.

Jacinto toma consigo el COPÓN CON EL SANTÍSIMO, para evitar que sea profanado en el saqueo. Al salir, oye que alguien le llama:

—Jacinto, ¿te vas y me dejas?

Las voces de la Madre no pueden resistirse nunca y el Santo, cogiendo la imagen suplicante de la Virgen, huye, atravesando a pie enjuto el inmenso río, seguido de sus frailes.

En el proceso de canonización muchos testigos declararon haber visto sobre el río un sendero de pasos, que los paisanos llaman “camino de San Jacinto”.

UN GRAN APÓSTOL

Poco después, Kiev fue asaltada e incendiada y sus habitantes cruelmente torturados. La puerta hacia Occidente estaba abierta.

Sobre la llanura europea se lanza un ejército innumerable, procedente de las estepas asiáticas.

Los tártaros, en su invasión, arrasan a sangre y fuego toda la tierra que pisan, invadiendo Rusia, Hungría, Polonia y llegando hasta las fronteras de Austria.

De repente, ante la Europa atónita y aterrorizada, la muerte de su emperador les hace retirarse con la misma velocidad con que hicieron la invasión, retirándose otra vez hacia el interior de Asia.

Jacinto debía recomenzar la siembra, pero esta vez los cimientos de sus conventos estaban ya regados con sangre de mártires.

Y aquel fraile volvió a recorrer lentamente todos los caminos, sin prisa y sin pausa, visitando otra vez a sus hijos.

Vuelto a Cracovia, Dios quiso que el primer convento de su patria fuese también el último que viera. Murió allí el 15 de agosto de 1257, en la fiesta de La Asunción de Nuestra Señora, a quien tanto había amado. Murió al amanecer, antes de celebrar la misa, porque aquella vez celebraría la fiesta en el cielo.

Dejaba en Polonia 30 conventos con cerca de 400 frailes y media Europa sembrada de nuevas fundaciones.

San Jacinto es el patrono nacional de Polonia, la nación mártir, escudo constante de la cristiandad en la frontera de Oriente; la que tantas veces hasta nuestros días, está dando testimonio de su fe.

«JESUCRISTO ESTÁ EN LA EUCARISTÍA: LUEGO TODOS EN ÉL»⁽¹⁾

San Pedro Julián Eymard

Francisco Montserrat

San Pedro Julián Eymard fue un hombre escogido por la divina providencia en la propagación de Su Reino eucarístico (2) por todo el mundo. Nació el 4 de febrero de 1811 (3) fue bautizado al día siguiente. La comunión, que recibió a los 12 años, es el centro de su vida tal y como se manifiesta en este fragmento suyo titulado «LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI» (4):

En fin, esta fiesta es la de nosotros los adoradores del Santísimo Sacramento. La Congregación del Santísimo Sacramento con todas sus ramificaciones no existe sino para consagrar a Jesucristo una fiesta del Corpus continua. Prolongar esta fiesta durante todo el año..., he aquí la norma de nuestra vida y de nuestra felicidad. Nosotros dejamos a otros hijos de la Iglesia el cuidado de los pobres, la curación de las llagas morales y físicas de la pobre humanidad y la administración de los sacramentos; nosotros solamente somos llamados para perpetuar la fiesta del Corpus. Esta es, por tanto, nuestra fiesta especial, la festividad de nosotros los religiosos. En cuanto a vosotros, ¡oh, hermanos míos!, puede llamarse también vuestra fiesta. ¿No os habéis consagrado enteramente al servicio del santísimo Sacramento? Durante la noche os retiráis vosotros y nos confiáis la guarda de nuestro Señor...; así lo exigen las conveniencias; pero dejáis vuestro corazón a los pies del divino Rey y puede decirse que pasáis aquí la vida. Por lo demás, cuando comulgáis, ¿no celebráis en vuestros corazones una verdadera fiesta del Corpus?

¡Ah, bien sabéis qué alegría y qué felicidad trae consigo Jesús...; hasta me atrevería a decir

que para las almas que saben comulgar no hay más que una fiesta: ¡comulgar! Hallan aquí al que es objeto de todos los misterios, a Aquél que los ha consumado y en cuyo honor se celebran, en tanto que la mayor parte de los cristianos no tienen de ello sino un vago recuerdo.

Aún más: si nuestro Señor Jesucristo no viviera en su sacramento, todas las fiestas cristianas no serían otra cosa que funerales repetidos. Pero la Eucaristía es el sol de las fiestas de la Iglesia; las ilumina y les comunica vida y animación.

Con sobrada razón se ha dicho que el alma que comulga bien y a menudo asiste a un continuo festín: *iuge convivium*. Vivir en sí mismo con Jesús, de Jesús y por Jesús, es transformarse en un tabernáculo y en un precioso copón. ¡Oh, qué grande es la alegría de esas almas, alegría pura e inalterable!

Ea, pues, sabed distinguir este día de todos los demás. Nuestro Señor tiene también sus días en los cuales se manifiesta como Rey: tal es el de hoy. Propio de reyes es hacer mercedes. Ofrecedle vosotros vuestros homenajes, y Él, en cambio, os lo concederá todo, porque se os dará a sí mismo con mayor efusión de gracias. Bien sabe distinguir entre sus amigos y conoce a los que debe favorecer con más abundantes gracias. Lo que deseo y anhelo de vosotros en este hermoso día, no es que seáis grandes santos cargados de virtudes magníficas y extraordinarias — ¿cuándo lo seríais?—, sino que seáis felices en el servicio de Dios, y también que nuestro señor Jesucristo se comunique a vosotros más tierna y afectuosamente. Sintiéndoos más amados, haréis de vosotros una entrega más completa y el resultado de estos dos amores será una unión perfecta. En esto estriba la santidad y la perfección; pedid confiadamente a Jesucristo que os haga llegar a este estado. Dadle vuestro corazón todo entero. Jesús es un padre tierno y cariñoso

(1) Lema de San Pedro Julián Eymard. (Obras Eucarísticas. Ediciones Eucaristía. 1963).

(2) Op. cit., página 19.

(3) Ver datos cronológicos en Op. cit., página IX.

(4) Op. cit., página 187.

y es necesario que vosotros seáis para con Él hijos amantes: Jesús es un amigo afectuoso...; gustad su amor. Tiemblo, ¡ay!, por la salvación del que no ha probado nunca la bondad de Dios. ¡Introduciós y penetrad en esta bondad inmensa; *Sentite de domino in bonitate!*

A los dieciocho años inicia el noviciado en los PP. Oblatos de María Inmaculada y es ordenado el 20 de julio de 1834. En los Maristas llega hasta Superior y recibe varias gracias extraordinarias. Nuestro Señor le pide el sacrificio de su vocación marista y que funde una Congregación del santísimo Sacramento. El Papa Pío IX afirma de ella: «*La Iglesia tiene necesidad de esta obra*» (5) antes de su aprobación episcopal, San Pedro Julián en las Constituciones indica: «*La suprema razón de ser del instituto consiste en proporcionar, bajo la dirección y auspicios de la Inmaculada Virgen María, verdaderos y perpetuos adoradores a Nuestro Señor Jesucristo presente día y noche en la Eucaristía por amor a los hombres, y en formar abnegados apóstoles de su gloria y celosos programadores de su amor, a fin de que el Señor Jesús sea perpetuamente adorado en su Sacramento y socialmente glorificado en todo el mundo*» (6).

El 13 de mayo de 1856 se da la aprobación episcopal de la fundación de la Congregación del Santísimo Sacramento. Tres años después se crea la sección femenina. Y más adelante funda el Instituto de la Agregación del Santísimo Sacramento y la asociación de los Sacerdotes que se esparcen por todo el mundo.

Su entrega a la Eucaristía no podía ir separada de un profundo espíritu de oración, de la que es maestro, con un deseo profundo de la llegada del reino de Cristo: «*Pero ¿cuál habrá de ser el objeto de nuestras oraciones? La norma y el fin de todas ellas están contenidos en la sentencia: Adveniat regnum tuum*» (7). Y un amor grande por el Sagrado Corazón sobre el que tiene varios escritos. Uno de ellos es «EL DON DEL CORAZÓN DE JESÚS»:

Llegado al término de su vida mortal, Jesús debe irse al cielo. Los habitantes de aquella patria venturosa reclaman a su rey para recibirle en triunfo después de haber sufrido tan rudos combates.

(5) Op. cit., página IX.

(6) Segundo número de las Constituciones. Op. cit., páginas XIII y XIV.

(7) Op. cit., página 12.

Jesús no quiere, sin embargo, abandonar a los que ha adoptado por hijos; no quiere separarse de su nueva familia. ¿Qué hará? «*Yo me voy — dice a los apóstoles— y vuelvo a vosotros.*»

¿Cómo puede ser esto, por qué maravilla de vuestro poder volvéis a nosotros y cómo podéis quedar entre nosotros si al mismo tiempo os marcháis?

Aquí está el secreto y la obra de su divino Corazón.

En adelante, Jesús tendrá dos tronos: uno de gloria en el cielo y otro de dulzuras, de amor, en la tierra; doble será su corte, la corte celestial y triunfante y, entre nosotros, la corte de los redimidos.

Digámoslo sin rebozo: si Jesucristo no pudiera permanecer entre nosotros al mismo tiempo que entre los bienaventurados, preferiría quedarse con nosotros antes que subir al cielo sin nosotros. Está fuera de duda, como muy bien lo tiene demostrado, que prefiere el último de sus pobres redimidos a todos los esplendores de su gloria, y que son sus delicias en estar con los hijos de los hombres.

¿En qué estado permanecerá Jesús entre nosotros? ¿Será un estado transitorio o vendrá a nosotros de vez en cuando? No. Jesús se quedará de manera estable, para siempre.

¡Qué lucha debió suscitarse en el alma santísima de Jesús! Porque la divina justicia reclama diciendo: ¿No está acabada la obra de la redención? ¿No está fundada la Iglesia? ¿No está el hombre en posesión del evangelio, de la gracia y de la ley divina, con los auxilios necesarios para practicarla?

El Corazón de Jesús responde que lo que es bastante para la redención no lo es para su amor. Una madre no termina sus funciones al dar a luz a su hijo, sino que después lo alimenta, lo cuida, lo educa y no se separa de él. «¡Yo amo a los hombres —dice Jesús— más que la mejor de las madres puede amar a sus hijos; yo permaneceré con ellos!»

¿En qué forma? Bajo la forma velada del Sacramento.

Ahora es la majestad de Dios la que protesta y quiere oponerse a una humillación más profunda que la de la encarnación, más depresiva que la de la pasión. ¡La salvación del hombre no exige tal anonadamiento!

Mas yo —responde el sagrado Corazón—

quiero ocultarme a Mí mismo, ocultar mi gloria, a fin de que los resplandores de mi persona no impidan a mis pobres hermanos acercarse a Mí como la gloria de Moisés impidió que se le acercaran los judíos. Quiero velar el brillo de mis virtudes, porque éstas humillarían al hombre y le harían desesperar de poder llegar a imitar un modelo tan perfecto.

Así se me acercará con más facilidad, porque viéndome descender hasta el límite de la nada, descenderá conmigo, y yo con mayor derecho podré siempre repetirle: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón».

¿De qué medio se valdrá Jesús para quedarse perpetuamente entre nosotros?

El misterio de la Encarnación se realizó por obra del Espíritu santo; el de la cena eucarística, por la virtud omnipotente del mismo Jesús, y ahora, al querer reproducir este misterio, ¿quién será digno? ¡Un hombre..., el sacerdote!

Mas la sabiduría divina dice: ¡Cómo! ¿Un hombre mortal hará encarnar de nuevo a su Salvador y Dios? ¿Un hombre mortal será el cooperador del Espíritu Santo en esta nueva encarnación del Verbo divino? ¿Un hombre mandará al Rey inmortal de los siglos y éste le obedecerá?

Sí, sí —dice el corazón de Jesús—; amaré al hombre hasta el punto de someterme a él en todo. A la voz del sacerdote bajaré del cielo, y cuando los fieles quieran, saldré del tabernáculo. A todos aquellos de mis hijos enfermos que quieran recibirme yo visitaré gustoso, aun cuando tenga que atravesar plazas y calles. ¡Todo el honor del amor está en amar, en entregarse, en sacrificarse!

También la santidad divina de Jesús se alarma. ¡Al menos —dice—, el hijo de Dios habitará magníficos templos, dignos de su gloria! ¡Tendrá sacerdotes dignos de su realeza! Todo en la ley nueva ha de ser más hermoso que en la antigua. ¡Solamente os recibirán los cristianos que sean puros y que estén bien preparados!

«Mí amor —contesta Jesús— no reserva nada ni pone condiciones». En el Calvario obedecí a los verdugos que me sacrificaban: si en el Sacra-

mento se me acercan nuevos Judas, recibiré de nuevo su beso infernal y les obedeceré.

Al llegar a este punto, ¡qué cuadro se descubre a la vista de Jesús! Su corazón se ve obligado a combatir sus propias inclinaciones. Las angustias de Getsemaní le abruman ya. En el huerto de los olivos, Jesús estará triste viendo las ignominias que le esperan durante su pasión. Derramará lágrimas de sangre al considerar que su pueblo se perderá a pesar de su sacrificio, y sentirá vivamente la apostasía de muchos de los suyos.

¡Qué luchas tuvo que sostener! ¡Qué angustias debió sufrir!

Quiere entregarse totalmente, sin reserva alguna. Pero, ¿creerán todos en su amor?; y todos los que crean, ¿le recibirán con gratitud?; y los que le hayan recibido, ¿le serán fieles?

Con todo, su divino Corazón no vacila ni está perplejo, aunque sí horriblemente torturado.

Malos cristianos, y aun corazones consagrados, renovarán su pasión cada día en el Sacramento de su amor. Se ve traicionado por la apostasía, vendido por el interés, crucificado por el vicio. Encontrará un nuevo calvario en muchos de los corazones que le reciban...

¡Qué sufrimiento para un corazón tan sensible como el Corazón de Jesús!

¿Qué hará?

¡Se entregará!... ¡Se entregará a pesar de todo!

El día 21 de julio de 1868 celebra su última misa y muere el 1 de agosto del mismo año. Es elevado a los altares el día 9 de diciembre de 1962 por Juan XXIII, el cual dijo de él: «*Su nota característica, la idea directora de todas sus actividades sacerdotales, puede decirse, fue la sagrada Eucaristía: el culto y el apostolado eucarísticos*». Y les exhortó añadiendo: «*Sí, queridos, honrad y festejad al que fue tan perfecto adorador del Santísimo Sacramento. Y a su ejemplo, colocad siempre en el centro de vuestros pensamientos, afectos, y empresas de vuestro celo, esa fuente incomparable de toda gracia: el *Mysterium fidei*, que esconde bajo sus velos al Autor mismo de la gracia, Jesús, el Verbo encarnado*».

CUARTO CENTENARIO DE LA MUERTE DE SAN PASCUAL BAYLÓN

(Reproducido de «La Vida Sobrenatural» n° 566, Marzo 1993)

Baldomero Jiménez Duque

El día 17 de mayo de 1992 se cumplían los cuatrocientos años de la muerte de San Pascual Baylón. Se conmemoraron en Villarreal de los Infantes con solemnidad: se inauguró un sepulcro nuevo de plata para conservar los restos que quedaron de su cuerpo incorrupto después de la profanación vergonzosa de 1936.

Al acto y a la solemne Eucaristía asistieron el Rey D. Juan Carlos, el Cardenal Tarancón, obispos, etc. La noche anterior la Vigilia Nacional de la Adoración Nocturna Española llenó de banderas al templo... Nada de esto hizo mucho ruido fuera de la tierra valenciana.

Y sin embargo San Pascual bien merece un cariñoso recuerdo. Porque, a pesar de la sencillez de su vida, ésta tiene un mensaje, una lección siempre vigente. Ciertamente también que esa vida tiene los recortes propios de su momento histórico, del siglo XVI español. Pero no afectan al mensaje en sí mismo, hasta en cierto sentido sirven para resaltarlo y avalarlo.

Pues bien, Pascual nace en Torrehermosa (Zaragoza) el 16 de mayo de 1540, y muere el 17 de mayo de 1592 en Villarreal (Castellón). Ambos días coincidieron con la fiesta de Pentecostés. Familia humilde y pobre. Por eso el chiquillo tuvo que dedicar su niñez y juventud a guardar ovejas. Será pastor hasta 1564, en cuyo año tomó el hábito franciscano (de los descalzos de San Pedro de Alcántara) en el convento de Elche, como hermano lego, hasta morir, como hemos dicho, en Villarreal. Externamente, eso es todo. El contenido, que es lo que aquí interesa, se puede reducir a los siguientes temas.

1º) Pascual no pudo adquirir apenas cultura humana ninguna. Pero era listejo: él solo en sus soledades del campo aprendió a leer y a escribir, cosa que cultivó luego toda su vida. Y de índole natural buena: instintivamente

y por gracia, claro, religioso, piadoso. Por otra parte normal: a lo largo de su vida no le faltaron, por ejemplo, tentaciones contra la castidad. Y sobre todo y siempre muy obsequioso con todos, caritativo hasta el extremo, sacrificado, trabajador infatigable. Alegre con su rabel y sus canciones, y sus poesías, que componía muy bien: las que se conservan son sencillamente muy bellas.

Digamos en total: *un santo simpático, atrayente de verdad*. Su rostro siempre parecía sonreír; ayudaba a ello su misma configuración. Todos los que le conocieron, que fueron muchos —en los procesos declaran centenares— son unánimes en testificarlo.

Añadamos la pobreza radical que, en familia y luego en la descalsez franciscana, vivió siempre, con la mayor naturalidad. Y la vida penitente extraordinaria, típica de su época, y que hoy nos parecería excesiva. En esto no es tan imitable. Pero, aparte de las costumbres de entonces (todas las personas virtuosas la practicaban más o menos así), respetemos las exigencias de Dios tal como su siervo las captaba.

2º) Veinticuatro años de pastor. Veintiocho *leguito franciscano*. La estampa de uno y otro «cargo» es clásica en la literatura espiritual y profana. Sobre todo la del lego en la Orden de San Francisco en sus diversas ramas: es curioso que gran parte de los «frailes menores» que están en los altares son legos.

Y el lego, ya se sabe, barre, limpia, ayuda Misas, cultiva la huerta, atiende la portería, hace de enfermero, hace la cuestación por los pueblos, etc. Si esto lo hacen con gracia de Dios y de la tierra, es decir, con salero divino y humano, suelen ser tipos humanos encantadores, y se hacen muy populares, y pueden hacer y hacen mucho bien a las gentes. Pobre para los pobres sobre todo.

Pues un ejemplar ideal de ese género fue San Pascual. El vivió como conventual, o de paso, en muchos de los conventos de los descalzos de su «provincia» valenciana. Y toda la huerta de Valencia y parte de la de Murcia quedaron —¿se puede esto decir tratándose de aquellas tierras floridas?— perfumadas por su sonrisa. Y conste que en aquella coyuntura de Valencia de daba una constelación de santos, con varios de los cuales el nuestro tuvo amistad, sobre todo con el Beato Andrés Hibernón de su misma orden y lego como él, con el cual convivió en varios conventos.

3º) Pastor y lego. Humildad, pobreza, caridad... evangélicas. Es un mensaje siempre vivo, pero muy repetido en la Iglesia santa. San Pascual pone en él una nota especial que le distingue y significa: *su amor a la Eucaristía*. Esta nota es la que le ha dado una relativa celebridad.

Ya desde sus años de pastoreo se manifestó esa devoción eucarística de varias maneras. Fue famoso — él mismo lo contaba— su éxtasis en el campo contemplando la santa Hostia. Luego pudo explayarse mucho más en el convento: Misas, comuniones, adoraciones... Sus sencillos poemas eucarísticos, lo mejor de lo que él escribió, y que llevó siempre consigo su «cartapacio».

Los superiores, que confiaban mucho en su virtud y en su discreción, le encargaron viajes largos con misiones difíciles: a Jerez de la Frontera, y sobre todo a París. En este recorrido por Francia, infestada entonces

de hugonotes, varias veces estuvo a un milímetro del martirio por confesar y defender la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Supo disputar con ellos y con eficacia y éxito. Pero lo maltrataron, sufrió mucho. Marchó con el cabello negro y al volver era blanco.

Luego el morir en el momento de la consagración de la Misa que se estaba celebrando en la Iglesia. Y el abrir los ojos su cadáver al elevar las sagradas Especies en la de sus exequias. Etc.

Por todo ello León XIII le quiso proclamar *Patrono* de todos los Congresos y Obras Eucarísticas por su Breve Apostólico *Providentissimus Deus* de 28 de noviembre de 1897. Había sido beatificado por Paulo V en 1618, y canonizado por Alejandro VIII en 1690. Y he aquí a un pobre pastor y lego franciscano lecciones de amor a la Eucaristía a sacerdotes y seglares, a multitudes principalmente a los Congresos Eucarísticos y en Villarreal, a todos, que el documento es papal.

Los santos siempre tienen algo que decirnos sean ellos todo lo circunstanciales que se quiera. Por ejemplo este santico tan humilde y simpático de hace cuatro siglos, pastor y lego, que se llama Pascual Baylón. Desde su sepulcro sigue dando «golpes misteriosos» que nos recuerdan a todos que el misterio eucarístico es la condensación del misterio pascual puesto en manos de la Iglesia, centro por eso de su vida y de su dinamismo salvador y santificador universal...

Todos los que participan con fe en la Eucaristía se dan cuenta de que ella es «Sacrificium», es decir, una «Ofrenda consagrada». En efecto, el pan y el vino, presentados en el altar y acompañados por la devoción y por los sacrificios espirituales de los participantes, son finalmente consagrados, para que *se conviertan verdadera, real y sustancialmente* en el Cuerpo entregado y en la Sangre derramada de Cristo mismo. Así, en virtud de la Consagración, las especies del pan y del vino, «representan», de modo sacramental e incruento, el Sacrificio cruento propiciatorio ofrecido por Él en la Cruz al Padre para la salvación del mundo. Él solo, en efecto, ofreciéndose como víctima propiciatoria en un acto de suprema entrega e inmolación, ha reconciliado a la humanidad con el Padre, únicamente mediante su sacrificio, «borrando el acta de los decretos que nos era contraria».

(Juan Pablo II, Carta *Dominicae Cena*, 20-2-80)

LA ADORACIÓN NOCTURNA

HISTORIA

La institución de la fiesta del Corpus en 1264 fue seguida de numerosas iniciativas y asociaciones para el culto eucarístico, entre las que destaca la práctica de las Cuarenta Horas. La Adoración Nocturna surgió en el siglo XIX, influenciada también en algunos aspectos por la devoción al Corazón de Jesús, ya que santa Margarita María Alacoque (1647-1690) vivió intensamente la Hora Santa reparadora en unión con la plegaria de Jesús en Getsemaní.

La Adoración Nocturna propiamente dicha comenzó en Roma, durante el cautiverio del papa Pío VII, en noviembre de 1810, si bien se erigió canónicamente cinco años después, el 23 de diciembre de 1815 y se colocó bajo el patronazgo de la Santísima Virgen y san Pascual Bailón.

Más tarde Hermann Cohen (1821-1871), judío convertido, funda un turno de Adoración Nocturna en Nuestra Señora de las Victorias de París el 6 de diciembre de 1848 y, pasado un tiempo, se hace religioso carmelita.

Vengan, vengan hoy cuantos me conocieron en otro tiempo y menosprecian a un Dios muerto de amor por ellos... ¡Que vengan, oh Jesús mío, y aprenderán cómo tú truecas los corazones...! Mezquinas, deplorables y humillantes eran las riquezas, los placeres y honores tras los cuales iba con vosotros... Pero ahora que mis ojos han visto, mis manos han tocado y en mi corazón ha palpitado el corazón de un Dios, ¡oh, cómo os compadezco en vuestra ceguera por pretender lograr placeres que jamás pueden saciar el corazón! (Cohen).

En Madrid se inicia 29 años después, el 3 de noviembre de 1877, formando parte del primer grupo Luis de Trelles y Noguero (1819-1891), fervoroso promotor de la Adoración Nocturna en muchos puntos de España. Y, antes de que pasaran cinco años más, comenzó en Barcelona, en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, el 22 de junio de 1882.

A mis queridos hijos de la Adoración Nocturna de España. Todas bellas, todas santas son las devociones de la Iglesia Católica: mas la devoción al Santísimo Sacramento de la Eu-

caristía es entre todas la más sublime, la más tierna, la más fructuosa. No puedo menos de congratularme con vosotros, queridos hijos míos, porque velando delante del Augustísimo Sacramento, habéis elegido la parte mejor (San Pío X, 6 de julio de 1908).

FINES

La Eucaristía es el memorial de la entrega adorante y amorosa, en el Espíritu, de Cristo Padre en la Cruz. En las horas de la vigilia, iniciadas con la Palabra y el Sacrificio, el adorador sigue escuchando al Maestro y transformando su vida, dócil a la voz que resuena en su interior. Habiendo experimentado, además, en sí mismo, la total entrega del Señor en la comunión, se dispone también a ofrecerse con Cristo como víctima viviente, santa y agradable a Dios (Rom 12, 1) para la salvación del mundo. Palabra y Sacramento germinan en cada uno, durante y después de la vigilia nocturna, como oración y vida a la vez contemplativa y activa.

Los fines de la práctica de la Adoración pueden jerarquizarse de acuerdo con los de la celebración eucarística, ya que tratan de continuarla en forma coherente. Por tanto, como indica su nombre:

1. Es en primer lugar **adoración**, en continuidad con la Misa que es el memorial del sacrificio que Cristo ofreció al Padre en la Cruz una vez para siempre. Con Cristo adoramos al Padre; y adoramos también a Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre aunque oculto bajo los signos eucarísticos, reconociendo su soberanía universal, sobre todos los pueblos y naciones.

Imitamos a Cristo, adorador del Padre que durante su vida moral oraba frecuentemente de noche y que ahora perpetúa su adoración, su intercesión y su sacrificio redentor en la Eucaristía. Nos unimos de corazón y asentimos con nuestra propia vida a la doxología con que el Sacerdote termina la Plegaria Eucarística: Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo (te damos) todo honor y toda gloria (ahora y) por los siglos de los siglos.

La piedad eucarística ha de centrarse ante todo en la celebración de la cena del Señor, que perpetúa su amor inmolado en la cruz. Pero tiene una lógica prolongación —de la que vosotros sois testigos fieles— en la adoración

a Cristo en este divino Sacramento, en las visitas al Santísimo, en la oración ante el Sagrario... (Juan Pablo II, 31 de octubre de 1982).

El que adora perfectamente ofrece su alma a Dios y recibe en cambio la vida de Dios, adhiriéndose a Él por los vínculos de la fe y del amor y de todas las virtudes que vienen al espíritu del hombre con la divina gracia. Si adorar a Dios en la vida terrenal es el más sublime fin de nuestro ser, adorable en la eternidad será la sustancia de la vida beatífica (Trelles).

2. Es **acción de gracias** —Eucaristía— por este don supremo de su Amor, ya que en su Cuerpo *entregado por nosotros* agradecemos la salvación que Dios va realizando a lo largo de la historia de la humanidad y de cada persona en particular, como expresión de su infinito amor.

Se comprende por la fe que la sagrada Eucaristía constituye el don más grande que Cristo ha ofrecido y ofrece permanentemente a su Esposa. Es la raíz y cumbre de la vida cristiana y de toda la acción de la Iglesia. es nuestro mayor tesoro que contiene todo el bien espiritual de la Iglesia (Juan Pablo II).

3. Nuestras vigiliatienen también un **sentido reparador** y expiatorio, ya que, unidos a Cristo y solidarios con los hombres, reparamos los pecados del mundo —y en primer lugar los nuestros—, especialmente la ingratitud hacia su donación total en la Eucaristía.

Todos los cristianos, llamados con razón por el príncipe de los apóstoles «linaje escogido, real sacerdocio», deben, por sí y por todos los hombres, ofrecer sacrificios por los pecados casi de la misma manera que todo sacerdote y pontífice «tomado de entre los hombres en favor de los hombres es constituido para todo lo que toca a Dios» (Pío XI. *Miserentissimus Redemptor*. 1928).

Nunca deben faltar adoradores ante los altares donde reside Nuestro Señor en el Sacramento de su divino Amor. Tenemos tantas gracias que dar, tantas miserias que contar y tantas faltas que expiar, que jamás puede Jesucristo dejar de atendernos en el trono en

que se ofrece a nuestras oraciones; y, no obstante esto, ¡cuántas veces una desconsoladora soledad alrededor del Tabernáculo nos hace ver el poco cuidado que tenemos por nuestra salvación! (Luis de Trelles).

4. Y en nuestra plegaria, también de **petición**, tenemos presentes las intenciones del Papa, la vitalidad de la Iglesia universal y local, las tribulaciones y los anhelos del prójimo, como también nuestros particulares deseos.

Todo lo unimos al sacrificio de Cristo, que tiene la iniciativa y nos hace el don de llamarnos, aunque estemos inclinados a pensar que vamos a hacerle el favor de nuestra compañía. Él nos paga inmensamente más de lo que nosotros intentamos darle.

El Apóstol San Pablo dice que hagamos oraciones por todos los hombres, y por eso la misión del Adorador Nocturno no está limitada a orar solamente por sí mismo, por su familia, ni por uno solo pueblo, sino que nuestras oraciones han de ser por todos los pueblos y por todos los hombres del mundo (Trelles).

ACTITUDES

Velando amorosamente en medio de la tiniebla, solidario con los que velan con su trabajo, especialmente de asistencia a los enfermos, y con quienes en sus monasterios interrumpen su sueño para alabar a Dios con el canto del Oficio Divino, el Adorador temple su **fe** con la reflexión sobre la Palabra y la plegaria; mantiene la **esperanza** a lo largo de toda la vigilia nocturna, que como la de Pascua, tipo y madre de todas las vigiliat, apunta al encuentro definitivo con el Señor; y crece en el **amor** a Dios y a la Iglesia, de alguna manera concretada en los hermanos adoradores del turno, de forma que la renuncia al descanso habitual viene compensada con esta experiencia cristiana enriquecedora.

La caridad de nuestra presencia junto al Sagrario depende de haber descubierto a Cristo presente en sus palabras, en el hermano, en la comunidad, en los acontecimientos, en los signos de la Iglesia.

Esta presencia nos recuerda que el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, sino un Dios muy próximo, cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8, 31)... Queremos aprender a «estar con quien sabemos nos ama», porque «con tan buen amigo presente todo se puede sufrir». En ti aprenderemos a unirnos

a la voluntad del Padre, porque en la oración «el amor es el que habla» (Santa teresa). Tú superas la pobreza de nuestros pensamientos, sentimientos y palabras; por eso queremos aprender a adorar admirando el misterio, amándolo tal como es, y callando con un silencio de amigo y con una presencia de donación (Juan Pablo II).

PROYECCIÓN

El Adorador del Santísimo Sacramento tiene un cariño filial a la Virgen maría y es obediente al Santo Padre, como pastor supremo de la Iglesia universal, siguiendo los ejemplos de los iniciadores de la Adoración Nocturna.

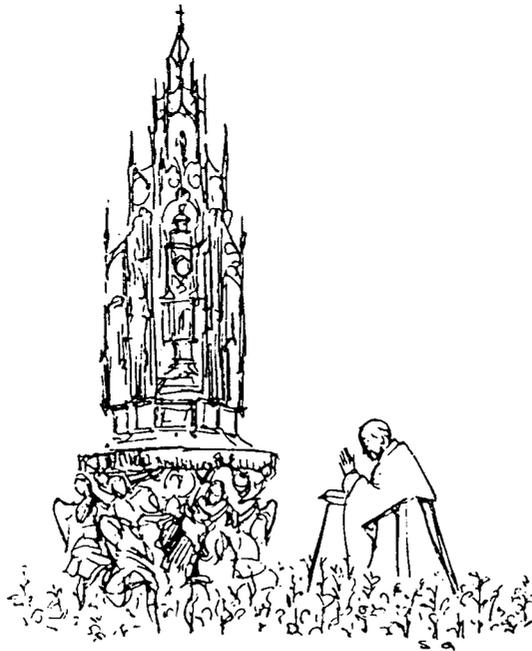
Sensible a las palabras del Señor desde la Cruz «Tengo sed» se afana por estar con Él y, aunque siervo inútil, desea ayudarle a salvar a los hermanos. Lleno de gozo por el don recibido de poder disfrutar de su pre-

sencia real —sin merecerlo— en las horas de la noche, siente el impulso eficaz y un vivo deseo de comunicarlo a los demás con su testimonio verdadero en fervor y obras, y procura buscar otros adoradores para el Señor.

¿Hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otros la propia experiencia de fe? El mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente como si estuvieran viendo al Invisible (Pablo VI. *Evangelii Nuntiandi* 46, 76).

El culto a la Eucaristía mueve fuertemente el ánimo a cultivar el «amor social» con el cual antepone el bien común al bien privado (Pablo VI. *Mysterium Fidei*).

Jesús no es una idea ni un sentimiento, ni un recuerdo. Jesús es una persona viva siempre, y presente en nosotros (Juan Pablo II, 8 de noviembre de 1978).





Luis de Trelles
Abogado, Periodista, Político, Fundador de la A.N.E.

EL APÓSTOL DE LA EUCARISTÍA LUIS DE TRELLES

Aproximación a la vida y obra del fundador de la Adoración Nocturna Española

Miguel Angel Belmonte

Para la redacción de este artículo se ha seguido la biografía editada por A.N.E. en 1991 con motivo del centenario de la muerte de Luis de Trelles, obra que recomendamos vivamente e indispensable para conocer a este insigne propagador del culto al Santísimo Sacramento.

Luis Francisco Bernardo Trelles y Nogueroles nace el 20 de agosto de 1819 en la localidad gallega de Vivero. El menor de los tres hijos de Ramón Vicente Trelles, destacado por su participación en la política de principios del siglo XIX, y María Josefa de Nogueroles; pasa su infancia en su ambiente de religiosidad inspirado fundamentalmente por su madre. Su padre, de talante más bien liberal, tenía pensada para Luis una capellanía de la Catedral de Palencia, pensando quizás más en las rentas y los beneficios que en la vocación de su hijo.

Los primeros años de estudiante los pasa Luis en el Colegio Insigne de la Natividad de Nuestra Señora de la villa de Vivero, llevando una vida austera y ejemplar. También estudió en el Seminario Conciliar de Santa Catalina de Mondoñedo y la carrera de leyes en Santiago: a sus veinte años ya impartía Derecho Civil como profesor encargado.

Durante los siguientes años Luis de Trelles ejerce la abogacía en su ciudad natal y en La Coruña. D. Luis destacó siempre en su labor como abogado de pobres; siempre se hacía cargo de aquellos casos que sus colegas eludían. Luis de Trelles hubiera podido conformarse con disfrutar de su cátedra de Interino del Notariado o, posteriormente, de su cargo de Fiscal militar. Pero siempre destacó en su labor jurídica como buscador incansable de la verdad y la justicia, preocupándose en primer lugar por la legalidad y el Derecho: publicó gran número de artículos en los que defiende una postura jurídica basada en los principios de la ley natural y evitando todo tipo de progresismo jurídico.

Además de la abogacía y el periodismo, la labor de Luis de Trelles se desarrolla en el campo de la política. La participación en el complicado panorama político español de mediados del siglo XIX fue siempre la de alguien que vivía su compromiso para el bien común

y alguien que no dudó en ceder su escaño en las Cortes, cuando se desengaña del partido moderado, en favor de Vicente Manuel Cociña. Éste fundó en 1853 *El Oriente*, diario en el que Trelles participó muy activamente como redactor. La línea de pensamiento de este diario giraba en torno a una crítica a la corrupción reinante en la vida pública de la época. Luis de Trelles, muy influido por Cociña, iniciaba así su trayectoria política desde posiciones anticonservadoras o antimoderadas.

Con la prematura muerte de Cociña, Luis de Trelles inicia un proceso de maduración, consecuencia de un indudable asentamiento de la meditación y el discernimiento en su vida y su obra.

Los años transcurridos desde 1854 a 1868 fueron de enorme sacrificio, de un alejamiento intencionado del mundo de las honras y las glorias. Durante la revolución y el bienio liberal Luis de Trelles pudo constatar como el liberalismo progresista era en el fondo igual que el moderado en cuanto a nivel de corrupción y mayor aún en cuanto al grado de anarquía: la moralización y la regeneración de la sociedad eran olvidadas.

Trelles rechazó valientemente los cargos que desde el gobierno se le ofrecían por haber contribuido desde sus críticas a derrocar al gobierno moderado.

Durante diez años se dedica a la abogacía, especialmente a su vocacional tarea de «abogado de pobres», con la consiguiente renuncia a ganancias económicas; y destacando como defensor de los *foros*, figura jurídica que cumplía una gran función económica y social.

Es en esta etapa de su vida cuando Trelles descubre su vocación apostólica y redescubre la fe católica vivida con fervor, hasta el punto de convertirse en gran Apóstol de la Eucaristía.

Tres factores fueron decisivos: las lecturas de la obra de J. Sagette sobre la Eucaristía, el contacto con Hermann Cohen, impulsor de la Adoración Nocturna en Francia junto al abate de la Boillerie y la estabilización personal tras su matrimonio con Dña. Adelaida Cuadrado y Retanes, de la que tuvo una hija, María del Espíritu Santo.

A finales de los años 60, y ante la situación que

atraviesa España, Luis de Trelles vuelve a la acción política. Y la única causa concorde con su fervor católico había de ser sin lugar a dudas la de la legitimidad y la Tradición españolas, expresadas en el «Manifiesto a todos los españoles» de Carlos VII.

Como jurista, periodista y político, Luis de Trelles desarrolló lo que era su deber hacia España y hacia sus compatriotas.

Como jurista lideró todo un movimiento de abogados que defendía a los carlistas de las venganzas que contra ellos se llevaban a cabo bajo el nombre de «aplicación de la justicia». Trelles invocaba todos los principios del Derecho para defender a sus encausados y no vaciló en combatir a los liberales con sus propias armas, esgrimiendo a su favor la propia Constitución de 1869.

Como periodista, destacó la defensa sin vacilaciones y firme de los ideales carlistas en los diarios *La Regeneración*, *El Pensamiento Español* y *La Esperanza*. Fue presidente de la Junta de la Prensa Carlista y su voz llegaba tanto a los que admiraban la sinceridad, la claridad de ideas y el sano pensamiento; como a los enemigos progubernamentales, que reconocían en Trelles a un vigoroso contrincante.

Como político, Trelles defendió en sus discursos en las Cortes la causa carlista exponiendo sus ideales, reclamando justicia contra los abusos electorales, oponiéndose a la inmunidad parlamentaria y, sobre todo, atacando la Constitución de 1869 y sus principios anticlericales, ateos y revolucionarios.

En 1872 comienza la tercera Guerra Carlista ante la insostenible situación política de España, sumida en una crisis de corrupción y de entrada, no sólo de monarcas extranjeros (Amadeo) sino de ideologías extranjeras.

La guerra fue para Trelles una experiencia muy dura. Se vio abandonado de todos los que se conformaron con la restauración borbónica; de nuevo Trelles no quiso ceder a los cargos que le hubieran dado una tranquilidad económica y una estabilidad dentro del nuevo sistema sino que mantuvo firme sus convicciones.

Su talante no era el puramente militar, más bien sus palabras se desarrollaron en el campo de lo jurídico: promovió el canje de prisioneros carlistas y liberales, llegando a ser sólo en 1875 tres mil prisioneros, a los cuales instruía antes en doctrina cristiana con sublimes muestras de caridad y amor hacia el prójimo.

En 1877 Trelles iba a fundar, con otros seis adoradores, la Adoración Nocturna Española, consolidando así el legado espiritual del Culto Continuo al Santísimo Sacramento, cuya secretaría había ocupado Trelles ya desde 1868.

En 1872 había nacido el primer Centro Eucarístico

de España, concretamente en Madrid, gracias a los desvelos y trabajos de un Trelles que además compaginaba su labor apostólica con el trabajo como abogado de pobres y el canje de prisioneros.

El Centro Eucarístico se encargó de propagar el Culto al Santísimo Sacramento, el socorro de los sagrarios menesterosos, la difusión de la revista *La Lámpara del Santuario* y el establecimiento de la Adoración Nocturna en España.

Esto último fue bastante difícil puesto que las autoridades civiles ponían todo tipo de trabas a las reuniones de grupos católicos. Mientras las logias masónicas aparecían ya por doquier sin ninguna restricción, los católicos ansiosos de devolver España al Rey de Reyes no obtenían más que negativas a sus proyectos.

Luis de Trelles era visto con desconfianza por el gobierno y a la hora de obtener de éste el visto bueno para la fundación de la Adoración Nocturna tuvo la humildad y el tino de presentar como promotor oficial a Juan de Montalvo, un español residente en París de carácter político menos «sospechoso» para la autoridad política.

Superadas todas las dificultades tuvo lugar la primera vigilia de la Adoración Nocturna la noche del día 3 de noviembre de 1877, en la Iglesia de San Antonio del Prado en Madrid. A partir de entonces el incansable Luis de Trelles difunde por toda España la Adoración Nocturna y crea secciones de ella en multitud de ciudades de la geografía española. No siempre acude personalmente a las inauguraciones pero siempre las atiende y las orienta a través de una numerosísima correspondencia.

En 1881 funda las Camareras de Jesús Sacramentado, mujeres seglares dedicadas al humilde servicio del altar: hacer las ropas que sirven a la celebración de los Santos Misterios, comprar y reparar cálices, patenas, custodias, etc., tomando siempre como modelo a María Santísima.

Los trabajos apostólicos de Luis de Trelles no se limitaban a su testimonio personal sino que con la revista *La Lámpara del Santuario* conseguía hacer llegar a todos los rincones la llamada del Culto Eucarístico.

La Lámpara fue prácticamente obra personal de Trelles y se trata de una labor enorme y de gran valor doctrinal e informativo sobre el tema eucarístico en todas sus vertientes: ascética, doctrinal, mariana, histórica, poética, etc.

Falleció en Zamora en 1891, a los setenta y un años de edad, ocupado plenamente en la propagación del culto al Santísimo Sacramento, a donde había acudido para consolidar las secciones locales de la Adoración Nocturna y de las Cámaras de Jesús Sacramentado.

«CASA DE PAN»

La esperanza eucarística

Javier Barraicoa

Sin lugar a dudas, la patrística es la mejor vía de acceso para la localización y comprensión de las figuras y tipos del Antiguo Testamento. La riqueza de los comentarios de los Padres nos van descubriendo aquello que había quedado velado en una primera lectura de las Escrituras. No podemos obviar, por tanto, que el mundo de la patología, por su proximidad con las raíces judías del primer cristianismo, se torna especialmente propicio para una mejor comprensión de la aspiración paulina de la conversión del pueblo judío: *Hermanos no quiero que ignoréis este misterio, a fin de que no os consideréis sabios a vuestros propios ojos: habrá obstinación de una parte de Israel hasta que el conjunto de los gentiles no haya entrado. De tal manera, todo Israel será salvado* (Rom. 11, 25-27). La rama de Israel, como el mismo

San Pablo nos indica será injertada «si no persisten en su incredulidad» (1).

¿Cómo se culminará esta promesa revelada? Aunque no conocemos los designios divinos, sí creemos lícito, atendiendo al pasaje evangélico (Mt 16,4), abordar la interpretación de los signos de los tiempos (2). Considerando la fe revelada, la patrística y las revelaciones del Sdo. Corazón, creemos que la promesa de la conversión de Israel, como anticipación del Reino, estará especialmente unida a lo eucarístico.

En favor de esta tesis, quisiéramos aportar primeramente, unos pocos comentarios patrísticos —de los muchísimos que podríamos encontrar— en los que vamos descubriendo cómo lo veterotestamentario, constantemente, nos va prefigurando, no sólo a Cristo, sino también a Cristo-eucaristía. Así, p.e., la prescripción levítica de la oblación de harina de trigo, prescrita para los que quedaban limpios de la lepra (3), es vista por San Justino como «figura del pan de la eucaristía, que nuestro Señor Jesucristo mandó se hiciese en memoria de la pasión sufrida en favor de los que son purificados en las almas de toda maldad humana» (4), por tanto, la curación que Cristo realizó en muchos leprosos, debería significar para el mundo judío un anticipo eucarístico. Igualmente, el Cordero pascual y otras figuras, son tradicionalmente entendidas por toda la patrística en el mismo sentido (5).

Sin embargo, la riqueza de la patrística reside en la habilidad para poner en relación diferentes figuras entre sí, ampliando el ámbito de la comprensión de las Escrituras. Así, podemos encontrar en Orígenes la prefiguración de la Eucaristía y de la Iglesia apostólica, en las ofrendas de las doce tribus prescritas en Lev. 24, 5-9 (6). desde esta dimensión, podemos entender el Nuevo Israel —que ha de incluir a judíos y gentiles (ver nota 1)— asociado a su dimensión eucarística; así, Cristo en la multiplicación de los panes —figura eucarística— *se los dio a sus discípulos, y sus discípulos, a las multitudes* (Mt. 14, 19). Tertuliano nos presenta Jer. 11, 19 como figura de Cristo crucificado asociada igualmente al sacrificio eucarístico: *Y yo como un cordero manso que es llevado al matadero, no sabía que urdían trampas contra mí, diciendo: echemos una astilla en su pan* (7).

Aunque, quizás, la figura eucarística más importante,

(1) El Concilio Vaticano II, recoge la promesa veterotestamentaria del nuevo Israel expresada en Jer 31,31-34: *... y seré Dios para ellos, y ellos serán mi pueblo ... todos*, desde el pequeño al mayor ... El Nuevo Israel, surge del Pacto de Cristo sellado con su sangre, «convocando un pueblo entre judíos y gentiles, que se condensará en unidad no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyeron un nuevo pueblo de Dios ... Ese pueblo Mesiánico tiene por Cabeza a Cristo ... (y) tiene últimamente, como fin, la dilatación del Reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la Tierra, hasta que sea conservado por Él mismo al fin de los tiempos, cuando se manifieste Cristo nuestra vida», *Lumen Gentium*, II, 9.

(2) Sobre la legitimidad de esta atención, cfr. A. PACIOS, M.S.C., *La pasión de la Iglesia*, Ed. Círculo, Zaragoza 1974, pp. 47 y ss.

(3) Lev. 14, 10: «El octavo día tomará dos corderos sin defecto y una oveja de un año sin defecto, tres décimas de flor de harina desleídas en aceite, como oblación y un log de aceite». Quedan recogidos, como figura, todos los elementos sacramentales eucarísticos: el cordero, el pan y el óleo.

(4) SAN JUSTINO, *Diálogo con el Judío Trifón*, c. 41 §1, MG 6, 564 B-D.

(5) Cfr. SAN HIPÓLITO, *Tradición Apostólica*, en *Textos eucarísticos primitivos*. BAC, Madrid 1952, Vol. I, nº 177; SAN EFRÉN, *Himnos de los ázimos*, *Ibid.*, nº 358.

(6) «Tomarás flor de harina y la harás cocer en el horno en doce hogazas ... Cada Sábado serán dispuestas continuamente ante Yavé; las suministrarán los hijos de Israel como pacto perpetuo». Cfr. ORIGENES, *Sobre el Levítico*, en *Textos eucarísticos ...*, o.c., Vol. I, nº 181.

(7) Según la Vulgata: *Mittamus lignum in panes eius*; algunas traducciones de la Biblia, como la dirigida por S. Garofola (Ed. Labor. Barcelona 1969), traducen extrañamente: *Abatamos el árbol en su lozanía*, ignorando esta figura.

sea la recogida por San Pablo en el tipo crístico de Melquisedec: Sacerdote y Rey. Sacerdote que ofrece pan y vino, y rey de Salem. En este tipo, reinado y sacerdocio se hallan indisolublemente unidos, y así lo sintetiza Clemente de Alejandría: «pues Salem se interpreta la Paz, de la cual es descrito como rey nuestro Salvador, de quien dice Moisés: Melquisedec, rey de Salem, el Sacerdote del Dios Altísimo; éste dio el pan y el vino como alimento santificado en figura de la Eucaristía» (8).

Recogidas todas estas figuraciones eucarísticas, y atendiendo a la tesis inicial, hacemos hincapié en una característica muy común en los padres apostólicos: el esfuerzo por combatir las crecientes herejías gnósticas; sobre todo las manifestadas en el docetismo, negadoras del reino mesiánico y de la posibilidad de su implantación en la Tierra. Muchas veces el argumento de los Padres, contra estos negadores del reino de Cristo, se

centrará en la Eucaristía. El «horror» del Error hacia lo eucarístico, queda patentizado en la denuncia que hace San Ignacio de Antioquía contra los docentes, pues «Apártanse también de la Eucaristía y de la oración, porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, lo mismo que padeció por nuestros pecados, la misma que por su bondad, resucitó al Padre (9).

Los negadores, como el gnóstico Marción, del Verbo hecho carne y defensores de la carne espiritual de Cristo, rechazaban implícitamente que el pan pudiera «hacerse carne» y que el reino de Cristo fuera visible y en la Tierra material que ellos despreciaban. Por eso, para los gnósticos, contrariamente a la interpretación del *Mittamus lignum in panes eius* de Jeremías, la carne de Cristo no es la carne pendiente de la cruz (10). En la medida que estas incipientes herejías olvidaban, rechazaban o mal interpretaban las figuras veterotestamentarias, negaban con mayor facilidad la doctrina apostólica y se desviaban en la liturgia. Tanto padres como apologetas denuncian cómo los ritos eucarísticos de los herejes cambiaban el pan de trigo por pan de cebada, o el vino por agua (11).

No obstante, este no es el único frente herético en el que se encuentra la patrística; el error contrario a la gnosis, el error judaizante, también debe ser combatido: son aquellos que sólo ven en el Mesías un Rey carnal y esperan de él un reino mesiánico puramente político. Esta deformación de la esperanza mesiánica del pueblo de Israel, pudo ser combatida, también, desde las figuraciones eucarísticas del Antiguo Testamento. En sendas corrientes heréticas, el rechazo de la interpretación patrística oscurece la verdad católica. Así, con respecto al error judío comprobamos que, el no reconocer a Cristo eucaristía, llevó a los judíos (al contrario que el mundo gnóstico-doceta) a ver a Cristo sólo según la carne y no según el Espíritu, malinterpretando —por tanto— cómo debía ser el reino mesiánico. Esta es la interpretación de San Agustín, comentando magistralmente el salmo 33 (34): «Buscas ahora a Cristo entre los judíos, y no lo encuentras. ¿Cómo los dejó y se marchó? Porque mudó su rostro. Porque, aferrándose ellos al sacrificio según el orden de Aarón, no abrazaron el orden de Melquisedec, y perdieron a Cristo, y empezaron a tenerlo los gentiles» (12).

Frente a ambos errores judío y gnóstico, San Ignacio de Antioquía, pone en relación el pan eucarístico con la carne de Cristo y el linaje mesiánico de David: «El pan de Dios quiero, que es la carne de Jesucristo, el linaje de David, la sangre quiero por bebida, que es amor incorruptible» (13).

El Mesías según la carne, el que, según San Agustín,

(8) CLEMENTE DE A. *Stromata*, L.4 c.25, MG 8, 1369 B.

(9) SAN IGNACIO DE A., *Carta a los esmirniotas*, VII, §1, en D. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*, BAC, Madrid 1967, p. 492. Contra el gnóstico Marción, y con él todos los que rechazan la carne y el mundo material, escribe San Efrén: «Y si nuestro Señor pone su morada en el Pan, que es un cuerpo muerto, y en el agua que puede ser derramada, y habita en las iglesias de piedra ¿Odia Él el cuerpo, cuyos miembros están llenos de innumerables trabajos?», *Himnos contra las herejías*, 42,9, en *Textos eucarísticos ...*, Vol. I, nº 422.

(10) En el apócrifo *Evangelio según Felipe*, surgido en los círculos siríacos gnóstico-ofitas, se nos presenta una extraña relación entre eucaristía y cruz: «La eucaristía es Jesús, porque en siríaco (Jesús) se dice *Pharisatha*, a saber, «el que está extendido». En efecto, Jesús vino al mundo a través de la cruz», *Evangelio según Felipe* §53, en A. ORBE, *Cristología Gnóstica*, BAC, Madrid 1979, Vol. II, p. 167. No obstante, según ellos, estaríamos ante una manifestación, a través de la carne del madero, del Cristoeón. Por tanto, para estos círculos gnósticos la carne de Cristo es el Logos y su sangre el Espíritu Santo, cfr. *Ibid.*, p. 168.

(11) Cfr. SAN EPIFANIO, *Panarion o Contra las herejías*. Así en la Herejía nº 42 (MG 700 A) denuncia a Marción por usar agua en los misterios. Igualmente denuncia a los quintilianos por usar pan y queso en la celebración eucarística (MG 41, 881 B).

(12) *Enarraciones sobre los salmos*. Sobre el salmo 33. Sermón 1 (ML 36, 300-307).

(13) SAN IGNACIO DE A., *Carta a los romanos*, VII, §3, en *Padres Apostólicos*, o.c., p. 479. La esperanza mesiánica judía no podría entenderse ni completarse sin la filiación carnal del Mesías a la casa de David: «Aquella visión, abstracta y «universalmente humana», que desatendiese a la filiación abrahámica y davídica de Jesucristo, perdería también la posibilidad de entender el lenguaje del nuevo testamento», F. CANALS, *San José. Patriarca del Pueblo de Dios*, Centro de investigaciones josefina, Valladolid, 1982, p. 254. Para la comprensión de este tema en relación con el error judaizante y el reino de Dios, cfr. *ibid.*, La generación virginal y la generación Patriarcal del Hijo de Dios, pp. 249-257, el capítulo.

sólo apreciaron a ver los judíos, era el Hijo de David. Para la esperanza mesiánica judía, el Mesías debe cumplir la profecía: *Y tú, Belén, en la Tierra de Efratá, aunque tan pequeña de consistencia entre los grupos de mil de Judá, de ti debe salir aquél a quien corresponderá la soberanía de Israel.* (Mq. 5,1). La profecía del origen del rey de Israel que anuncia la Paz como fruto del ejercicio de su poder, no puede desprenderse de la figuración eucarística. Por ello, canta en sus himnos San Efrén: «Bienaventurada eres, oh Iglesia (de Belén) en Miqueas, quien proclamó. Un pastor de Efratá. Vino pues, a Belén para tomar de ella la vara de Isaí (Jessé), con la que habría de regir a los pueblos. Bienaventurados tus corderos señalados con su señal y tus ovejas guardadas con tus palabras. Tú eres, oh Iglesia, perpetua Belén (casa de pan), porque en ti está el pan de la Vida» (14).

El Rey Mesías, el Rey de la Paz (Salem), ha de venir de Beth-lehem, de la *Casa de Pan*. Aunque algunos autores modernos, proponen otra traducción proveniente del acadio (15), para el mundo hebreo el sentido lógico es indudable. Su esperanza mesiánica sólo puede culminar con el reconocimiento del Mesías y éste será un rebrote de la vara de Jessé, en la *Casa de Pan*. Por eso, la patrística asocia la Virgen, que ha de dar a luz al Salvador, y el sentido eucarístico, con el Génesis: «María nos dio el Pan de vida, en vez del pan del cansancio que nos dio Eva» (16).

Somos conscientes que esta mera vinculación figurativa, no es suficiente para demostrar nuestra tesis, pero

(14) SAN EFRÉN, *Himnos del nacimiento de Cristo en la carne*, 5,6 en *Textos eucarísticos ...*, o.c., nº 387.

(15) Cfr. F. SPADAFORA, *Diccionario Bíblico*, Editorial Litúrgica española, Barcelona 1968, voz Belén.

(16) SAN EFRÉN, *Himnos de los ázimos*, 6,7 en *Textos Eucarísticos ...*, o.c., nº 355.

(17) Cfr. *Quas Primas* §11 y 12.

(18) *Ibid.*, §9.

(19) SAN IGNACIO DE A., *Cartas a los Efesios*, XIII, §1 y 2, en *Padres Apostólicos*, o.c., p. 455.

(20) Carta del 15 de septiembre de 1689.

(21) Conviene recordar que Pío XI promueve la festividad de Cristo Rey «para condenar y reparar de alguna manera la apostasía que con tanto daño de la sociedad ha provocado el laicismo», *Quas primas*, §13.

(22) Suárez señala, recogiendo los testimonios de San Gregorio y Teodoreto y San Agustín, que en este tiempo se convertirán muchos y —principalmente— judíos. Cfr. F. SUÁREZ, *Tratado del Anticristo*, x.10 §17.

(23) SAN HIPÓLITO, *Comentario a Daniel*, L.4, n.35, en *Textos Eucarísticos...*, o.c., nº 165.

(24) Suárez señala que la apostasía no ha de ser total, dado que muchos se convertirán.

sí, al menos, es aproximativa. No obstante, la armonía, en el plan divino, entre Cristo-eucaristía y Cristo-Rey, nos la propone Pío XI en la «Quas Primas». En esta encíclica, la del Sagrado Corazón y la de Cristo Rey (17). Podemos comprobar cómo, en cierta forma, se repiten las categorías de las figuraciones veterotestamentarias. Así, el Papa espera, del reconocimiento de Cristo como Rey y Señor, la consecución de la tan anhelada Paz (18).

Esta Paz, que implica el triunfo de Cristo sobre Satanás, puede asociarse a aquélla que San Ignacio de Antioquía pone como fruto eucarístico: «poned empeño en reuniros con más frecuencia para celebrar la Eucaristía de Dios y tributarle gloria. Porque, cuando apretadamente os congregáis en uno, se derriban las fortalezas de Satanás y por la concordia de nuestra fe se destruye la mina que él os procura. Nada hay más precioso que la paz, por la que se desbarata la guerra de las potestades celeste y terrestres» (19). La riqueza de este pensamiento reside en sintetizar todo un plan escatológico. El triunfo sobre Satanás, se culminará en el reino de Dios, pero este triunfo, a través de la Paz, sólo puede ser alcanzado con la unidad de todos los hijos de Dios («un solo rebaño y un solo pastor»), y la unidad perfecta es fruto eucarístico. Este esquema y, al mismo tiempo anhelo, volveremos a encontrarlo con la devoción al Sagrado Corazón, por eso escribe Sta. Margarita: «¡Qué dicha fuera, si este Divino Corazón quisiera manifestar su poder en este tiempo de calamidades y desolación, tanto para el sostenimiento de la fe, como para el restablecimiento de la paz» (20).

Como decíamos al principio, el Pueblo de Dios, sólo puede hacer presente en su culminación el reino de Dios, cuando se haya alcanzado la unidad, y esta pasa por la conversión de los judíos. Esta conversión es prevista por algunos autores, como consecuencia de la persecución del Anticristo, una vez hecha presente la apostasía universal (21) y removido el obstáculo que le retiene (22).

Siguiendo a algunos Padres, podemos comprobar que existe la conciencia, desde los primeros tiempos del cristianismo, que la culminación de la persecución del Anticristo contra el pueblo de Dios, será esencialmente eucarística; de esta forma lo describe San Hipólito en su comentario del libro de Daniel: «Y en medio de ella (la semana que profetiza Daniel) vendrá la abominación desoladora (Dan 9, 27), el Anticristo, que anunciará al mundo la devastación. Después que él haya venido, será quitado el sacrificio y la libación sacrificial, los cuales, son ahora ofrecidos a Dios por las gentes de todas partes» (23).

Si la persecución definitiva presupone la eliminación —o al menos el intento (24)— del sacrificio eucarístico,

y de esta persecución vendrá la conversión de Israel; éste, como todo el pueblo fiel, habrá de sufrir una prueba eucarística (25). El Nuevo Israel, el Israel que incoa el reino de Dios, triunfante por la gloria y el poder de Cristo sobre el hombre de la iniquidad; el Israel verdaderamente ecuménico, en el que todos se reunirían —judíos y gentiles— «como un solo rebaño con un solo pastor», será el que habrá dado el testimonio de la verdad eucarística, el que habrá abandonado el rito de Aarón para acogerse al de Melquisedec. Así, siempre desde la

patrística, vemos que San Efrén, en un sermón sobre del mundo, anuncia: «Entonen un himno de alabanza los redimidos que comieron tu carne y bebieron tu sangre preciosa, y venga sobre nosotros tu misericordia (*tu reino*), oh bondadoso, que te compadeces de los pecadores» (26).

Todas estas reflexiones han pretendido centrar nuestra esperanza en el misterio eucarístico: esperanza ecuménica, esperanza de la Paz, esperanza del reino del Corazón de Cristo.

(25) Cfr. *Ibid.*, c.5 §5. Según Suárez, sin hacer referencia a nada eucarístico, el momento de persecución consistirá «ante todo en una coacción mediante tormentos».

(26) SAN EFRÉN, *Sermón sobre el temor de Dios y el fin del mundo*, nº 12, en *Ibid.*, nº 431.

Tal culto, tributado así a la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, acompaña y penetra ante todo la celebración de la liturgia eucarística. Pero debe asimismo llenar nuestros templos, incluso fuera del horario de las Misas. En efecto, dado que el misterio eucarístico ha sido instituido por amor y nos hace presente sacramentalmente a Cristo, es digno de acción de gracias y de culto. Este culto debe manifestarse en todo encuentro nuestro con el Santísimo Sacramento, tanto cuando visitamos las iglesias como cuando las sagradas especies son llevadas o administradas a los enfermos.

La adoración a Cristo en este Sacramento de amor debe encontrar expresión *en diversas formas de devoción eucarística*: plegarias personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves, prolongadas, anuales (las cuarenta horas), bendiciones eucarísticas, procesiones eucarísticas, Congresos eucarísticos. A este respecto merece una mención particular la solemnidad del «Corpus Christi» como acto de culto público tributado a Cristo presente en la Eucaristía, establecida por mi predecesor Urbano IV, en recuerdo de la institución de este gran Misterio».

(Juan Pablo II, *Carta Dominicae Cenaе*, 20-2-80)

LA ENSEÑANZA DEL CATECISMO SOBRE EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO

José M^a Petit Sullá

Muy completa es la doctrina que acerca de la Eucaristía nos presenta el Catecismo de la Iglesia Católica recientemente promulgado por el Papa Juan Pablo II. Son casi cien los párrafos que dedica a este sacramento, desde el párrafo 1322 hasta el 1419. Será bueno señalar los marcos generales en que se encuadra la doctrina acerca de la Eucaristía, antes de abordar el punto específico que queremos señalar.

Recordemos, desde el comienzo, con el Catecismo (n. 1324), que la Eucaristía es la “fuente y cima de toda la vida cristiana”, de tal manera que “los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ellos se ordenan”. “La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua” (PO 5).

La presentación de esta completa doctrina se articula en torno a siete grandes apartados.

En el primero, LA EUCARISTÍA FUENTE Y CUMBRE DE LA VIDA ECLESIAL, simplemente se nos señala en breves párrafos la singularidad de este sacramento que está por encima de cualquier otro. En el segundo, EL NOMBRE DE ESTE SACRAMENTO, se nos explica el sentido de los distintos términos con que nos referimos al mismo, a fin de entrar en la gran riqueza de su contenido. En el tercero, LA EUCARISTÍA EN LA ECONOMÍA DE LA SALVACIÓN, se nos introduce en el tema crucial de la Eucaristía como alimento espiritual, atendiendo al relato explícito de su institución y a las figuras que le preceden en la vida, enseñanza y milagros, del Señor. En el cuarto, LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA DE LA EUCARISTÍA, se nos explica la celebración de la misa, en su desarrollo histórico y en sus partes esenciales. En el quinto, EL SACRIFICIO SACRAMENTAL: ACCIÓN DE GRACIAS. MEMORIAL. PRESENCIA, que es el más extenso y teológico, nos descubre la riqueza esencial de la Eucaristía como sacrificio salvador, al mismo tiempo que como presencia continuada entre nosotros que pide adoración y reparación. Este largo y profundo apartado, por cierto, termina con la adoración, desde la fe, de este admirable sacramento tal como lo expresa el canto del **Adorate devote** de Santo Tomás. En el sexto, EL BANQUETE PASCUAL, complementa el apartado anterior centrándose en al Eucaristía como alimento de

vida espiritual y como unión con Cristo y con los hermanos. En el breve apartado final, el séptimo, LA EUCARISTÍA, “PIGNUS FUTURAE GLORIAE”, nos recuerda que celebramos la Eucaristía “mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo”, en la esperanza de la bienaventuranza de la que la Eucaristía es prenda.

Entremos en una profundización del misterio eucarístico. La Misa —dice el Catecismo (n. 1382)— es a la vez e inseparablemente dos cosas: el memorial sacrificio en que se perpetúa el sacrificio de la cruz y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y Sangre del Señor. Entre las diversas verdades que nos conviene recordar y reactualizar acerca de la Eucaristía destacaremos en este artículo la primera de las dos afirmaciones anteriores: la de la Eucaristía como sacrificio. En efecto, la Eucaristía tiene a Jesucristo en su doble vertiente esencial: le tiene como Redentor, como **Salvador** de los pecados de los hombres —según el anuncio del ángel a San José al indicarle al indicarle el nombre de “Jesús” que debía imponer al niño nacido virginalmente de María su esposa— y le tiene como **Alimento** de vida eterna. Nos centraremos, según la intención de este artículo que hemos anunciado, en la primera dimensión.

La razón de elegir esta temática, que nos parece nuclear, se refuerza porque todos los fieles pueden atestiguar que en los últimos años ha desaparecido prácticamente de la predicación y, en general, del lenguaje homilético, el reconocimiento de la Eucaristía como sacrificio. La palabra “sacrificio” ha sido con excesiva reiteración sustituida por expresiones que si bien denotan la misma realidad, no significan con la palabra empleada el mismo contenido.

La Eucaristía, como lo enseña el Catecismo, puede ser nombrada con varios nombres y cada uno de ellos expresa alguno de sus aspectos, pero sólo uno es el verdaderamente esencial. La riqueza de nombres con que nos referimos a la Eucaristía no debe hacernos olvidar la naturaleza propia de este sacramento. Incluso la arraigada palabra **Misa** con que nos referimos a la celebración de este sacramento no significa más que la “misión” a que son enviados los fieles después de la realización de este misterio.

Son plurales y todos verdaderos los nombres con que

nos referimos a este **Santísimo Sacramento**, al “Sacramento de los sacramentos”. Recordemos algunos, tal como lo enseña el Catecismo, porque a través de cada nombre ponemos de relieve alguna de las riquezas de este “admirable” sacramento, como le llamó Sto. Tomás.

Propiamente la palabra **Eucaristía** significa “acción de gracias” a Dios, lo que resulta especialmente adecuado porque con él agradamos verdaderamente a Dios en nuestra acción de gracias. Pero evidentemente no expresa todo el misterio de amor y redención que hay en el mismo. Le llamamos también **Banquete del Señor** porque se trata de la **Cena** que el Señor celebró con sus discípulos la víspera de su pasión. Así mismo le llamamos **Fracción del pan** para hacer referencia al rito utilizado por Jesús, en cuyo gesto fue reconocido por los discípulos de Emaús, después de la resurrección. Le llamamos muy propiamente **Memorial del Señor** porque Jesús nos mandó celebrar la Eucaristía “en memoria Mía” y ciertamente nos acercamos con esta expresión al núcleo del misterio eucarístico. Se le llama **Asamblea eucarística** porque se celebra visiblemente entre los fieles congregados como Iglesia. Y se le denomina **Comunión**, señalando al carácter efusivo de la Eucaristía, porque con este sacramento nos unimos íntimamente a Cristo, más que con ningún otro. ¿Pero qué palabra expresa más esencialmente la realidad de la Eucaristía?

Para significar lo que la Eucaristía es y realiza como sacramento hemos de recurrir a la palabra **sacrificio**, porque la Eucaristía **actualiza** el único sacrificio de Cristo Salvador. De ahí que la expresión **Memorial** de la pasión y de la resurrección del Señor, se ha de entender como una memoria que **hace presente** el sacrificio salvador de Cristo. La misma palabra sustantiva “sacrificio” puede adjetivarse de diversas maneras, pues es, en efecto, un “sacrificio de alabanza”, un “sacrificio espiritual”, un “sacrificio puro y santo”, etc. Pero esencialmente **sacrificio**.

Como hemos dicho, el sentido sacrificial es extraordinariamente puesto de relieve por el nuevo catecismo de la Iglesia católica, citando con abundancia la doctrina del Concilio de Trento. En más de veinte párrafos menciona a la Eucaristía con el nombre expreso de **sacrificio**. En efecto, la riqueza doctrinal, tan completa, no le impide centrar la comprensión de la Eucaristía como santo sacrificio. Al comienzo mismo de la explicación de este sacramento (n. 1323), citando la constitución del último Concilio, podemos leer:

“Nuestro Salvador, en la última cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarís-

tico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura” (SC 47).

La misma institución de la Eucaristía manifiesta el sentido sacrificial, pues:

Para dejarles (a los hombres) una prueba de este amor, para no alejarse nunca de los suyos y hacerles partícipes de su Pascua. Instituyó la Eucaristía como memorial de su muerte y resurrección y ordenó a sus apóstoles celebrarlo hasta su retorno, constituyéndoles entonces sacerdotes del nuevo testamento (p. 1337).

En el orden esencial, nos reitera varias veces el catecismo en su apartado quinto, que “la Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia que es su Cuerpo” (n. 1362). Y un poco más adelante (n. 1364) reitera: “Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y ésta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la Cruz, permanece siempre actual” y citando al Concilio Vaticano II enseña: “Cuántas veces se renueva en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención” (LG 3).

El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta ya en las palabras mismas de su institución: “Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros” y “Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre que será derramada por vosotros” (Luc. 22, 19-20). De ahí concluye el catecismo (n. 1366): La Eucaristía es, pues, un sacrificio porque **representa** (=hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es **memorial** y aplica su fruto).

La liturgia católica se centra en la Pascua de Cristo. La Pascua de Cristo es su muerte redentora y su resurrección gloriosa que muestra la eficacia salvadora de su sacrificio. Pues bien, la Eucaristía es la actualización de esta Pascua. Citando al Concilio de Trento, nos recuerda el catecismo esta doctrina en su n. 1366:

(Cristo) nuestro Dios y Señor, se ofreció a Dios Padre una vez por todas, muriendo como intercesor sobre el altar de la Cruz, a fin de realizar para ellos

(los hombres) una redención eterna. Sin embargo, como su muerte no debía poner fin a su sacerdocio (Hb. 7, 24-27), en la última Cena, “la noche en que fue entregado” (1, Co. 11, 23), quiso dejar a la Iglesia, su esposa amada, un sacrificio visible (como lo reclama la naturaleza humana), donde sería representado el sacrificio sangriento que iba a realizarse una única vez en la cruz, cuya memoria que perpetuaría hasta el fin de los siglos (1, Co. 11, 23) y cuya virtud saludable se aplicaría a la redención de los pecados que cometemos cada día (Cc. de Trento: DS 1740).

Así precisa el catecismo, citando al mismo Concilio, la relación entre el sacrificio de la cruz y el sacrificio de la Eucaristía en el párrafo siguiente, n. 1367:

El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, **un único sacrificio**. “Es una y la misma víctima, que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, que se ofreció a sí misma entonces sobre la Cruz. Sólo difiere la manera de ofrecer: En este divino sacrificio que se realiza en la misa, este mismo Cristo, que se ofreció a sí mismo una vez y de manera cruenta sobre el altar de la Cruz, es contenido e inmolado de manera no cruenta” (Cc. de Trento: DS 1743).

Por esta razón el sacrificio eucarístico se ofrece por los hombres, tanto vivos como difuntos. La Iglesia misma, como Cuerpo de Cristo, se asocia al sacrificio de su Cabeza y participa de este sacrificio y así la Iglesia puede rezar por los hombres porque está unida a este sacrificio de Cristo.

Más aún, recordémoslo al poner fin a este artículo, todos los fieles también de modo particular (este es el mensaje y el núcleo de la asociación que se llama **Apostolado de la Oración**, que se expresa en la conocida fórmula de **ofrecimiento** a Dios Padre) pueden ofrecerse ellos mismos, unidos a Cristo, por todos los hombres y, en particular, por la oración esencial de la Iglesia, **la venida del Reino**. Así lo expresa el Catecismo:

En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo. El sacrificio de Cristo presente sobre el altar da a todas las generaciones de cristianos la posibilidad de unirse a su ofrenda. (n. 1368).

De nuevo en el n. 1383, dentro del apartado dedicado al **BANQUETE PASCUAL** nos recuerda el catecismo el carácter sacrificial de la Eucaristía, en un texto paralelo a aquél con que hemos iniciado este análisis del catecismo:

El **altar**, en torno al cual la Iglesia se reúne en la celebración de la Eucaristía, representa los dos aspectos de un mismo misterio: el altar del sacrificio y la mesa del Señor, y esto, tanto más cuanto que el altar cristiano es el símbolo de Cristo mismo, presente en medio de la asamblea de sus fieles, a la vez como la víctima ofrecida por nuestra reconciliación y como alimento celestial que se nos da. La liturgia expresa esta unidad del sacrificio y de la comunión en numerosas oraciones.

La Eucaristía es por encima de todo un sacrificio: sacrificio de la Redención y al mismo tiempo sacrificio de la Nueva Alianza, como creemos y como claramente profesan las Iglesias Orientales: «el sacrificio actual —afirmó hace siglos la Iglesia griega— es como aquél que un día ofreció el Unigénito Verbo encarnado, es ofrecido (hoy como entonces, por Él, siendo el mismo y único sacrificio)». Por esto, y precisamente haciendo presente este sacrificio único de nuestra salvación, el hombre y el mundo son restituidos a Dios por medio de la novedad pascual de la Redención. Esta restitución no puede faltar: es fundamento de la «alianza nueva y eterna» de Dios con el hombre y del hombre con Dios. Si llegase a faltar, se debería poner en tela de juicio bien sea la excelencia del sacrificio de la Redención que fue perfecto y definitivo, bien sea el valor sacrificial de la Santa Misa. Por tanto, la Eucaristía, siendo verdadero sacrificio, obra esa restitución a Dios.

(Juan Pablo II, Carta Dominicae Cenaе, 20-2-80)

CÀNTIC ABANS DE LA SANTA COMUNIÓ**Mn. Miquel Costa i Llobera**

Oh cels!, ja ve el Senyor...
 La seua resplendor
 de glòria du amagada...
 Mes l'esperit creent
 l'adora aquí present
 en l'Hòstia immaculada.

Oh cels!, ja ve el Senyor,
 i l'ànima en terror
 s'abisma contorbada...
 El just rep tremolant
 el Déu tres voltes sant
 en l'Hòstia immaculada.

Mes, ah!, és el Salvador
 qui cerca, bon Pastor,
 l'ovella aperduada.
 Pel pobre i pel mesquí
 Jesús ara ve aquí
 en l'Hòstia immaculada.

Així ja el pecador,
 que en penitent dolor
 té l'ànima rentada,
 s'acosta confiat
 —oh Font de pietat!—
 a l'Hòstia immaculada.

Sospira a Vós, Senyor,
 per aqueix món traïdor
 la vida atribotada...
 Remei contra tot mal,
 Pa d'àngels celestial
 és l'Hòstia immaculada.

¡Oh Sagrament d'Amor,
 que en pèlag de dolçor
 la vida hem renovada!
 ¡Oh bon Jesús mon Déu,
 som vostre i Vós sou meu
 en l'Hòstia immaculada!

ALABANCES AL SANTÍSSIM**Ms. Jacint Verdaguer**

Nit de juny, quantes estrelles
 veus sortir com flors novelles
 al jardí del firmament?
 «Tantes vegades
 alabances siguin dades
 al Santíssim Sagrament».

Quantes són tes ones totes,
 mar? Cada ona, quantes gotes
 que remous eternament?
 «Tantes vegades
 alabances siguin dades
 al santíssim Sagrament».

Quants brins d'herba té l'herbatge?
 Quantes fulles té el boscatge?
 Quants remots escampa el vent?
 «Tantes vegades
 alabances siguin dades
 al Santíssim Sagrament».

Quantes flors com jardinera
 té l'hermosa primavera
 per mostrar al sol naixent?
 «Tantes vegades
 alabances siguin dades
 al Santíssim Sagrament».

Univers, quants grans de terra
 tens del pla fins a la serra,
 de llevant fins a ponent?
 «Tantes vegades
 alabances siguin dades
 al Santíssim Sagrament».

Quants anys tens, i dies i hores,
 eternitat que devores
 els segles com un moment?
 «Tantes vegades
 alabances siguin dades
 al Santíssim Sagrament».

DEVOCIÓN EUCARÍSTICA DE LOS FUNDADORES DE LAS AMÉRICAS

Radiomensajes de Pío XII a distintos Congresos Eucarísticos Nacionales

(Reproducido del libro de Juan Terradas Soler «Una epopeya misionera»)

«La Hostia divina, el signo y el máximo factor de la unidad ha sido espléndidamente glorificado en esta América... Es un símbolo de que la devoción al Sacramento ha sido un factor de la unidad espiritual de España y América.»

(CARDENAL GOMÁ, 12-X-1934.)

Un aspecto sugestivo de Pío XII sobre lo que fue la conquista y colonización del Nuevo Mundo es la marcada influencia que el Papa atribuye a la devoción del Santísimo Sacramento, en la realización de la obra colonizadora.

Aquellos conquistadores —viene a decir el Pontífice— consiguieron forjar naciones civilizadas, y lograron que la religión católica arraigara firmemente en el vasto continente, porque ellos mismos eran almas de profunda piedad eucarística.

Antes de emprender sus campañas —referirá el papa—, los hombres de la conquista o de la colonización sabían preparar sus almas con la recepción del Pan de Vida. Y, después de sujetar inmensos pueblos a su señor temporal, tomaban a pecho iniciar a los conquistados en la obediencia al Señor Eterno, escondido en el Sagrario, cuyo saludable misterio les revelaban. Con este fin misionero construían en seguida devotas iglesias en las ciudades que iban levantando, fundaban cofradías, y asistían piadosamente, ante la mirada curiosa de los aborígenes, a las solemnes procesiones del Santísimo Sacramento.

Dios coronó aquellos generosos esfuerzos, y hoy las naciones hispanoamericanas son pueblos de arraigada tradición eucarística.

Al VIII Congreso Eucarístico chileno recuerda Pío XII cómo Valdivia, el célebre conquistador de las tierras araucanas, antes de lanzarse a sus campañas solía asistir con sus soldados a la santa Misa, iniciando así en las playas del Pacífico la devoción al Sacramento del Amor, devoción que no ha cesado de crecer hasta los brillantes triunfos de los Congresos de nuestros días.

«Cuando el 12 de febrero de 1541, acampando

junto a las claras aguas del Mapocho, las huestes de Valdivia plantaron sus tiendas bajo la colina de Huelén, y a las pocas horas, sobre un altar humilde, el Rey de los Cielos y Tierra descendía a las manos de Rodrigo González de Marmolejo, al levantarse entre el cielo y la tierra la Hostia Santa... vuestro Chile había nacido, un nuevo pueblo se incorporaba al seno maternal de la Iglesia, y su suelo feraz quedaba santificado para siempre con la presencia real de Jesucristo.»

«Él [Jesucristo], para encontrarse presente a vuestro nacimiento, había infundido tal fervor eucarístico en la España de los Autos Sacramentales y de las Custodias de Arfe, de San Pascual Bailón, y de «La Loca del Sacramento». Y el mismo espíritu que ardía bajo las relucientes corazas quiso transfundirlo en los pechos vuestros, para hacer de esta fe que en la Eucaristía tiene su fuerza y su centro, un punto firme de vuestra historia, un elemento básico de vuestra cultura, un dato fundamental de vuestra personalidad y un impulso para cosas cada vez mayores.»

(Radiomensaje al VIII Congreso Eucarístico Nacional de Chile, 9-XI-1941.)

Rasgos de parecida piedad señala Su Santidad en los conquistadores del Perú, los famosos Pizarro y Almagro. En su radiomensaje a los «nietos» de aquellos héroes, les hace presente la varonil devoción eucarística de quienes introdujeron la civilización en su patria. Devoción que se manifestó ya desde los albores de la conquista, en el candoroso sello con que los dos conquista-

dores aseguraron el pacto entre sí y con el sacerdote Luque: antes de dar comienzo a las duras jornadas que les esperan, frente al inmenso y poderoso imperio incaico, reciben los tres contratantes en sus pechos el Cuerpo del Salvador:

«*Filius sapiens doctrina patris* (Prov., 13, 1) y prez fue siempre de la hidalguía la fidelidad a la herencia. Con la Eucaristía fortalecieron sus almas Pizarro, Almagro y Luque antes de escribir la primera página de vuestra historia; fundador de la Archicofradía del Santísimo Sacramento quiso ser el mismo Pizarro en la ciudad primogénita; almas eucarísticas fueron un Toribio de Mongrovejo, un Francisco Solano, un Martín de Porres, una Rosa de Santa María; y hoy vosotros, dignos nietos de vuestros abuelos, entre el estruendo bélico de un mundo enfurecido, corréis al Dios de los altares para suplicarle que «conceda a su Iglesia los dones de la unidad y de la paz» (*Missa de Smo. Corpore Christi, Secreta*).»

(Radiomensaje al III Congreso Eucarístico Nacional del Perú, celebrado en Trujillo, 31-X-1943.)

Acabamos de oír narrar a Pío XII cómo el piadoso corazón de Pizarro empujó al valiente conquistador a desear ser personalmente el fundador de la primera Cofradía del Santísimo Sacramento que se instituyó en Lima. ¿Fue esta ejemplar actitud esporádica en la obra americana? No; el mismo Pontífice advierte, hablando al Ecuador, que la Cofradía del Santísimo Sacramento «era la primera cosa religiosa que se establecía al fundar sus ciudades». Y tal observación —como atestigua la Historia— responde a lo que se realizaba en todas las comarcas del Nuevo Continente.

«La República del Ecuador se gloria de ostentar la primacía en los anales eucarísticos de América por haber sido sede del primer Congreso celebrado en el Nuevo Mundo y por haber llevado el nombre de «*Tierras del Santísimo Sacramento*», cuya Cofradía era la primera cosa religiosa que se establecía al fundarse sus ciudades. Y tú, ¡oh Guayaquil!, tan noble como hermosa, ¿no es cierto que tienes en más el privilegio del jubileo permanente, obtenido ya en 1776, que no el haber sido cuna del gran García Moreno, o poseer el ilustre nombre que te ha dado la laboriosidad y el ingenio de tus preclaros hijos?»

(Radiomensaje al III Congreso Eucarístico Nacional del Ecuador, 29-IX-1958.)

Cuando en los siglos pasados Jesucristo era plenamente reconocido Rey por la sociedad, los pueblos cristianos festejaban públicamente con gran esplendor al Santísimo Sacramento. Las famosas Cofradías, a las que pertenecía la flor y nata de la nobleza; las solemnes procesiones del Corpus, honradas por príncipes y magnates; los concurridos autos sacramentales en presencia del Rey; las Cuarenta Horas y otras tantas devociones populares serán la expresión de la fe y piedad de aquellas generaciones. Las artes y las letras ponían a porfía sus recursos al servicio del Dios escondido. Toda la sociedad se preciaba de honrarle.

Al agrandar España la cristiandad, trasplantando a América un esqueje del árbol de su contextura cristiana, vemos aparecer en las ciudades del Nuevo Mundo las mismas devociones públicas que florecían en Europa. Presenciar en el siglo XVI, en Méjico o en Lima, por ejemplo, las fiestas de un día del Corpus era casi como encontrarse en Toledo, en Sevilla o en Valladolid. Las calles empedradas y las señoriales plazas de estilo colonial aparecían engalanadas con una gran pompa. Por todas partes, flores y colgaduras, incienso, cantos, poesías y autos sacramentales. Los hidalgos tenían a hombría desfilar, con el sombrero en la mano, ante la Hostia Santa, al frente de sus Cofradías. Delante avanzaban devotos los gremios de artesanos, los campesinos y el resto del pueblo fiel. Nobles y plebeyos, ricos y pobres, blancos, mestizos e indios, todos unidos por la devoción a un mismo Señor, llevado por el clero en riquísima custodia de oro y plata, cuajada de pedrerías.

Pío XII cita, como caso típico del esplendor con que se celebraban en América las manifestaciones eucarísticas, al Cuzco, ciudad «*heredera del catolicismo español*».

«Esta cuarta vez os habéis congregado en el Cuzco imperial, la ciudad que fue sede del primer Congreso Eucarístico peruano; la que ya a mediados del siglo XVI —heredera fiel católico de la Madre España— *celebraba las fiestas del Corpus con una grandeza y una suntuosidad que emulaba a las de otra imperial ciudad, la histórica Toledo*; la que por boca de sus mejores hijos —un Inca Garcilaso, un Juan Espinosa, el *Demóstenes indiano*— supo cantar o narrar como pocas las glorias eucarísticas en páginas inmortales.»

(Radiomensaje al IV Congreso Eucarístico Nacional del Perú, celebrado en la ciudad de Cuzco, 15-V-1949.)

Piedad eucarística de conquistadores que, en pocos decenios, cubrió América de templos señoriales y de sagrarios riquísimos, fieles custodios de artísticos vasos sagrados, preciados ostensorios e imágenes y pinturas sacramentales. Piedad eucarística de una civilización, creadora de monumentos inapreciables, que han sido la admiración de los siglos posteriores. Quienes desapasionadamente contemplan hoy las producciones de aquellas épocas, a la vista de tanta magnificencia habrán de confesar que la generación que realizó obras de tanta envergadura artística, de tan relevante mérito, necesariamente iba animada de un alto espíritu civilizador y cristiano. Si el afán explotador y lucrativo hubiera dominado a los hombres de la conquista, las tierras de América no podrían ofrecer a nuestros ojos sino restos de factorías, defendidas por bastiones y ciudadelas formidables, y unidas entre sí por estratégicas vías que facilitarían el transporte de los productos «coloniales». En lugar de esas obras de lucro y guerra, América ha conservado, como precioso tesoro, obras de paz y de justicia.

«Bajo el azul cielo peruano, desde las grandes ciudades a las humildes aldeas, *la divina Eucaristía dominó soberana por la abundancia de iglesias, por el número de sacerdotes y religiosos, por el sagrado esplendor de arte que brilla en tabernáculos, cimborrios y ostensorios, que aun hoy día son la admiración de los visitantes*»

(Radiomensaje al II Congreso Eucarístico Nacional del Perú, celebrado en Arequipa, 17-X-1940.)

Si la devoción a Jesús Sacramentado brilló tan esplendorosamente en las tierras americanas al sonar la primera hora de la vida histórica para el continente colombino, ¿qué de particular tiene que hoy podamos contemplar a las naciones hijas de aquella labor y a sus más importantes ciudades, postradas a los pies de la Hostia Inmaculada? Ciudades y naciones dignas de haber sido llamadas por Pío XII «eucarísticas».

Caracas, entre otras muchas, la bella Caracas, la moderna urbe de rascacielos empinados, la capital del petróleo sudamericano, que atrae las miradas ávidas del mundo por su porvenir de riquezas, es, más aún que todo eso, una ciudad donde ha triunfado Jesús Hostia en los Congresos Eucarísticos celebrados no ha mucho en sus amplias avenidas empavesadas. «*Ciudad eucarística*» es en boca de Pío XII. Venezuela ha expuesto al mundo en 1956 la bella cosecha en que se ha convertido aquella semilla plantada con manos piadosas, hace algo más de cuatro siglos, por los primeros conquistadores. A pesar de las condiciones adversas en

que se ha desarrollado, en ciertos períodos de su expansión, la planta sigue produciendo sazonados frutos, esperanza de tiempos aún mejores.

«Ha correspondido esta vez a la insigne Caracas el honor singular de procurar un marco digno a tan grandes solemnidades... No nos olvidamos que el viejo «*Santiago de León de Caracas*», la «*Ciudad mariana*» se merecía no menos este honor como *ciudad eucarística*, donde existe la «*Adoración perpetua del Santísimo Sacramento*» desde el año 1882, y precisamente en esa santa capilla, edificada sobre la primera ermita que un día erigió Diego de Losada. ¡Como si la pequeña semilla, al caer en tierra fértil, hubiera producido hoy el ciento por uno en esta maravillosa primavera!.»

(Radiomensaje al II Congreso Eucarístico Bolivariano, reunido en Caracas, 16-XII-1956.)

Y como Caracas, Lima, Méjico, Buenos Aires y tantas otras villas americanas. Y como Venezuela, Colombia, Chile, Uruguay y las demás naciones beneficiarias de aquella expansión misionera.

¡Es que durante más de tres siglos las latitudes del Nuevo Mundo participaron de una corriente sustanciosa de devoción a la Hostia Santa, que penetraba la esencia de sus tierras vírgenes!

Guatemala, por ejemplo, la Guatemala colonial, era un país en cuya vida religiosa la devoción al Sacramento del Amor no era algo superficial. ¡No! Guatemala tenía vida eucarística propia y profunda. Tanto es así, que sus hijos, ya en el siglo XVII, eran capaces de saber plasmar con el arte delicado de la orfebrería la tierna devoción que les animaba.

«Guatemala, sobre todo *la Guatemala eucarística, cuya devoción al Santísimo Sacramento es la más arraigada en los pechos de sus hijos auténticos*; la Guatemala que había llenado las iglesias de media América con los sagrarios, las custodias, los cálices y los copones salidos de las maravillosas manos de sus prodigiosos orfebres; la Guatemala que, en su capital, goza del insigne privilegio de la Adoración continua y sucesiva del Señor Sacramento expuesto en sus iglesias, no podía faltar y no ha faltado [en celebrar, como las otras naciones hispanoamericanas, su Congreso Eucarístico Nacional].»

(Radiomensaje al I Congreso Eucarístico Nacional de Guatemala, 22-IV-1951.)

Y si la vigorosa devoción al Santísimo forma el legado común de toda la Hispanidad, ¿qué decir del Perú, «*uno de los más claros retoños del recio y catolicísimo tronco hispánico*», según el mismo Pío XII?

El antiguo imperio de los incas fue, sin duda con Méjico, el país donde la civilización hispanoamericana echó más profundas raíces. Sus arcaicas regiones fueron las más y mejor asimiladas por la cultura y la sangre española. De tal manera que el Virreinato de Lima se convirtió pronto en el centro de la civilización de América del Sur. Y por eso, es Perú se conservan los más grandiosos monumentos y los restos más preciados de aquella época, huellas tangibles de la planta civilizadora de España.

Debido a esta primogenitura espiritual y cultural de la antigua Nueva Castilla, la piedad eucarística, base auténtica de toda la obra colonizadora española, es tradicional y está particularmente arraigada en el alma peruana.

«Para ser fiel a tan honrosa misión [foco de civilización y de fe], *el Perú tenía que ser una nación eucarística*; y de que lo es nos dan testimonio sus antiquísimas cofradías del Santísimo Sacramento, alguna de las cuales va unida al nombre del mismo Pizarro; sus antiquísimas procesiones del Corpus Christi, que llegaron a emular a las de la misma Toledo; la jaculatoria «*Alabado sea el Santísimo Sacramento*», que se ve grabada en las fachadas de sus casas; la devoción de las Cuarenta Horas, implantadas ya ahí desde 1816; y la piedad con que los buenos peruanos se descubrían por las calles y rezaban el Credo al oír la campana de la iglesia matriz, que anunciaba la elevación del Señor.»

(Radiomensaje al Congreso Eucarístico y Mariano Nacional del Perú, 12-XII-1954.)

Pío XII ha mentado algunos países determinados, conforme las coyunturas se presentaban. Pero lo que ha

dicho de Guatemala y del Perú, tiene su valor correlativo en toda la geografía de América, pues toda ella se nutrió, después de venir a la vida cristiana, con el Plan de los Angeles, que le administraban los misioneros.

Prueba de que el alma de Hispanoamérica se forjó al calor del Sagrario es que ha sabido vibrar de entusiasmo al pasear triunfante por sus ciudades el Santísimo Sacramento, durante los numerosos Congresos Eucarísticos celebrados estos últimos años en aquellas tierras. Estas concentraciones —elocuente resultado de cuatro siglos de civilización cristiana— manifiestan al mundo que el alma católica de América no ha muerto; a pesar de los problemas que la falta de clero plantea hoy al Catolicismo en un mundo que se multiplica en proporciones sorprendentes, las virtudes fundamentales están hondamente arraigadas en sus fibras más íntimas, y sólo esperan el cuidado de nuevos y suficientes obreros evangélicos, y un orden social y político más sano, para crecer y producir infinitos frutos.

Al gran Pontífice Pío XII no le pasó desapercibida esta significativa abundancia de Congresos Eucarísticos americanos que, como oasis de paz y de gracia en un mundo desecado por la crueldad y el egoísmo, han atraído la atención del orbe católico sobre un continente que se abre a la esperanza.

«De los grandes Congresos [Eucarísticos] internacionales —y como natural preparación y complemento— surgiría en seguida la idea de los Congresos Nacionales, *que precisamente en vuestra América española, como correspondía a la robusta fe y a la sólida piedad de la católica comunidad hispánica, ha mostrado una asombrosa fecundidad*: Chile, San Salvador, Argentina, Cuba, Bolivia, Ecuador y Perú —para no salirnos de los principales en estos diez últimos años— han sido los dignos escenarios de tan estupendos triunfos.»

(Radiomensaje al I Congreso Eucarístico Nacional de Guatemala, 12-IV-1951.)

La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este Sacramento del Amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración.

(Juan Pablo II, Carta *Dominicae Cenae*, 20-2-80)

25 MÁRTIRES MEXICANOS

Juan Pablo II beatificó a 25 mártires mexicanos, el domingo 22 de noviembre, solemnidad de Jesucristo, Rey del universo. Exaltó en su homilía la figura de los mártires que, durante la sangrienta persecución religiosa de México, derramando su sangre, dieron testimonio de la realeza de nuestro Señor. Murieron gritando: “*Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe*”. Ofrecemos algunos fragmentos de su homilía.

En esta solemnidad la Iglesia proclama que Cristo rey es “primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas... Él es el principio... pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la plenitud, y reconciliar por Él y para Él todas las cosas” (Col 1,15.17-20).

Hoy la Iglesia contempla con inmensa alegría la singular grandeza de sus hijos, quienes en reconocimiento del reinado de Cristo *ofrecieron heroicamente sus vidas*, expresando así que, si Dios lo es todo y todo lo hemos recibido de Él, es justo entregarse totalmente a Él, único Absoluto, fuente inagotable de vida y de paz.

Durante las duras pruebas que Dios permitió que experimentara su Iglesia en México, hace ya algunas décadas, estos mártires supieron permanecer *fieles al Señor, a sus comunidades eclesiales y a la larga tradición católica del pueblo mexicano*. Con fe inquebrantable reconocieron como único soberano a Jesucristo, porque con viva esperanza aguardaban un tiempo en el que volviera a la nación mexicana la unidad de sus hijos y de sus familias... Estos mártires son una genuina expresión de *¡México, siempre fiel!*

Veintidós de ellos eran sacerdotes diocesanos, los cuales desarrollaban una fecunda labor apostólica en sus iglesias particulares: Guadalajara, Durango, Chilpancingo-Chilapa, Morelia y Colima. Es de notar su amor a la Eucaristía, fuente de vida interior y de toda acción pastoral, su devoción a Santa María de Guadalupe, su dedicación a la catequesis, su opción por lo pobres, los alejados y los enfermos. Una entrega generosa y una constante inmolación diaria ya había hecho de estos sacerdotes auténticos testigos de Cristo, aun antes de recibir la gracia del martirio.

Su entrega al Señor y a la Iglesia era tan firme que, aun teniendo la posibilidad de ausentarse de sus comunidades durante el conflicto armado, decidieron, a ejemplo del buen Pastor, permanecer entre los suyos para no privarlos de la Eucaristía, de la palabra de Dios y del cuidado pastoral. Lejos de todos ellos encender o avivar sentimientos que enfrentan a hermanos contra hermanos. Al contrario, en la medida de sus posibilidades procuraron ser *agentes de perdón y reconciliación*.

Junto con estos sacerdotes mártires queremos honrar, de modo especial a tres jóvenes laicos de la Acción Católica: Manuel, Salvador y David, los cuales unidos a su párroco Luis Batis, no dudaron en reconocer —como nos dice San Pablo— que “la vida es Cristo y la muerte una ganancia” (Flp 1, 21). A este respecto, es bien expresivo el testimonio de Manuel, de veinticinco años, esposo fiel y padre de tres niños pequeños, el cual antes de ser fusilado exclamó: “Yo muero, pero Dios no muere, ‘El cuidará de mi esposa y de mis hijos’”.

Que el recuerdo de los nuevos beatos, en el marco de las celebraciones del Vº centenario de la evangelización de América, haga que todos nosotros seamos testigos de la presencia soberana y amorosa de Jesús en medio de los hombres. Que como cristianos comprometidos aceptemos la llamada a ser apóstoles entre los demás, para que Cristo reine con más esplendor en sus vidas. La Iglesia tiene necesidad de ello; el mundo espera de nosotros una entrega total.

Demos gracias al Padre. Démosle gracias por la Iglesia *en México*, por el pueblo cristiano, por la nación y por todo el país.

21 de Marzo de 1993

CANONIZACIÓN DE LA CARMELITA DESCALZA, TERESA DE JESÚS “DE LOS ANDES” (1900-1920), PRIMERA SANTA CARMELITA HISPANO AMERICANA

VIDA

Nació en Santiago de Chile el 13 de julio de 1900. Terminados sus estudios, ingresó en las Carmelitas de los Andes para inmolarse ocultamente por la humanidad. Sólo once meses llevaba en el convento cuando murió el 12 de abril de 1920. Vida breve y sencilla, pero llena de amor. “Cristo, ese loco amor, me ha vuelto loca”, escribió. Desde niña hablaba familiarmente con Él. Así aprendió a ser fiel al Señor y a emplear sus brillantes cualidades humanas debidamente. Y así alcanzó el equilibrio humano, la serenidad y madurez que busca angustiado el hombre de hoy. Fue beatificada solemnemente por el Papa Juan Pablo II en Santiago de Chile, el 3 de abril de 1987.

PENSAMIENTO DE SOR TERESA

El fin de las Carmelitas me entusiasma; santificarse a sí misma para que la savia divina se comunique a todos los miembros de la Iglesia. Ella se inmola sobre la cruz y su sangre cae sobre los pecadores, pidiendo misericordia y arrepentimiento. Cae sobre los sacerdotes, santificándolos. Y todo en silencio, sin que nadie lo sepa. Cuántos hay que tachan su vida de inútil. Sin embargo, ella es como el Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo...

LA EUCARISTÍA, MANJAR DEL ALMA

Comida celestial, pan cuyo gusto es tan dulce, sabroso y tan suave, que al bueno, humilde, santo, recto y justo, a manjar celestial, como es, le sabe. Justa condenación del hombre injusto, si como pan do Dios se encierra y cabe el sumo Dios que en sí se da y oculta, diga el bien que de tanto bien resulta.

Pan de ángeles, Dios tan verdadero, que, aunque se quiebra, se divide y parte, está un inmenso Dios trino y entero en cualquier migaja y menor parte.

Agnus Dei, sincerísimo Cordero, que en pan al pecador gustas de darte, pues eres todo Dios, él, que es bastante, de su deidad en ti cifrada cante.

Eres, pues, Dios, de tu deidad tan digno, que no hay justo ni santo entre los santos que no juzgue y tenga por indigno de bocado que da regalos tantos; eres pan para el bueno tan benigno,

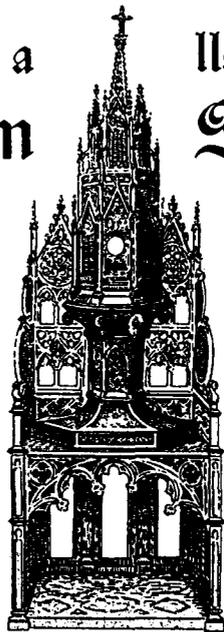
Fray Luis de León
(Agustino, 1527-1591)

Y ¿qué decir que vemos haberse facilitado feliz y egregiamente la institución de esta festividad, ya desde fines del siglo pasado? Pues nadie ignora cuán sabia y copiosamente fue defendido este culto con la publicación de muchísimos libros en todo el mundo y en gran variedad de lenguas y asimismo que la soberanía e imperio de Cristo ha sido reconocido con la piadosa costumbre introducida de la dedicación y consagración de casi innumerables familias al Sacratísimo Corazón de Jesús. Mas no sólo han hecho esto las familias, sino también las ciudades y los reinos: más aún, el mismo género humano entero, bajo la inspiración y guía de León XIII, se consagró felizmente al mismo Divino Corazón, a fines del Año Santo 1900. Ni hay que pasar en silencio que sirvieron de modo maravilloso para afirmar solemnemente esta regia potestad de Cristo sobre la sociedad humana los numerosísimos Congresos Eucarísticos que ha habido costumbre de reunir en estos nuestros tiempos, con el fin precisamente de que, convocados los pueblos ya de cada diócesis, región, nación, ya de todo el mundo, para venerar y honrar a Cristo Rey oculto bajo los velos Eucarísticos, saludasen en común a Cristo, que les ha sido dado divinamente como Rey, por medio de sermones en las asambleas y en los templos, de la adoración en común del Augusto Sacramento públicamente expuesto, y de magníficas procesiones. Diríase con muchísima razón que el pueblo cristiano, movido de cierto divino impulso, quiere reponer en la plenitud de sus regios derechos a Jesús, triunfalmente *sacado* del silencio y como escondimiento de los templos por las calles de las ciudades, a Aquél que los impíos no quisieron recibir al venir a su propiedad.

(Pío XI, Encíclica *Quas Primas*)

Goigs a Santíssim

Ilaor del Sagrament



Puig és pa que dóna vida
al cor nostre defallent,
canta, llengua, amb veu ardida
el Santíssim Sagrament.

Quan la llum de fe primera
aclari l'home rebel,
ja és donada imatge vera
del que fóra el pa del Cel:
Isaac, hòstia escollida
lлена i foc veu solament.
Canta, llengua, amb veu ardida
el Santíssim Sagrament.

Al desert, el poble enyora
d'Israel la mel i el pa,
i com rou, a cada aurora,
li pluvia el sant Mannà;
neu a tofes, beneïda
que el miracle nou presentent.
Canta, llengua, amb veu ardida
el Santíssim Sagrament.

Fou al vespre de la Cena
del major dels Dies Sants,
que fet menja, Crist s'ofrena
als dotze íntims amb ses mans.
Recordança amorosida
de la vostra mort cruent.
Canta, llengua, amb veu ardida
el Santíssim Sagrament.

Dins l'aplec dels que amb fretura
us segueixen dia i nit,
amb escreix, sense mesura,
a milers haveu nodrit.
Un sol pa no tindrà mida
pels qui cerquen aliment.
Canta, llengua, amb veu ardida
el Santíssim Sagrament.

Urbà Quart instituïa
la diada del Cos Sant:
tot el poble lloaria
del Senyor el jorn esclatant.
Dolça amor, pau exquisida,
Corpus Christi, Sol íxent.
Canta, llengua, amb veu ardida
el Santíssim Sagrament.

La ciutat de Barcelona,
envers l'any mil tres-cents vint
s'hi sumava, la segona.
Triomfal hi va acudint
gent a estols presta a la crida
del devot Consell de Cent.
Canta, llengua, amb veu ardida
el Santíssim Sagrament.

De llavors, es fa la festa
del Misteri gloriós;
n'és catifa la ginesta,
cants i encens hi ha al seu redós.
D'En Martí el tron regi oblida
el que val l'or i l'argent.
Canta, llengua, amb veu ardida
el Santíssim Sagrament.

Per honrar l'Eucaristia,
cristians vinguts d'arreu
Barcelona amb goig rebia
l'any després del Jubileu.
Amb la pau que ella convida
visqui unit l'home creient.
Canta, llengua, amb veu ardida
el Santíssim Sagrament.

Puix és pa que dóna vida
al cor nostre defallent,
canta, llengua, amb veu ardida
el Santíssim Sagrament.

Ÿ. *Panem de Coelo praestitisti eis. (Allelúia).* B. *Omne delectamentum in se habentem. (Allelúia).*

OREMUS

Deus, qui nobis sub Sacramento mirabili passionis tuae memoriam reliquisti: tribue, quaesumus, ita nos Corporis et Sanguinis tui sacra mysteria venerari; ut redemptionis tuae fructum in nobis iugiter sentiamus. Qui vivis et regnas in saecula saeculorum. B. Amen.



Lletra de Jaume Calv i Casanovas. Música del Revnt. P. Josep Antoni de Donòstia, O. F. M. Cap.